fernando claudín

eurocomunismo y socialismo



5 a edición

EUROCOMUNISMO Y SOCIALISMO

por

FERNANDO CLAUDIN





siglo veintiuno editores, sa
CERRO DEL AGUA 248, MEXICO 20, D.F.

siglo veintiuno de españa editores, sa
C/PLAZA 5, MADRID 33, ESPAÑA

siglo veintiuno argentina editores, sa

siglo veintiuno de colombia, ltda
AV. 3a. 17-73 PRIMER PISO. BOGOTA, D.E. COLOMBIA

portada de anhelo hernández

primera edición, mayo de 1977
tercera edición, corregida y aumentada, octubre de 1977
quinta edición, 1978

en coedición con
siglo xxi editores, s. a.
ISBN 968-23-0234-X

INDICE

NOTA A LA TERCERA EDICION

Poco después de aparecer la segunda edición de este libro (junio de 1977) la cuestión del eurocomunismo se puso en el primer plano de la actualidad mundial a consecuencia del violento ataque lanzado por Moscú contra Santiago Carrillo, al mismo tiempo que contra el eurocomunismo en general. Este acontecimiento y algunos otros me han determinado a prolongar el texto primitivo —en el que no he considerado necesario introducir modificación alguna— con un nuevo capítulo incluido al final del libro.

F. C.

Septiembre de 1977

1. CRISIS CAPITALISTA Y ALTERNATIVA SOCIALISTA

ACTUALIDAD DEL EUROCOMUNISMO

A finales de 1970 saltó a las primeras páginas de la prensa internacional un neologismo que ha hecho rápidamente fortuna en el lenguaje político: *eurocomunismo*. Inventado fuera de los partidos comunistas a los que se refería, fue acogido con reservas en las instancias dirigentes de estos partidos. Principalmente en las del español. «El término es muy desafortunado. No existe un eurocomunismo», manifestó el secretario general del PCE en la conferencia de Berlín de los partidos comunistas de Europa (junio de 1976). El secretario general del PCF evitó el vocablo en la misma ocasión, pero el del PCI lo aceptó tácitamente: «Este término —declaró— no es de nuestro cuño, pero el hecho de que se haya propagado tanto evidencia cuán profunda y extensa es la aspiración a que en los países de Europa occidental se busquen y se den soluciones de tipo nuevo a la transformación de la sociedad en sentido socialista» [1]. Y en realidad la misma conferencia de Berlín era, como veremos, la demostración más palpable de la realidad del eurocomunismo.

Dos argumentos polémicos han sido esgrimidos, principalmente, contra la idoneidad del nuevo vocablo: uno, que los países del Este, donde los partidos comunistas están en el poder, son también europeos, y sin embargo es evidente que el eurocomunismo no se refiere a ellos como no sea

[1] De los discursos en la conferencia (23-24 de junio de 1976) publicados por los respectivos partidos.

en negativo; otro, que el Japón es un país asiático, y sin embargo las concepciones del potente partido comunista japonés son muy similares a las de los partidos comunistas europeos protagonistas del eurocomunismo.

Ambos argumentos tienen cierta pertinencia. En realidad, el término designa la orientación que tiende a prevalecer en los partidos comunistas del capitalismo desarrollado, respondiendo a problemas análogos dentro de lo específico nacional, y desde este punto de vista la connotación geográfica del vocablo no le conviene en rigor. Pero tampoco es abusiva, porque es en Europa donde dicha orientación ha tenido históricamente su génesis teórica y práctica. En todo caso, como suele suceder con frecuencia al bautizar nuevos fenómenos, el primer hallazgo se impone, y así está sucediendo con el eurocomunismo. Poco después de la conferencia de Berlín el mismo Carrillo comienza a adoptarlo al afirmar en un informe ante el Comité Central del PCE: «Nadie niega ya que en la reunión de Berlín se ha afirmado rotundamente la tendencia que algunos han bautizado como "eurocomunismo" y que nosotros consideramos como un diseño general que hace coincidir en una serie de posiciones sustanciales a los partidos comunistas de masas que actúan en los países capitalistas desarrollados, sean o no europeos» [2]. E incluye en esa *tendencia* los partidos de Italia, Francia, Inglaterra, Suecia y el Japón. A finales de año las reservas de Carrillo parecen haberse evaporado totalmente y lanza la fórmula de «vía eurocomunista hacia el poder» [3].

Dos aspectos, estrechamente independientes, destacan en la acción concreta de los partidos

[2] Informe al CC del PCE, reunido en Roma del 28 al 31 de julio de 1976. Edición del PCE, p. 32.
[3] *Mundo Obrero*, 16 de diciembre de 1976.

eurocomunistas: 1) el intento de adecuar la concepción del socialismo y la estrategia de transición a las condiciones específicas del capitalismo desarrollado; 2) el divorcio, cada vez más neto, entre dichos partidos y el «comunismo» de Moscú. Con el eurocomunismo se perfila el «cisma de Occidente» del movimiento comunista internacional, siguiendo al «cisma de Oriente» consumado en los años sesenta. Es una nueva y trascendental fase de la *crisis general* de dicho movimiento[4].

Pero si el eurocomunismo se encuentra en el candelero de la actualidad no es sólo por el interés teórico y práctico de su problemática, sino también —y sobre todo— porque la actual crisis del capitalismo pone al orden del día la alternativa democrático-socialista, particularmente en los tres países principales de la Europa meridional, donde la profunda crisis económica y social se ha combinado con la crisis del sistema político —democristiano, golista, franquista—, y donde la izquierda tiende a convertirse en fuerza mayoritaria y hegemónica. La circunstancia de que en estos países —Italia, Francia, España— el partido sea, a su vez, un componente esencial (cuando no decisivo, como en el caso italiano) de esa izquierda, es lo que comunica al fenómeno eurocomunista su candente actualidad, su dimensión no sólo europea, sino internacional.

Por tercera vez, en lo que va de siglo, la cuestión de la transformación radical de la sociedad en sentido socialista aparece ante los pueblos de Europa como una necesidad apremiante, planteada dramáticamente por la nueva explosión de las contradicciones del capitalismo y del imperialismo. La primera coyuntura de este género se pre-

[4] El proceso histórico que condujo a esta «crisis general» lo he estudiado en *La crisis del movimiento comunista*, París, Ruedo Ibérico, 1970.

sentó con la gran crisis global del sistema capitalista-imperialista, que tuvo su máxima expresión en la guerra mundial del catorce, y su principal resultado revolucionario en la victoria de la revolución rusa. La segunda se creó con la siguiente gran crisis global de dicho sistema, iniciada con la crisis económica mundial de los años treinta y llegada a su clímax con la guerra mundial de 1939-1945, cuyos principales resultados revolucionarios fueron la derrota de las potencias fascistas, la creación de condiciones favorables para la victoria ulterior de la revolución china y de otras revoluciones antiimperialistas, para el hundimiento del viejo sistema colonial y la liquidación del capitalismo privado en los países del Este europeo vecinos de la Unión Soviética.

Pero en ambas coyunturas el movimiento obrero internacional no estuvo en condiciones de dar a la crisis del capitalismo una salida socialista. En Rusia, y luego en los otros países del Este europeo, la revolución transcurrió en condiciones tales que el proyecto socialista acariciado por los núcleos más avanzados del proletariado y del pueblo no pudo prosperar. Primero, en el antiguo imperio zarista, y luego, en los países adonde llegó el ejército soviético derrotando a los ejércitos fascistas, la destrucción del viejo régimen no fue seguida de un desarrollo de la democracia obrera y popular que hiciera efectiva la apropiación y revolucionarización de los medios de producción por las masas trabajadoras, la participación creciente de éstas en la dirección de la sociedad. Se generó, en cambio, un proceso de signo contrario, que impulsó la industrialización y la culturización, pero privó a los trabajadores de libertades sociales, políticas y culturales, desembocando en un nuevo régimen social de clases dominantes y dominadas.

En Europa occidental y central el movimiento

obrero y el conjunto de las fuerzas democráticas sufrieron trágicas derrotas entre las dos guerras mundiales, cayendo Italia, Alemania, España y otros países bajo dictaduras fascistas o semifascistas. Después de la segunda guerra mundial, en las condiciones creadas por la victoria sobre el fascismo, el movimiento obrero conquistó importantes mejoras y reformas sociales, defendió la democracia o luchó por su reconquista (España, Portugal, Grecia), fortaleció sus organizaciones de clase, pero todo dentro del marco capitalista.

En este período los países capitalistas industriales conocieron durante dos décadas un espectacular crecimiento económico y una relativa estabilización política, mientras que la «zona de las tormentas» —localizada fundamentalmente en Europa de 1914 a 1945, aunque ya entonces el movimiento de liberación nacional adquiere relevancia internacional, sobre todo en China— se desplazaba a la periferia del sistema imperialista. Fue la época de los sucesivos «milagros» económicos: alemán, japonés, italiano, español...; la época de las doctas aseveraciones sobre el fin de las crisis del capitalismo y su capacidad de planificarse y autorregularse, sobre la integración irreversible de la clase obrera en el sistema y sobre la caducidad del marxismo. Pero a partir de 1967 (comienzo de la crisis del sistema monetario internacional) y de 1968-69 (crisis social y política en Francia e Italia) el rosado panorama del neocapitalismo comenzó a nublarse seriamente. Hoy pocos discuten que el mayo francés y el otoño caliente italiano fueron explosiones premonitorias y no simples tormentas de verano. Se estaba iniciando una nueva crisis global del sistema capitalista-imperialista. El eurocomunismo es en gran medida su producto, y se pone a prueba en ella. Del papel que desempeñe dependerá mucho su futuro.

NATURALEZA DE LA CRISIS

La crisis actual no es sólo económica, sino social y política, ideológica y moral. De una u otra manera afecta a los países capitalistas industrializados, a los del Tercer Mundo y a los llamados socialistas. De ahí su carácter *global,* aunque por ahora el aspecto económico aparezca en primer plano en la mayor parte de los casos. Pero en la Europa latina —principal escenario del eurocomunismo— el aspecto político tiende rápidamente a ser, cuando no lo es ya, el aspecto dominante.

Entre los factores básicos comunes a la situación de todos los países occidentales figura, en primer lugar, una nueva *fase larga de crisis estructural* de la economía capitalista (cuarta de este género en toda su historia), que ha sucedido a la *fase larga expansiva* que va de 1948 (1940 en Estados Unidos) a 1967. Como en las precedentes, el contenido esencial de esta crisis estructural reside en el agotamiento del anterior modelo de acumulación, del papel motriz de determinadas industrias (en este caso, de la industria automóvil y, en general, la de bienes duraderos, así como de la urbanización «funcional» que las acompaña); reside en la caducidad de una forma específica de división internacional del trabajo y de relación entre el centro y la periferia del sistema.

Diversos factores económicos y políticos determinaron después de la segunda guerra mundial (y en Estados Unidos durante la misma guerra) una elevación espectacular y duradera de la tasa de plusvalía y, por consiguiente, de la tasa de ganancia, en el capitalismo desarrollado. Mandel[5], por ejemplo, destaca entre esos factores los siguien-

[5] Ernest Mandel, «La récession généralisée 1974-1976 de l'économie capitaliste internationale», en *Critiques de l'économie politique,* 24-25, abril-septiembre de 1976.

tes: la debilidad relativa del movimiento obrero a consecuencia de las duras derrotas sufridas entre las dos guerras mundiales; la considerable expansión del ejército de reserva industrial (y del proletariado en su conjunto), constituida por el mayor movimiento de migración que el capitalismo haya conocido desde el último decenio del siglo XIX y primero del actual, así como por la incorporación masiva de la mujer al trabajo asalariado; la baja de los precios relativos de las materias primas, e incluso la reducción de los costos relativos del equipo fijo, que hizo posible —pese a los notables progresos de la semiautomatización— un aumento menos rápido de lo que podía suponerse en la composición orgánica del capital. Esta recuperación de la tasa de ganancia, que entre las dos guerras mundiales había permanecido largo tiempo deprimida, dio fuerte impulso a la acumulación de capital productivo, influyendo poderosamente en el desencadenamiento de la tercera revolución tecnológica, alimentada al mismo tiempo por los progresos acumulativos de la investigación científica y técnica, estimulada, a su vez, por las necesidades militares de la segunda guerra mundial, de las ulteriores guerras «locales» y del creciente rearmamento de todos los estados. La nueva revolución tecnológica, concretada ante todo en la semiautomatización, fue transformando los procesos de producción en todas las ramas industriales y en numerosas ramas de la esfera de la circulación, lo que a su vez estimuló vigorosamente la actividad inversionista.

Estos factores impulsores del espectacular crecimiento económico de los años cincuenta y sesenta fueron modificándose o cambiando de signo. Las reservas de mano de obra comenzaron a agotarse, alcanzándose el pleno empleo en una serie de países, lo que invirtió la relación de fuerzas en el mercado de trabajo. El auge de las lu-

chas obreras contribuyó poderosamente a que la tasa de plusvalía cesara de elevarse y comenzara a estancarse e incluso descender. El largo período de baja relativa de los precios de las materias primas había retraído las inversiones en este sector (al deprimir en él la tasa de ganancia, comparativamente con las ramas manufactureras), provocando una penuria relativa que dio lugar —combinada con factores políticos— a un alza sensacional de los precios y a una reorientación de las inversiones hacia dicho sector «primario». Y, sobre todo, las superganancias o rentas monopolísticas, que durante largo tiempo habían sido el botín de los capitales invertidos en los sectores pilotos de la larga fase expansiva, habían atraído cantidades crecientes de capitales suplementarios, lo cual, finalmente, hizo desaparecer cada vez más dichas superganancias, e incluso provocó cantidades excedentarias en esas ramas. Las dos «tasas medias de ganancia» —la de los sectores monopolizados que incorporaban las superganancias y la de las ramas concurrenciales— acabaron por aproximarse, cuando no igualarse. Comenzó también a agotarse la tercera revolución tecnológica. En lo sucesivo ya no se trataba de la creación de nuevas ramas industriales, sino de la ampliación y generalización de lo que había sido experimentado e introducido en la fase precedente. Todo esto, concluye Mandel, tenía que traducirse en una baja tendencial de la tasa de ganancia, cuyo efecto no podía dejar de ser la disminución sensible de la acumulación de capital y del crecimiento económico a largo plazo.

En esta crisis estructural se inserta —y es una de sus manifestaciones— la crisis o recesión coyuntural mundial de 1974-75 [6], primera gran crisis

[6] Los ciclos clásicos de auge o recesión (sobreproducción) no se confunden con las fases largas expansivas o

de sobreproducción generalizada en todo el sistema capitalista después de la de 1929. Lo mismo que aquélla, ha sido determinada por la disminución sustancial de las inversiones en todos los países capitalistas (provocada, a su vez, por la disminución de la tasa media de ganancia). Las políticas gubernamentales antiinflacionistas de 1973 y primer semestre de 1974 contribuyeron a la baja inversionista, pero la aceleración de la inflación no era un fenómeno casual, sino el resultado de las técnicas inflacionistas utilizadas por los gobiernos desde hacía años para contrarrestar la baja tendencial de la tasa de ganancia.

Tener presente el carácter estructural, de larga duración, de la crisis económica, y como consecuencia, la dominancia dentro de ella de las recesiones coyunturales sobre las fases de reactivación, es fundamental para determinar las condiciones generales en que se desarrolla y seguirá desarrollándose la acción del eurocomunismo. Como también es necesario tener en cuenta que aunque la dialéctica de esta crisis tenga rasgos básicos comunes con las anteriores del mismo tipo, presenta al mismo tiempo rasgos diferenciales de primordial importancia.

En primer lugar, y a diferencia de los años treinta, la clase obrera de Europa occidental afronta esta crisis en posiciones de fuerza sin precedentes en la historia del capitalismo europeo. Después de haber sido uno de los protagonistas principales de la lucha contra el fascismo en la

depresivas, aunque tengan la misma raíz orgánica: los movimientos tendenciales, a corto o largo plazo, de la tasa de ganancia. Con la diferencia de que en las fases largas expansivas predominan —como sucedió en la de 1946-67— los ciclos de auge, siendo las recesiones breves y poco profundas, mientras que en las fases largas de crisis estructural los ciclos de auge son más efímeros y los de recesión más profundos y prolongados.

segunda guerra mundial, en la Resistencia, fortaleció durante más de veinticinco años sus organizaciones de clase, conquistando —como ya dijimos— mejoras y reformas parciales, desplegando en una serie de ocasiones importantes acciones ofensivas, particularmente —coincidencia no casual— en los países de la Europa latina donde ahora la crisis económica se conjuga con la crisis política. La conquista durante un período prolongado del pleno o casi pleno empleo y de la escala móvil de salarios creó una nueva objetividad en las necesidades de la clase obrera, en su conciencia de las mismas, sin contar con que en los sectores más avanzados análogo fenómeno se ha producido en relación con cuestiones aún más conflictivas para el sistema, como son las relacionadas con el poder obrero en las empresas.

Es decir, las potentes luchas del proletariado europeo —incluidas no pocas de las encauzadas por las organizaciones más reformistas— impidieron cada vez más, durante la fase expansiva, que la estructura básica del mecanismo capitalista —la relación capital-trabajo— funcionara con adecuación «razonable» a las exigencias de su propia racionalidad. Y ahora las conquistas alcanzadas por el movimiento obrero, su nueva fuerza y conciencia, representan otros tantos límites y barreras al margen de intervención de los centros directores del capitalismo para superar o paliar la crisis estructural.

Un segundo factor que diferencia esta crisis de la del período comprendido entre las dos guerras es la presencia activa en la antigua periferia colonial del imperialismo de una masa de pueblos y estados que luchan por su independencia y desarrollo económico. Durante más de un cuarto de siglo los Estados Unidos han jugado la carta de la «descolonización», tanto para debilitar y subordinar al capitalismo europeo como, sobre todo,

para facilitar a las clases dominantes autóctonas la posibilidad de combatir las potencialidades revolucionarias del movimiento de liberación nacional. Aunque esta estrategia haya sido derrotada en una serie de casos (China, Vietnam, Cuba, etcétera), en la mayoría de los países del Tercer Mundo la burguesía nacional ha conseguido afirmar su dominación y ha obtenido concesiones del imperio. En contraste con los años treinta, este nuevo factor —la intervención activa, económica y política, de los países de la periferia, con sus movimientos populares y sus burguesías, dependientes, pero también concurrenciales— socava la «racionalidad» del intercambio desigual entre el centro y la periferia del sistema imperialista, representa otro límite de gran magnitud a las políticas anticrisis de los centros dirigentes del capitalismo.

Un tercer rasgo diferencial de la presente crisis estructural respecto a la precedente —que contrariamente a los dos ya citados representa un *plus* para el capitalismo actual en relación con el capitalismo anterior a la segunda guerra mundial— es el grado mucho más elevado de «organización» del primero. El fiasco de las ilusiones fomentadas por la ideología desarrollista y consumista del neocapitalismo acerca de la capacidad de éste para evitar toda crisis mayor y planificarse no debe llevarnos a caer en la ilusión opuesta. La realidad es que, en el capitalismo de los años setenta, la considerable expansión cuantitativa y cualitativa del capitalismo de Estado, de la imbricación del Estado con los monopolios, del desarrollo de las sociedades multinacionales y de la existencia de un centro hegemónico y director como es la superpotencia americana, permite al sistema intervenir con mayor eficacia que entre las dos guerras mundiales para reducir la explosividad de sus contradicciones, combinando

las técnicas inflacionistas y deflacionistas, sosteniendo a los eslabones más débiles —aunque al mismo tiempo se descarguen sobre ellos los efectos mayores de la crisis, etc.—. Así se ha podido evitar hasta ahora una caída brutal de la producción semejante a la de 1929-1933, se ha podido impedir que el paro alcance las proporciones de aquellos años.

Claro que estos paliativos no son sólo el resultado de la mayor capacidad de intervención de los centros directores del capitalismo, sino también de la mayor capacidad de lucha de la clase obrera actual, comparativamente a la de los años treinta. Pero, recíprocamente, el más alto grado de «organización» y de intervención del capitalismo se mide por su mayor capacidad para enfrentarse con la acrecentada potencia de la clase obrera. Hasta ahora ha podido evitar —pero el futuro está en blanco— las rupturas brutales de los mecanismos económico-sociales. Lo que no puede cancelar es la profundidad de la crisis estructural en que se debate, ni su larga duración; no puede evitar la disminución de la tasa media de crecimiento, ni que el paro alcance altas cotas; no tiene remedio radical para la inflación y está abocado a las políticas de «austeridad» como inevitable terapéutica. Cuando la ligera reactivación iniciada en el segundo semestre de 1975 apenas ha tenido efectos sensibles en la situación general, ya se prevé un nuevo descenso de los índices de crecimiento para 1977 [7]. Si una visión catastrofista de la crisis parece desplazada, no menos lo estaría la idea de que pueda transcurrir dentro de límites moderados y fácilmente soportables. Por otra parte, si los paliativos pueden evi-

[7] Según informe de la OCDE para la reunión del 22-23 de noviembre de 1976 en París.

tar en un momento dado desajustes catastróficos es a costa de dilatar la crisis en el tiempo.

La crisis económica estructural se desarrolla inserta en un contexto más general de crisis ideológica y moral, o «crisis de valores», que tiene profundos efectos prácticos, aunque éstos sean más difícilmente mensurables. La ideología neocapitalista ha sufrido un rudo golpe. No sólo se han desvanecido las ilusiones que contaminaron a amplios sectores de asalariados sobre la capacidad del capitalismo para asegurar el pleno empleo y el aumento continuo del poder adquisitivo —aunque hubieran de imponerse por la lucha sindical y política—, sino que la crisis de confianza en las capacidades del sistema afecta también a las clases dominantes, a sus teorías económicas y sociales, acompañada de una crisis de moralidad sin precedentes. Watergate y Lockheed simbolizan sólo —por ahora— las cotas más altas del inmenso *iceberg* mundial de la corrupción que secreta el sistema en sus altos servidores. El capitalismo se prolonga en olor de escándalo.

Por otra parte, la vieja idea de la supuesta capacidad ilimitada del capitalismo para desarrollar las fuerzas productivas —de la que también participó el marxismo, porque esa idea está emparentada con el optimismo decimonónico del progreso lineal e ininterrumpido de la humanidad— cede el paso a la conciencia de la faceta destructiva de este modo de producción, que no sólo explota y mantiene en situación de inferioridad a la principal fuerza productiva —el hombre—, sino que atenta de modo ciego y bárbaro contra los recursos naturales de nuestro planeta. Puede preverse ya que, de prolongarse demasiado el actual modo de producción, la ecuación desarrollo/destrucción de las fuerzas productivas se resolvería negativamente, llevando a la humanidad a un callejón sin salida. Esta nueva conciencia *—con-*

ciencia ecológica—, inexistente en las crisis anteriores, es otro importante fermento subversivo (aunque los *mass media* del sistema intenten manipularla y recuperarla para justificar la disminución del crecimiento y la necesidad de la austeridad), por evidenciar aún más la imperiosa necesidad de un nuevo tipo de desarrollo, de relaciones sociales, de formas de vida.

A diferencia de lo que sucedía en las anteriores crisis globales del capitalismo, hoy el pensamiento avanzado, y dentro de él el nuevo marxismo creador, sabe ya que la ciencia y la técnica, las fuerzas productivas y la organización del trabajo, la escuela y la universidad, la familia y la moral sexual, la cultura, en general, no son entidades neutrales, sino instituciones e ideologías reproductoras del sistema, que comparten su crisis. La lucha por su revolucionarización es parte tan necesaria e indisoluble de la superación del propio sistema como la revolucionarización del Estado.

La actual crisis es mundial en el sentido, también, de que no engloba sólo al sistema capitalista, sino al otro llamado socialista. Lo engloba a nivel económico no sólo por las repercusiones que tiene en él la crisis económica capitalista (reducción de sus exportaciones y de los precios de los productos exportados a consecuencia de la contracción de los mercados capitalistas, reducción, por consiguiente, de su capacidad de importar bienes de equipo, con el consiguiente efecto en la tasa de crecimiento, etc.), sino por los desequilibrios, nudos de estrangulamiento, baja productividad, que revela en medida creciente su propio mecanismo económico. Lo engloba a nivel ideológico, cultural y moral, porque a la crisis de la «conciencia capitalista» que se extiende en los países del capital corresponde la crisis de la «conciencia socialista» en el mundo de la nueva

clase funcionarial dominante. Los pueblos de ese mundo opaco creen cada vez menos en su «socialismo», en su ideología tan divorciada de los hechos, en sus valores culturales y morales. Aunque la privación de libertad durante tantos decenios, asegurada por un aparato estatal omnipotente y omnipresente, ha generado en amplias masas el apoliticismo y la resignación, canalizando la conciencia pública hacia el consumismo más vulgar, los antagonismos y conflictos salen periódicamente a la superficie de modo explosivo, y actualmente se multiplican los síntomas premonitorios de nuevas explosiones.

A diferencia de las anteriores crisis globales planetarias, en la actual no interviene —al menos por ahora— el factor «guerra mundial». Pero las «guerras locales», y a través de ellas o por otras vías la peligrosa partida de ajedrez que juegan las dos superpotencias y sus satélites, han tenido ya una incidencia nada desdeñable en la génesis de la presente crisis, lo mismo que el equilibrismo del terror nuclear y la vertiginosa carrera de armamentos. Aunque la tesis maoísta que afirma la *inevitabilidad* de una nueva guerra mundial peque de fatalismo abstracto, es indudable que la apocalíptica amenaza se perfila en nuestro horizonte. Las creencias en su supuesta imposibilidad debido al riesgo de destrucción nuclear recíproca, lo mismo que las ilusiones sobre una distensión asentada en frágiles compromisos y oscuras segundas intenciones —tipo acuerdos de Helsinki—, y en general, la idea de que una paz firme es posible sin la desaparición del capitalismo y del actual régimen ruso, no tienen fundamento y son peligrosamente desmovilizadoras. La crisis está profundizando el foso entre países ricos y pobres, las contradicciones entre los bloques y dentro de cada uno, la inestabilidad de las relaciones internacionales, acrecentando el peligro de nuevas

guerras locales, incluso de carácter nuclear, y, en definitiva, el riesgo de una nueva guerra mundial.

Lo mismo que sucedía con las anteriores, la actual crisis global del capitalismo no encierra ningún automatismo que predetermine una u otra salida. Todo depende del curso de la lucha de clases en los principales países y del curso de las relaciones internacionales (estando ambos factores en estrecha conexión). Teóricamente, como ha argumentado Samir Amin, pueden concebirse soluciones diversas para la reconversión estructural del capitalismo, sobre la base de un nuevo modelo de acumulación que implicaría nuevas industrias motrices (energía atómica y solar, industria espacial, genética, producción de alimentos sintéticos, explotación del fondo de los océanos, etc.); nuevas formas de intervención estatal, de concurrencia y de concentración, así como una nueva división del trabajo entre el centro y la periferia (la orientación que parece más probable tendería a la concentración en el centro de las nuevas industrias y al desplazamiento hacia la periferia de las antiguas: siderurgia, química, automóvil, industria ligera en general). Otro factor importante de esa reconversión estructural del capitalismo podría ser su penetración en gran escala en los mercados del Este [8].

Pero éstas u otras posibles salidas de la actual crisis del sistema capitalista requieren un largo período y entrañan durante el mismo fuertes tensiones, contradicciones y conflictos sociales de gran magnitud. Las actuales políticas de los principales gobiernos occidentales contienen ya algunos elementos de esas anticipaciones teóricas, pero en lo esencial están encaminadas a restablecer, a corto o medio plazo, los mecanismos anteriores

[8] Véase Samir Amin, «Une crise structurelle», en *La crise de l'imperialisme*, París, Minuit, 1975.

sin cambios sustanciales. Sólo la lucha de los trabajadores puede impedir que la crisis se resuelva a costa suya. Si esta lucha se debilita, si la izquierda no fortalece su unidad y extiende sus alianzas, si no se forma un bloque social y político suficientemente amplio que desarrolle una estrategia ofensiva de lucha por el poder y de reformas radicales que abran la transición al socialismo, las fuerzas conservadoras podrán imponer *su* política de «austeridad» en el marco de fórmulas políticas más autoritarias, y preparar las condiciones para una nueva fase expansiva del capitalismo.

Ante este reto de la historia se encuentran emplazados el eurocomunismo y todas las fuerzas realmente socialistas de Europa.

LA CRISIS POLITICA EN ITALIA, FRANCIA Y ESPAÑA

El carácter global de la crisis, y en particular su dimensión política, se manifiesta con especial agudeza en Europa occidental, que en la actual coyuntura histórica podría revelarse el eslabón más débil del sistema imperialista. Merecen destacarse tres aspectos.

En primer lugar, el proceso de construcción de una Europa capitalista suficientemente articulada económica y políticamente como para convertirse en la tercera superpotencia y poder, en consecuencia, encajar con mayor eficacia el empuje de las clases trabajadoras, ha sufrido un rudo golpe con la crisis y con la política americana de descargar sus efectos sobre los europeos. Cierto que la crisis, al acelerar el proceso de concentración capitalista, contribuye también a ampliar las bases económicas de la integración europea monopolística. Y que, al mismo tiempo, las clases diri-

gentes europeas multiplican los esfuerzos para dotarse con un parlamento europeo que les sirva de instrumento político contra las fuerzas de izquierda. Pero las contradicciones interestatales e interimperialistas han sido agravadas por la crisis para todo un largo período y pueden ser aprovechadas, táctica y estratégicamente, por el movimiento obrero y popular, tanto en el marco nacional como en la lucha por una Europa de los trabajadores.

En segundo lugar, la socialdemocracia, que en la Europa anglosajona y escandinava ha sido desde la segunda guerra mundial la mediación política por excelencia entre el capital y la clase obrera —en el contexto del crecimiento económico, pleno empleo, seguridad social y aumento negociado periódico de los salarios reales— ve contestado su papel, como han puesto de relieve las últimas elecciones, por la franja más conservadora de su base social, al mismo tiempo que en esta base y en sus propias filas se amplían las corrientes de izquierda. No es seguro que las clases trabajadoras de la Europa septentrional se resignen a una restricción duradera de sus pasadas conquistas económicas y sociales. Sobre todo si en la Europa meridional se concreta la posibilidad de gobiernos de izquierda con hegemonía de los partidos obreros.

La situación en esta Europa meridional es el tercer aspecto, y el más relevante, de la crisis europea; el que de modo más inmediato y directo puede hacer de Europa occidental, en la actual coyuntura mundial, el eslabón más débil del sistema imperialista. En el sur europeo ya no se trata de simple inestabilidad política, de cambios superficiales de gobierno, sino de crisis de los regímenes políticos que tiende a transformarse en crisis del régimen social. En menos de tres años se han hundido las dictaduras de Portugal, Grecia

y España, al mismo tiempo que en Italia y Francia la relación de fuerzas cambiaba sustancialmente a favor de la izquierda. Evidentemente, en todos los casos estamos ante procesos abiertos, tan sólo iniciados, en los cuales el forcejeo entre las fuerzas que luchan por el socialismo y las fuerzas conservadoras del capitalismo no se ha decidido, y probablemente tardará en decidirse.

La burguesía griega, con la colaboración de una parte del mando militar, pudo aprovechar el fiasco de la aventura chipriota para desembarazarse sin grave trauma de la dictadura de los coroneles y asegurar la continuidad de su poder político en el nuevo marco parlamentario, frente a una izquierda dividida, aunque apoyada en un fuerte potencial social. En Portugal la revolución ha retrocedido políticamente, si bien conserva su avanzada Constitución y lo esencial de sus conquistas económico-sociales, pero ya se observan síntomas de una recuperación de la izquierda. En uno y en otro caso ha influido negativamente la circunstancia de que los respectivos partidos comunistas sean de obediencia soviética (en Grecia el más fuerte de los dos existentes). El curso ulterior de los acontecimientos en ambos países se verá muy influenciado por lo que suceda en los tres países decisivos de Europa meridional: Italia, Francia y España.

En *Italia*, las elecciones del 20 de junio de 1976 confirmaron el avance espectacular del partido comunista. Pese a su recuperación relativa, la democracia cristiana ha perdido su anterior hegemonía política, y el conjunto de la izquierda se acerca a la mayoría absoluta. Después de las elecciones la lucha social y política se ha radicalizado en torno al problema crucial de qué salida dar a la crisis: con medidas que apunten a una transición hacia el socialismo o en dirección a la rees-

tructuración capitalista. El prudente secretario general del PCI, nada propenso a las dramatizaciones gratuitas, afirmaba en su informe de octubre de 1976 ante el Comité Central del partido[9] que la «crisis general de la sociedad italiana» había llegado a un «punto límite», al grado que Gramsci denominaba «los confines de la soportabilidad social». Partiendo de la inevitabilidad de una política de austeridad, Berlinguer aclaraba que esta política tiene que ser «socialmente equitativa y, al mismo tiempo —es el otro punto irrenunciable— debe servir a una política de transformación de la sociedad». Lo cual exige, añadía, que «no sea confiada a las leyes espontáneas que actúan en la sociedad capitalista, ni a los mecanismos de la máquina estatal tal como actualmente son».

La democracia cristiana y la Confindustria —la gran organización de la patronal— intentan imponer una política de austeridad opuesta, que conduzca a la restauración de los mecanismos capitalistas en beneficio del gran capital italiano e internacional, que aseste un duro golpe no sólo al nivel de vida del pueblo, sino —cosa más grave— a las conquistas sindicales y políticas de los trabajadores italianos desde las grandes luchas de 1967-1969: escala móvil, contratación articulada, control obrero en las empresas sobre las condiciones de trabajo, facilidades a la actividad sindical dentro de las empresas, creciente intervención de las fuerzas populares en las estructuras políticas representativas (municipio, región, parlamento), en los aparatos represivos (justicia, policía, ejército), en los aparatos ideológicos (escuela, familia, información). En definitiva, para la derecha italiana la cuestión esencial es utilizar la crisis no sólo para restablecer el funcionamiento «normal» del modo de producción capitalista,

[9] *L'Unità*, 18 y 22 de octubre de 1976.

sino para inflingir una derrota histórica a la clase obrera y a la democracia italiana.

Las precarias soluciones gubernamentales de este período expresan la fase en que la relación de fuerzas entre las dos alternativas, las dos «políticas de austeridad», es aún indecisa. Pueden desembocar en una deterioración de la base social y política de la izquierda —peligro sobre el que insiste el grupo de *Il Manifesto*— que haga posible el restablecimiento del absolutismo democristiano o, por el contrario, en el paso a la colaboración abierta con la izquierda de una parte de la democracia cristiana, lo cual haría posible el gobierno de «unión democrática» con tres componentes (comunista, socialista, democristiano) preconizado por el PCI.

En *Francia* se acentúa por días la descomposición del bloque gobernante reaccionario, mientras siguen avanzando las fuerzas de izquierda. De no producirse cambios imprevisibles en la dinámica política y social, su victoria en las elecciones municipales de marzo de 1977 prefigura su victoria en las elecciones legislativas de marzo de 1978.

La decadencia del golismo, gravemente quebrantado por el movimiento de mayo de 1968, se aceleró después de la muerte de De Gaulle, desembocando en la pérdida de la jefatura del Estado a favor de un representante de la derecha clásica y atlantista como Giscard d'Estaing. Para evitar la elección de Mitterrand, candidato de la izquierda unida, una importante fracción del golismo, encabezada por Chirac, prefirió sostener la candidatura de Giscard. Pero el partido golista —la UDR— seguía teniendo la mayoría parlamentaria dentro del nuevo bloque gubernamental, y Giscard pagó los buenos servicios de Chirac nombrándole jefe del gobierno. Mas este compromiso Giscard-Chirac, compromiso de la derecha clásica y atlántica

con la derecha populista y nacionalista, no ha resistido la gran prueba de la crisis capitalista. Se han profundizado las divergencias que subsistían bajo el compromiso, tanto en política exterior como interior. El atlantismo practicado por Giscard, cada vez más subordinado a la política americana y a los intereses de las multinacionales, chocaba con la tradición nacionalista del golismo, que corresponde a los intereses de la burguesía más nacional, de amplios sectores de las antiguas capas medias y de una parte de la tecnocracia.

Cada una de estas fracciones de la derecha comenzó a buscar una salida al avance de la izquierda a costa de la otra. Giscard, intentando atraerse a los socialistas y reforzar el centro reformista, a fin de aislar a los comunistas y hacerse, de paso, menos dependiente del partido golista. Lo cual, en términos de clase, significa servirse de la crisis para atraer a las capas mejor retribuidas y más reformistas del movimiento obrero a una alianza con el gran capital y la tecnoestructura, interesados en la modernización del vetusto capitalismo galo, a costa de las antiguas clases medias y de determinadas franjas de la burguesía, amén de que los trabajadores paguen el precio principal. Por su parte, Chirac, al enfrentarse con Giscard y asumir la jefatura del nuevo *Rassemblement* golista (RPR), se propone responder frontalmente al avance de la izquierda, aglutinando bajo la bandera del anticomunismo y del antisocialismo, del coco colectivista, a las clases y capas más tradicionales del capitalismo francés, además de la burguesía nacional moderna. Ambiciona aglutinar también —utilizando el sentimiento nacional, la tradición de la Resistencia y la demagogia social— a parte de los trabajadores. Ministro en todos los gobiernos desde 1968 y primer ministro desde 1974, Chirac se sacude ahora la responsabilidad de la gestión de la crisis económica, de-

jándola en manos de Giscard, y se presenta como nuevo salvador de la patria, como si no tuviera responsabilidad alguna en la crisis general de la sociedad francesa.

A los líderes de la izquierda no les falta razón, seguramente, cuando advierten que no debe subestimarse el peligro de esta empresa de corte bonapartista, ni cuando previenen que sería una ilusión peligrosa dar por ganada la batalla electoral de 1978. Derrotar las dos estrategias de la derecha exige aprovechar sus contradicciones y atraer el mayor porcentaje posible de los sectores obreros y populares influenciados por aquélla, sobre todo por el nacionalismo-populismo golista y por la Iglesia; requiere fortalecer la unidad de la izquierda, que ha dado un paso importante con la presentación de candidaturas unidas para las elecciones municipales en gran parte de las ciudades de más de 30.000 habitantes; y requiere, muy especialmente, desplegar la ofensiva obrera y popular contra el plan de austeridad capitalista de Giscard. La gran huelga general y las manifestaciones del 7 de octubre de 1976, sin precedentes desde mayo del sesenta y ocho, así como otras movilizaciones posteriores, indican el camino a seguir. De que se persista en él depende, más que de ningún otro factor, que las elecciones legislativas de 1978 revistan la importancia histórica de iniciar un proceso resueltamente orientado hacia la alternativa democrático-socialista.

En *España*, la muerte de Franco el 20 de noviembre de 1975 precipitó el proceso de descomposición de la dictadura —llegado ya a un punto muy avanzado—, que ha sido producto de una compleja dialéctica de varios factores, entre los que deben citarse, como más importantes, los siguientes: la transformación de la España agraria de los años treinta en la España industrial de los

años sesenta, ya plenamente capitalista; las contradicciones crecientes entre las estructuras del Estado franquista y los intereses de la clase capitalista nacida de esa transformación; la recuperación del movimiento obrero y popular de la gran derrota sufrida en la guerra civil, con características nuevas —cuantitativas y cualitativas— que lo situaban entre los más avanzados de Europa; la creciente resistencia al centralismo franquista de las nacionalidades y regiones; la presión del contexto europeo, y, finalmente, la crisis económica mundial, que ha agravado y exacerbado todas las tensiones y contradicciones específicas del franquismo y de sus estructuras económicas.

Pero al desaparecer el dictador las fuerzas democráticas no estaban aún en condiciones, ni por su influencia en el país ni por su grado de organización y unidad, de hacer prevalecer sus objetivos inmediatos. Gran parte de la población se encontraba aún paralizada por el miedo a la represión, cuando no por el escepticismo o la indiferencia política. No obstante, era evidente que la exigencia de libertad y democracia crecería rápidamente en la nueva situación. Para un sector cada vez más decisivo de las clases dominantes, de su personal político, económico y militar, se hizo evidente la necesidad de transformar el régimen político a fin de conservar el régimen social. Y se hizo evidente también que la posibilidad de consolidación de la monarquía —pieza clave de la operación reformista— dependía de su actitud ante esa necesidad objetiva del capitalismo español.

Juan Carlos supo entenderlo así y trocó inmediatamente la función histórica que le había asignado Franco al designarle rey: de supremo garante de la continuidad del franquismo pasó a ser su augusto enterrador. Se inició, de ese modo, la dialéctica entre la iniciativa reformista de las

clases dominantes y el despertar político y social del país expresado en las pujantes luchas obreras contra los intentos gubernamentales y patronales de descargar la crisis sobre los trabajadores, en la explosión de los nacionalismos y regionalismos, en las manifestaciones políticas y sociales de todo tipo, en la organización abierta de los partidos y sindicatos, en la multiplicación de la prensa crítica de orientación progresista, etc.

Producto de esta dialéctica fue el naufragio del reformismo Arias-Fraga, demasiado franquista aún, y la entrada en escena del reformismo Suárez, que ha cedido en grado mucho más considerable a la presión del despertar popular, logrando con ello seducir a la oposición moderada e imponer provisionalmente a la izquierda el marco de una reforma que, siendo ya la liquidación del franquismo como régimen político, no es aún —ni de lejos— la democracia que constituye el objetivo inmediato del movimiento obrero y popular. Se ha abierto así una nueva fase de la lucha por esa alternativa democrática, que en las condiciones sociales y políticas españolas sólo podrá abrirse paso con una modificación de la relación de fuerzas que implique la hegemonía de la izquierda y, en particular, del movimiento obrero. Socialistas, comunistas y la izquierda del movimiento nacional y regional constituyen las principales fuerzas políticas de la izquierda, dependiendo en gran parte de su capacidad política y de su capacidad para entenderse el que llegue a madurar la alternativa democrática potenciada hacia el socialismo. La dinámica actual va en esa dirección y llegará a desbordar, sin pasar mucho tiempo, los previsibles resultados de las elecciones de junio, que se van a realizar en condiciones escasamente democráticas.

Como hemos visto, en los tres países decisivos de la Europa meridional están en marcha procesos político-sociales que, pese a su respectiva originalidad, tienen algo básico en común. En primer lugar, lo que se juega no son simples cambios de gobierno o de política dentro de una misma orientación fundamental; lo que se juega es si la crisis global del capitalismo, tal como se concreta en cada uno de esos eslabones débiles del capitalismo desarrollado, va a ser superada con «políticas de austeridad», que además de descargar sobre el pueblo trabajador el peso principal de los sacrificios sirvan para restaurar los mecanismos capitalistas y relanzar el sistema por un nuevo largo período —lo cual es difícilmente concebible sin una involución autoritaria de los actuales procesos—, o si de la crisis va a salirse mediante políticas que aun entrañando sacrificios para las masas introduzcan modificaciones profundas en las estructuras económicas y sociales, de manera que comiencen a sentarse las premisas de la transición socialista. Esta segunda opción exigirá, necesariamente, la ampliación y profundización de la democracia, tanto en las esferas políticas como de la producción, la hegemonía de las organizaciones obreras y populares en el Estado y en la sociedad civil, la modificación radical de las estructuras y aparato del Estado.

En segundo lugar —y por eso la posibilidad de la alternativa democrático-socialista se plantea *concretamente* en estos tres países, a diferencia de lo que sucede en otros del capitalismo desarrollado— las fuerzas políticas, sindicales y culturales que luchan por el socialismo en Francia e Italia —y análoga situación se avecina en España— cuentan ya con el apoyo no sólo de la mayoría de los trabajadores, sino de importantes sectores de las nuevas capas medias y de otros núcleos sociales. La dinámica actual del proceso político y so-

cial en los tres casos hace previsible, a corto o medio plazo, que esas fuerzas del socialismo lleguen a ser netamente mayoritarias no sólo cuantitativa, sino cualitativamente, incluyendo los núcleos sociales más activos y calificados de la producción económica y cultural.

En tercer lugar, el eje político comunista-socialista constituye en los tres países, aunque con equilibrio interno diferente, la columna vertebral del bloque político y social susceptible de ser el protagonista de la transformación socialista. En Italia ese eje se inclina decisivamente, en todos los aspectos, del lado comunista; en Francia se inclina del lado socialista en el plano electoral, pero del comunista en cuanto al grado de organización y de implantación en la clase obrera; en el caso de España también sucede así, actualmente, en este segundo aspecto, y está por ver en cuanto al primero, aunque parece probable que se asemeje al caso francés.

Podrían señalarse otras similitudes, así como múltiples diferencias más o menos relevantes, pero de momento nos limitamos a indicar las analogías mencionadas, más un aspecto de gran importancia que afecta a los tres procesos: su relativa sincronía. Debido a esta circunstancia —determinada esencialmente por la crisis global del capitalismo, que hace de gran director de orquesta—, la influencia de cada proceso sobre los otros dos es va apreciable y puede llegar a ser grande, operando en sentido positivo o negativo según el curso de cada cual. Si en los tres se afirmase la dinámica actual de progresión de la izquierda, la sincronía llegaría a ser un factor relevante frente a los peligros y enemigos comunes, en particular los exteriores.

Por ahora la posibilidad —con todos los interrogantes que la problematizan— de una alternativa democrática proyectada hacia el socialismo no se

prefigura más que en estos tres países de la Europa meridional y latina, pero pese a esta localización su trascendencia internacional no necesita ser subrayada. Ante todo, por la significación estratégico-militar de la región, que Kissinger subrayó en su intervención de diciembre de 1975 ante los embajadores americanos en Europa[10]: «La progresión de la política de izquierda (en el sur de Europa) amenaza con socavar las relaciones que conciernen a la seguridad y a las políticas de defensa sobre las que ha sido edificada la Alianza (atlántica). Y esa progresión no dejará de afectar a las relaciones entre Europa occidental y los Estados Unidos. En Italia, España y Portugal, y tal vez en Francia (Kissinger habla antes de las elecciones cantonales francesas que dieron la mayoría a la izquierda) asistimos al crecimiento de la influencia de los partidos comunistas y nos planteamos la cuestión de saber qué hacer.» Desde entonces se han multiplicado las «sugerencias» de los líderes políticos y militares norteamericanos en torno a ese inquietante «qué hacer». (En la última parte de este ensayo nos referiremos a las respuestas del equipo que rodea al nuevo presidente americano.)

La trascendencia internacional de que se concretase la alternativa democrático-socialista en la Europa latina residiría, además, en su indudable efecto de contagio sobre los demás pueblos europeos (y no sólo europeos). Muy directamente, según ya he dicho, en países como Grecia y Portugal, donde los actuales equilibrios son sumamente inestables y las fuerzas de izquierda conservan un potencial importante. Pero también en los países, por excelencia, de la socialdemocracia, impulsando las tendencias de izquierda en ascenso dentro del laborismo inglés, en la social-

[10] *Le Monde*, 14 de abril de 1976.

democracia alemana y escandinava. Mitterrand ha subrayado, con razón, «el formidable estímulo ideológico que ejercería sobre los trabajadores alemanes e ingleses» un gobierno de izquierda en París. Y este estímulo se extendería a los pueblos del Este europeo, a las corrientes democratizadoras, no por soterradas y reprimidas menos reales, que allí se desarrollan y buscan ya la solidaridad de los partidos del eurocomunismo: el vigoroso movimiento obrero-intelectual polaco, la naciente izquierda soviética, la oposición checoslovaca, que la «normalización» no ha podido extirpar, etc. El ejemplo del avance hacia un socialismo democrático europeo no dejaría de contribuir también al despertar de la clase obrera americana, cuya integración ideológica y política en el sistema es hoy una de las bases más sólidas del imperialismo.

En este contexto y en esa perspectiva se sitúa la acción y la responsabilidad histórica de los tres partidos básicos del eurocomunismo, cuya evolución y posiciones vamos a analizar en los capítulos siguientes, comenzando por su divorcio de Moscú.

2. EL EUROCOMUNISMO Y MOSCU

LAS RAICES HISTORICAS DEL CONFLICTO

Se confunden los que ven en el eurocomunismo otra maniobra táctica, tras la que sigue ocultándose la «mano de Moscú». Aunque subsistan ambigüedades y contradicciones, es un hecho la ruptura de los principales partidos comunistas del mundo capitalista con su anterior *subordinación* a la dirección y al modelo rusos, lo cual no significa aún ruptura con Moscú. Es la última fase de un proceso enraizado en el largo y complejo itinerario histórico del «partido mundial» del comunismo, nacido de la revolución de Octubre.

Una de las constantes, justamente, de ese itinerario, ha sido la conflictividad latente que ocultaba el declarado monolitismo de la organización y de la ideología. Debido a su curso soterrado, no reconocido por los actores, cuando esa conflictividad salía a la luz era siempre de forma imprevisible y explosiva.

En su origen estuvo la concepción teórica —o aspectos muy fundamentales de la concepción teórica— que Lenin tuvo de la «revolución mundial» y del partido llamado a dirigirla en los años de la revolución de Octubre. Partiendo del supuesto de un capitalismo agonizante y de unas clases obreras europeas dispuestas a abandonar inmediatamente a sus jefes reformistas en cuanto apareciera un partido «auténticamente revolucionario», de tipo bolchevique, Lenin consideró que la suerte de la «revolución mundial» dependía, ante todo, de la creación inmediata de un partido de ese tipo, pero de carácter supranacional, *mundial*. Un partido rigurosamente centrali-

zado y jerarquizado a escala planetaria, con disciplina semimilitar, cuyo órgano supremo debía determinar la política de cada sección nacional y controlar su aplicación, seleccionar sus dirigentes, etc. Es decir, todo lo contrario de lo que había sido la Segunda Internacional. Con el agravante de que el órgano supremo omnipotente de la Tercera establecía su sede en Moscú, bajo la dirección inmediata del partido ruso, considerado —al principio tácitamente y luego oficialmente— el «partido guía».

Esta concepción de la «revolución mundial» y de «su partido», las estructuras orgánicas en que se materializa, entran en contradicción, apenas nacidas, con el desarrollo histórico real de Occidente (y, en general, del mundo): derrota de los intentos revolucionarios, recuperación del capitalismo, diversa evolución de los regímenes políticos, renacimiento de la socialdemocracia, ascenso del fascismo, etc. Se convierten en obstáculo objetivo a la elaboración y aplicación por los comunistas de cada país de una política basada en la realidad nacional y en el contexto internacional. La contradicción se agudiza a medida que se instaura la dictadura de Stalin y se consagra la teoría del «socialismo en un solo país». El VI Congreso de la Internacional Comunista (1928) sacralizó al Estado soviético como base y centro de la revolución mundial, al cual había de subordinarse incondicionalmente la actividad de todos los partidos comunistas. Muy pronto los efectos nefastos de esta subordinación se reflejan en la política del partido comunista alemán, el más importante de la IC, contribuyendo a su catastrófica derrota frente a Hitler. En este período surgen dentro de las filas comunistas las primeras elaboraciones teóricas, e intentos prácticos, de una estrategia diferente de la impuesta por Moscú: plataforma y actividad de la «oposición

de izquierda» (trotskismo), que inmediatamente desemboca en la ruptura; elaboración gramsciana —«ignorada» durante más de dos decenios por el movimiento comunista— que, partiendo de un nuevo análisis del Estado y de las estructuras sociales del capitalismo europeo, concibe la estrategia de lucha por el socialismo conocida por la fórmula de «guerra de posiciones»; concepción y aplicación práctica por Mao de la guerra revolucionaria basada en el campesinado —«cerco de la ciudad por el campo»— como estrategia apropiada de la revolución en países agrarios, sin apenas proletariado, sometidos a la colonización imperialista.

La política de alianzas del Estado soviético con las democracias capitalistas frente a la amenaza alemana, después de la subida de Hitler al poder (período 1934-1938), hace posible la estrategia de los frentes populares, que permite una mayor iniciativa autónoma de los partidos comunistas, pero siempre dentro de estrechos límites, como muestra la sincronización de la política frentepopulista de los partidos comunistas de Francia y España con las vicisitudes de la diplomacia soviética, y como muestra —aún más gráficamente— la alineación de todos los partidos comunistas sobre las nuevas posiciones del gobierno soviético cuando éste pasa repentinamente, en 1939, de las alianzas contra Hitler a la alianza con Hitler.

El segundo período de alianzas del Estado soviético con las democracias capitalistas (1941-1947), la disolución de la IC (1943), impuesta por conveniencias de esas alianzas, abren de nuevo campo a cierta iniciativa autónoma de los partidos comunistas, que se traduce en los intentos de elaborar «vías nacionales al socialismo» de carácter democrático y pluralista, tanto en los países del Este liberados por el ejército soviético

como en los del Oeste liberados por el ejército americano y la Resistencia. Dimítrov y otros comunistas destacados ponen en entredicho, por primera vez, la necesidad de la dictadura del proletariado (entendida como dictadura del partido comunista) en las nuevas revoluciones. Pero estos planteamientos, aunque responden a problemas reales, tienen un carácter fundamentalmente oportunista, porque están condicionados de modo decisivo por la evolución de la «gran alianza» Unión Soviética-Estados Unidos y, en particular, por el reparto de las «zonas de influencia». Las «vías nacionales» de los partidos comunistas en Europa occidental implican su subordinación a los partidos burgueses y a la dominación americana en esa zona; las de los partidos comunistas en Europa oriental disimulan, bajo un aparente pluralismo, el control efectivo del aparato estatal por dichos partidos, no basado en el consenso mayoritario del pueblo, sino en el respaldo del ejército soviético que garantiza la dominación de Moscú en esa zona. De ahí que la ruptura de la «gran alianza» en 1947 barriera de la noche a la mañana todas las audacias teóricas y prácticas de esos partidos, quedando al desnudo, de nuevo, su subordinación incondicional a Moscú. Pero las resistencias resultaban cada vez mayores.

La creación del Kóminform (1947), que inicia su actividad llamando al orden a los partidos comunistas de Francia e Italia porque habían tomado demasiado en serio lo de las «vías nacionales»; la histérica campaña contra el partido comunista yugoslavo porque osa enfrentarse a Stalin en ese mismo terreno, pero respaldado por un ejército y todo un pueblo; la sangrienta depuración de los partidos comunistas de las «democracias populares» que afecta a decenas de miles de militantes y a los principales dirigentes: estos y otros hechos reflejan la importancia creciente

de las resistencias a la omnipotencia de la dictadura del Kremlin, sobre todo en los partidos comunistas izados al poder por el ejército soviético y cogidos entre las exigencias democráticas de sus pueblos y el aparato militar-policíaco del Kremlin. En relación con los partidos comunistas occidentales, Stalin no dispone de los mismos resortes coactivos ni tampoco de una estructura orgánica como la de la IC —el Kóminform no es una nueva IC, cuya resurrección ningún partido comunista de importancia estaba dispuesto a aceptar—, pero la herencia ideológica tiene aún suficiente poder de cohesión (reforzada, cierto, por la ayuda económica a los partidos, pero no es esto lo decisivo) como para impedir que la ruptura Tito-Stalin se amplifique. Sin embargo, las tendencias autonomistas se habían reforzado —como lo evidencia esa resistencia a una nueva IC— y las tensiones podían agravarse en cualquier momento.

Cuando muere Stalin y se abre la crisis de poder en Moscú, los sucesores comprenden el peligro que entraña prolongar tal situación en las relaciones con los «partidos hermanos» y con los estados satélites. Se apresuran a hacer concesiones —más espectaculares que de fondo—, como son la reconciliación con el partido yugoslavo, la denuncia de Stalin, la liquidación del Kóminform y la renuncia formal al papel de «partido guía». Pero con estas medidas los dirigentes soviéticos pretenden, en realidad, asentar sobre nuevas bases su papel dirigente en el movimiento comunista internacional: no renunciar a él. Y esta pretensión chocará, cada vez más, con la tendencia de los partidos a la independencia. Se abre así un nuevo y largo período que desembocará, a través de alternativas diversas, en la actual ruptura de los principales partidos comunistas de Oriente y de Occidente (salvo los del bloque militar so-

viético) con la subordinación al partido soviético. Pero antes de examinar este período conviene volver sobre el proceso que hemos descrito para indicar, aunque sea de modo muy esquemático, algunos de sus otros aspectos esenciales.

La subordinación de los partidos comunistas al centro soviético se fue reforzando ideológica y organizacionalmente —agravándose con ello sus efectos negativos— a medida que se iba modificando el carácter de la dirección del partido y del Estado en la URSS. Revolucionaria en los primeros años que siguen a Octubre, se convierte progresivamente en expresión de una nueva clase dominante engendrada por el régimen social edificado bajo Stalin, en el curso de la industrialización. Régimen no socialista, ni de transición al socialismo, por la simple razón de que la liquidación de la democracia soviética inicial, liquidación cada vez más total (aunque se conserve la apariencia), imposibilita que los trabajadores sean, progresivamente, los dueños colectivos de los medios de producción y los gestores de las instituciones económicas, políticas y sociales. (Claro está que la democracia de los productores no es condición suficiente para asegurar esa apropiación colectiva, pero sí condición absolutamente necesaria.)

A medida que se afirma este proceso, la «razón de Estado» —razón de la nueva clase dominante— desplaza en las motivaciones de la política exterior y de las relaciones con los partidos comunistas a la «razón revolucionaria». El «internacionalismo proletario» se metamorfosea en fórmula que justifica ideológicamente la instrumentalización de los partidos comunistas para los fines que interesan a la política exterior o interior del Kremlin, aunque sean contradictorios con las necesidades de la política nacional de dichos partidos. La noción de «dictadura del

proletariado» pierde el contenido democrático que tenía en Marx para convertirse en etiqueta mistificadora de la dictadura de la nueva clase *sobre* el proletariado. Y el «marxismo-leninismo» se vacía de la esencia crítico-revolucionaria y del postulado de rigor científico propios del pensamiento de Marx, transformándose en escolástica justificadora del nuevo orden clasista. Semejante evolución hacía imposible que de la dirección soviética partieran iniciativas susceptibles de superar la contradicción inicial, evocada al comienzo de este capítulo, entre determinados aspectos de la teoría y la organización de la IC y las necesidades de la acción de los partidos comunistas en sus respectivos países. Al contrario, el interés de la «razón de Estado» soviética residía en remachar el sometimiento y la instrumentalización de los partidos comunistas.

Una explicación muy corriente en los partidos comunistas, que sigue repitiéndose bajo diversas variantes, de por qué no fueron capaces durante todo un período —largo período— de elaborar la política adecuada a las características de la lucha de clases en sus respectivos países, consiste en alegar que hubieron de convertirse en destacamentos avanzados del único bastión socialista existente después de la derrota de los intentos revolucionarios en Europa occidental, y supeditarlo todo a su defensa. Explicación inconsistente, porque ¿qué mejor defensa de ese «bastión» que la elaboración y aplicación de una política que respondiera a aquellas características? ¿Quién más interesado que el propio «bastión» en que así fuera? Si pese a todo la contradicción existió, hay que buscar las causas, a mi parecer, en las razones más arriba expuestas: 1) las concepciones estratégicas y organizativas de la IC; 2) la involución del «bastión», debido a la cual era cada vez menos internacionalista, menos mar-

xista, más sometido a los intereses de la nueva clase en formación. En una palabra, menos socialista.

Ahora bien, ¿por qué los partidos comunistas no reaccionan contra esa involución del régimen soviético y, por el contrario, se integran en ella como órganos subordinados? Las razones son complejas, aunque en última instancia pueden reducirse a una esencial: el colosal y perdurable *efecto* histórico de la revolución de Octubre. Convertido en mito durante toda una época —aún no cancelada del todo—, ese efecto impide a sucesivas generaciones de revolucionarios juzgar críticamente aquellos resultados de la revolución que negaban su contenido inicial. Apenas iniciada su formación, los partidos comunistas son moldeados por la misma ideología seudomarxista de la que necesitaban emanciparse (seudomarxista, puesto que en lugar de servir de instrumento para descubrir la realidad tras sus apariencias servía para «demostrar científicamente» que en la Unión Soviética se estaba edificando verdaderamente el socialismo); su funcionamiento obedece a los mismos mecanismos con los que tenían que romper y mediante los cuales iban siendo eliminados, en aras de la defensa de la URSS, de la pureza del marxismo o de la unidad monolítica del partido todas las tendencias críticas.

Desde su práctica militante, con esas anteojeras ideológicas (entre las cuales había desempeñado un papel primordial —y por eso persiste hasta hoy, como veremos más adelante—, una concepción del socialismo que podríamos llamar, simplificando, «productivista»), era factible, casi inevitable, que los comunistas interpretasen como *demostración* irrefutable de la esencia socialista del régimen soviético una serie de hechos de indiscutible relevancia, pero carentes de esa virtualidad probatoria: el espectacular desarrollo in-

dustrial, el acceso de grandes masas a la cultura, el papel decisivo de la URSS en la derrota de las potencias fascistas, su ayuda a diversos movimientos revolucionarios. Era posible «no ver» que el tipo de industrialización realizado llevaba aparejada la formación de nuevas relaciones sociales antagónicas, que la cultura era ideologizada de modo tal que justificase esas nuevas relaciones y contribuyera a su reproducción y perpetuación. Era posible «no discernir» que el papel internacional progresista de la URSS en unos u otros momentos se explica suficientemente por el hecho de que su régimen social, aun no siendo socialista, es de tipo diferente al del capitalismo occidental (el paso de éste a aquél supondría la liquidación de su actual clase dominante y la transformación de una serie de estructuras económicas y políticas), que su carácter común de regímenes de clases dominantes y dominadas no excluye las contradicciones y conflictos entre ambos. Se explica, también, por los intereses de gran potencia y porque la nueva clase dominante necesita, como justificación ideológica, conservar la imagen de «socialista».

Mientras la existencia de los campos de concentración, el montaje de los procesos —primero en la URSS y luego en las democracias populares—, el monstruoso sistema represivo, la liquidación de la democracia soviética, pudieron ser camuflados o negados por el régimen, los comunistas —salvo individualidades o grupos muy minoritarios que inmediatamente eran excluidos— no creyeron ni en las denuncias interesadas de la derecha ni en las revelaciones de Trotski y de otros revolucionarios (que para ellos, los comunistas fieles, dejaban de serlo). Su alienación ideológica «revolucionaria» lindaba con la fe del carbonero. En el período que precede a la segunda guerra mundial hay que añadir —entre los

factores susceptibles de explicar la ceguera de los comunistas frente a lo que ocurría en su propio campo— la situación de «fortaleza asediada» en que se encontraba la URSS y, a partir de 1933, la amenaza de agresión hitleriana. Algunos destacados comunistas extranjeros que vivieron en Moscú aquellos años pudieron entrever algo de lo que estaba sucediendo y la duda comenzó a instalarse en su conciencia, pero el conjunto de elementos que hemos descrito o bien determinó que no pudieran llegar al fondo de la cuestión o bien les proporcionó razones suficientes para ahogar sus dudas. Por lo general, hubo las dos cosas. El testimonio de un Ernst Fischer es particularmente elocuente al respecto [11].

Los que hoy todavía, incluso en los medios de la izquierda, afirman enfáticamente que no puede darse crédito a los comunistas de aquella época que dicen «no haber sabido» lo que sucedía, parecen ignorar que los «hechos» sociales —por limitarnos a éstos— raramente se presentan con la desnudez de lo incontrovertible. Su aprehensión pasa siempre por el prisma de la subjetividad, de la ideología, de los intereses partidistas, de los condicionantes históricos. Lo que no excluye, naturalmente, los casos de cinismo. Por otra parte, el grado de «evidencia» de los hechos cambia radicalmente con la distanciación histórica.

DEL AÑO CINCUENTA Y SEIS AL CISMA ORIENTAL

El papel de la Unión Soviética en la guerra contra las potencias fascistas, la liberación por sus ejércitos de los países del Este, contribuyendo allí

[11] Ernst Fischer, *Recuerdos y reflexiones*, Madrid, Siglo XXI, 1976.

a la apertura de procesos revolucionarios —al mismo tiempo que los desnaturalizaban—, dieron nuevo esplendor al mito del socialismo soviético y al mito de Stalin. Sólo cuando, después de la muerte del gran dictador, la propia clase dirigente tuvo que descorrer parcialmente el velo que ocultaba la realidad, a fin de conservar el sistema reformándolo, los comunistas tuvieron que rendirse a la evidencia: la realidad sobrepasaba dramáticamente todas las revelaciones de los aparatos propagandísticos del capitalismo o de los réprobos. Quedó al descubierto que el poder efectivo en la URSS no estaba en manos de los trabajadores, sino de un aparato policíaco totalitario y sin escrúpulos, encabezado por el autócrata (que dialécticamente era también prisionero de él). Se puso de manifiesto que la política de Moscú con los países del «campo socialista» se asemejaba sorprendentemente a los métodos del imperialismo.

El impacto fue profundo en los partidos comunistas, pero los condicionantes ideológicos eran todavía decisivos y en la mayoría de ellos prevaleció la explicación del «tumor en un cuerpo sano». Sin embargo, la hegemonía del PCUS en el movimiento comunista quedó irremediablemente comprometida. Se acentuaron fuertemente las tendencias centrífugas. Dentro del «campo socialista», Moscú no vaciló en recurrir a los medios más extremos para reprimirlas. En octubre de 1956 amenazó a los polacos con la intervención armada y la llevó a cabo contra los húngaros, no vacilando en aplastar en sangre a los consejos obreros de Budapest. La rebelión popular, en la que participaba un sector considerable, si no mayoritario, del propio partido comunista, no estaba dirigida sólo —en ambos casos— contra el régimen estaliniano interior, sino contra la dominación rusa.

Moscú pudo restablecer con los tanques el orden en su glacis europeo, pero su crédito moral y político sufrió un nuevo rudo golpe que repercutió en el conjunto del movimiento comunista. Sólo los partidos comunistas de Europa occidental perdieron trescientos mil miembros, de los cuales doscientos cincuenta mil el partido italiano, entre ellos numerosos intelectuales. En los grupos dirigentes de estos partidos surgieron serias disensiones. Tuvieron importante eco las tesis de Mao acerca de las contradicciones en el seno del pueblo y del partido, argumentando la posibilidad de que se transformen en antagónicas si la dirección de la revolución no practica una política que corresponda a los intereses de las clases trabajadoras; también los planteamientos de Togliatti (que tropezaron con fuerte resistencia en la dirección del partido italiano) sobre la necesidad de explicar el estalinismo a partir de las contradicciones del sistema. En ambos casos se trataba de una crítica, apenas velada, de la dirección soviética, que trataba de reducir todo el problema al «culto de la personalidad».

Pero el despertar del espíritu crítico y la exigencia de discusión que provocaron los acontecimientos del año 1956, la pérdida de militantes, alarmaron a los grupos dirigentes de los partidos, incluidos los más predispuestos a la apertura. Mao pone fin drásticamente a la campaña de las «cien flores» y Togliatti modera sus primeras reacciones. Moscú aprovecha este reflujo para organizar, en noviembre de 1957, la primera conferencia mundial de partidos comunistas desde que la disolución de la IC —pasando por el intermedio kominformista— había dejado paso al *movimiento* comunista. Mao, que asiste a la reunión, se une a los soviéticos para dar la batalla al «revisionismo», en particular al «revisionismo» yugoslavo que sirve otra vez de chivo expiatorio para cerrar

filas frente a las tendencias críticas y autonomistas. Moscú consigue así restablecer un tanto su autoridad —el mismo Mao plantea la necesidad de reconocer un papel dirigente al partido soviético—, pero cuando se reúne la segunda conferencial mundial, tres años después, la momentánea coincidencia entre los «dos grandes» del comunismo se ha transmutado en divergencias profundas, particularmente en el terreno de la política internacional: los chinos rechazan la «coexistencia pacífica» en su interpretación moscovita. Por boca de los albaneses acusan a Moscú de capitular ante el imperialismo. La gran mayoría de la conferencia secunda a los soviéticos, acusando a los chinos, albaneses y otros partidos de «desviacionismo de izquierda», pero la reunión —cuyos debates no se dan a la publicidad, como tampoco los de 1957— adopta una resolución de compromiso, ocultando con afirmaciones triunfalistas de unidad las graves disensiones internas: «Las especulaciones de los imperialistas, de los renegados y de los revisionistas sobre la posibilidad de una escisión en el campo socialista —declara la resolución— están construidas sobre arena y condenadas al fracaso. Todos los países socialistas cuidan la unidad del campo socialista como las niñas de sus ojos» [12]. Un año después los prolegómenos de la gran escisión salen a la luz pública.

Obligado por la lucha en el seno del grupo dirigente soviético, Jruschov denuncia otra vez en el XXII Congreso del PCUS (noviembre de 1961) las sangrientas represiones estalinianas, aportando nuevos datos. En los órganos directivos de los partidos comunistas se acentúan el desconcierto

[12] *Declaración de la conferencia de representantes de los partidos comunistas y obreros,* Moscú, noviembre de 1960.

y las divergencias sobre la cuestión del estalinismo, complicándose con las que comienza a provocar la polémica chino-soviética. En las direcciones de los partidos comunistas de Francia y España predomina la opinión aprobatoria de la política jruschoviana, considerándola garantía suficiente de la desestalinización y democratización del régimen soviético, pero la dirección del partido italiano reclama «explicaciones suplementarias, porque la denuncia de la era estaliniana abre el problema de las responsabilidades del partido italiano y de los otros partidos»; pide una investigación a fondo de la situación del movimiento comunista bajo Stalin, y plantea de nuevo la necesidad de «la plena autonomía de los diferentes partidos» [13].

En el mismo congreso e inmediatamente después estalla, como hemos dicho más arriba, el conflicto abierto entre el partido soviético y el chino, preludio del gran cisma oriental del movimiento comunista que habría de consumarse poco después. Por primera vez en su historia, el PCUS encuentra dentro de las filas comunistas un rival ideológico y político, estatal y militar, a la escala de sus propias dimensiones. Las tesis «antirrevisionistas» del maoísmo tomaban como blanco también a los partidos comunistas de Europa occidental, muy particularmente al italiano, mostrando considerable incomprensión de la problemática de la lucha de clases en los países capitalistas desarrollados, lo cual contribuyó —junto con la ambigüedad del maoísmo ante el estalinismo— a que algunos de estos partidos, sobre todo el francés y el español, se alinearan incondicionalmente al principio en las posiciones de Moscú, atacando inconsideradamente al partido

[13] Declaración de la dirección del PCI del 27 de noviembre de 1961.

chino. Sin embargo, la ruptura chino-soviética estimuló, en definitiva, todas las tendencias centrífugas, creando condiciones más propicias para el proceso de independización de los partidos comunistas. En el mismo sentido influyó la caída de Jruschov en 1964. Para los dirigentes de los partidos comunistas que hasta el último momento personalizaron en Jruschov sus esperanzas en la democratización del sistema soviético, la caída del pintoresco personaje tuvo efectos traumáticos. No es casual que en 1966, por primera vez, los partidos comunistas de Francia y España se sumen al de Italia en la crítica abierta de una medida de represión político-cultural en la URSS (el juicio y condena de los escritores Siniavski y Daniel).

Durante ese decenio largo que sigue a la muerte de Stalin renacen en los partidos comunistas de Europa occidental las búsquedas de vías específicas al socialismo, a la par que en los países del Tercer Mundo se manifiesta análogo intento en relación con la problemática de la lucha de liberación nacional antiimperialista. La experiencia cubana —por lo general, mal asimilada— induce a la vía guerrillera en América Latina, lo mismo que la experiencia china inspira la guerra popular en diversos países de Asia. En casi todos los partidos comunistas se producen escisiones maoístas, fidelistas (en los latinoamericanos), crisis en las direcciones (como la de 1964 en la del PCE). Recobra cierta audiencia el trotskismo. La necesidad objetiva de elaborar nuevas estrategias, de interpretar los nuevos fenómenos del capitalismo y del imperialismo, así como la realidad del «campo socialista», tropieza con la impotencia teórica del «marxismo-leninismo» canonizado por Moscú, ampliamente imperante, todavía, en la mayoría de los partidos comunistas. El renacimiento, inducido por esas exigencias

objetivas, que comienza a manifestarse en el pensamiento marxista, se inicia, por lo general, al margen —cuando no con la oposición— de los partidos comunistas, pero engloba cada vez más a miembros de los mismos. Se ponen en boga las «nuevas lecturas» de Marx o Lenin. Se debate entre diversas interpretaciones del marxismo (existencialistas, estructuralistas, historicistas, economicistas, sociologistas, etc.).

Con la revolución cultural china se introduce, por primera vez —aunque a nivel muy embrionario—, la problemática de una alternativa global a la vía soviética. La mayor parte de los actuales dirigentes de los partidos eurocomunistas resisten tenazmente a la presión de este movimiento renovador, hasta que unos antes y otros después ceden parcialmente e intentan —de modo muy oportunista, sin verdadera revisión crítica de su trayectoria anterior en la mayoría de los casos— ponerse al frente del mismo.

El conjunto de estos fenómenos muestra que las diversas manifestaciones de crisis del «partido mundial» no sólo no habían sido superadas por su heredero, el «movimiento», sino que habían desembocado en una *crisis general.* De la disolución de la IC —que simboliza la crisis del «partido mundial»— a la primera gran escisión del «movimiento», su *cisma oriental,* se desarrolla un proceso de descomposición —con efímeras recomposiciones— mal disimulado por el mantenimiento de lazos cada vez más formalistas y diplomáticos. El epicentro de este proceso es el ocaso de la hegemonía soviética dentro del movimiento, aunque una cohorte de partidos permita aún mantener la ficción de su pervivencia. (Junto con los partidos gobernantes en los países satelizados del Este, siguen en posiciones de subordinación incondicional numerosos partidos de escasa o ninguna significación en sus países —sobre

todo partidos latinoamericanos, árabes o africanos—, cuya posibilidad de subsistencia se debe, en gran parte, al financiamiento de Moscú.) El punto a que llega este proceso a mediados de los años sesenta refleja la radicalidad adquirida por la contradicción entre la escolástica «marxista-leninista» del partido-Estado soviético, su política interior y exterior, expresión de los intereses de la nueva clase dominante, por un lado, y, por otro, las exigencias objetivas —ideológicas, políticas y organizativas— de la lucha por el socialismo en los países capitalistas desarrollados, lo mismo que de la lucha antiimperialista en los países del Tercer Mundo. A partir de 1968, el proceso se agudiza.

LA «NORMALIZACION» IMPOSIBLE

Para el movimiento comunista de Europa occidental, y en especial para los tres grandes partidos comunistas en los que se centra este ensayo, 1968 constituye un momento crucial de su evolución. La gran explosión social francesa de mayo reactualiza la perspectiva de la revolución socialista en el capitalismo maduro, mientras que la «primavera checoslovaca» abre análoga perspectiva para los países del Este. Sobre los efectos de la primera volveremos más adelante, deteniéndonos ahora en los acontecimientos checoslovacos. En éstos se pone de manifiesto —reafirmando la lección del octubre polaco y húngaro de 1956— que para desbloquear la vía al socialismo en los países del «modelo soviético» hace falta una ruptura con las estructuras políticas y sociales antagónicas que lo caracterizan: en la práctica, una nueva revolución. Ponen de relieve también —y la indicación tiene gran relevancia para la previsión de esa nueva revolu-

ción— que las contradicciones del sistema atraviesan a los propios partidos comunistas detentadores del poder. Y aunque el intento fuera aplastado, las causas que lo provocaron siguen en pie, tanto en Checoslovaquia como en Polonia, Hungría y demás países satelizados, agravándose con el tiempo y la represión, preparando las condiciones de nuevas crisis.

La intervención militar de Moscú aportó una nueva prueba, más irrefutable que ninguna otra anterior, de hasta qué punto el régimen edificado bajo Stalin y consolidado por sus sucesores es incompatible con el socialismo democrático, es decir, con el verdadero socialismo. Esta demostración colocó entre la espada y la pared a los partidos comunistas de Europa occidental que venían evolucionando en la trayectoria descrita. Aprobar la invasión de la pequeña Checoslovaquia democrática y socialista significaba arruinar la credibilidad de su evolución, desacreditar irremisiblemente sus repetidas profesiones de fe en la libertad y la democracia. Por primera vez en su historia se atreven a mostrar públicamente su desacuerdo con una acción del PCUS de capital significación, en la que se condensa la naturaleza misma del sistema. Paso crucial, pero no definitivo, porque aunque esos partidos no aceptan ahora —a diferencia de lo sucedido en 1956 con el caso húngaro— que la acción de Moscú pueda justificarse por una supuesta defensa del socialismo, siguen considerando que el régimen de la URSS es básicamente socialista. Su hazaña checoslovaca sería un grave error, pero no un acto que ponga en entredicho la naturaleza del régimen. Se trata de un socialismo inaceptable para los países occidentales, pero socialismo al fin y al cabo. Por eso la cuestión no es romper con el PCUS, sino criticar moderadamente su acción y rehacer la unidad del movimiento comu-

nista sobre la base del pleno reconocimiento de la independencia y de las vías específicas de cada partido comunista. Estas posiciones, aunque no eran aceptadas por los soviéticos, permiten llegar a un compromiso para reunir, en junio de 1969, la tercera conferencia mundial de los partidos comunistas.

Solicitada en un principio (1962) por el partido chino y sus aliados para provocar un debate general sobre las divergencias existentes, el proyecto de una nueva conferencia se convirtió poco después en un objetivo de los soviéticos para obtener la condena de los chinos por la mayoría del movimiento comunista y restablecer en él su autoridad. Pero una serie de partidos, en particular el italiano, resistieron a ese proyecto. Poco antes de morir, en el verano de 1964, Togliatti elabora un documento, destinado a la dirección del PCUS —el llamado «Memorial de Yalta»—, en el que, aparte de ciertas críticas a la situación soviética en el dominio de las libertades políticas y culturales, expresaba su oposición al plan soviético de conferencia mundial y propugnaba la «unidad en la diversidad» —sin excluir a los chinos— del movimiento comunista.

Al cabo de una pugna de varios años, los soviéticos hacen algunas concesiones y se concierta la reunión para finales de 1968. La invasión de Checoslovaquia impide su celebración, pero el Kremlin la necesita más que nunca para mostrar ante los pueblos del bloque soviético y ante la opinión pública mundial que la gran mayoría del movimiento comunista respalda su línea. Puesta en marcha la «normalización» del partido comunista checoslovaco mediante una depuración del mejor corte estaliniano —medio millón de comunistas excluidos del partido, sus dirigentes encarcelados, desterrados o exiliados—, Moscú se propone ahora la «normalización» del conjunto del

movimiento comunista y el restablecimiento en él de su hegemonía. Intensifica las presiones sobre los partidos contestatarios, colocados ante el dilema de ceder o llegar a un enfrentamiento más radical, para el que muchos de sus militantes no están preparados, y difícilmente conciliable, además, con el reconocimiento del carácter socialista de los regímenes del Este. Como tampoco el Kremlin tiene interés en la ruptura, se llega al compromiso de que ni en el documento preparatorio ni en la resolución final se incluirán la cuestión china y la cuestión checoslovaca, y que las intervenciones se harán públicas, con lo que cada partido podrá dejar constancia de sus posiciones.

Los soviéticos y sus incondicionales aprovechan, en efecto, la tribuna de la conferencia para lanzar una ofensiva en regla contra los chinos, respaldar la «normalización» de Checoslovaquia y aprobar la doctrina de la «soberanía limitada» (el derecho de cada «país socialista» a intervenir en los otros si el «socialismo» está amenazado) que Brezhnev proclama. Los principales partidos de Europa occidental, más el rumano, el japonés y algunos otros, mantienen su posiciones críticas en esos puntos y, sobre todo, reafirman la independencia de cada partido en la elaboración y aplicación de su política. La delegación española declara que el centralismo democrático no puede aplicarse a las relaciones entre los partidos, constatando así una realidad que la misma conferencia pone de manifiesto. Berlinguer es quien expone con más claridad y amplitud la línea contestataria que preludia al actual eurocomunismo. Además, la delegación italiana se niega a firmar el documento de la conferencia porque éste no admite explícitamente la diversidad de «modelos» de socialismo, y otras tres —española, rumana y suiza— firman formulando reservas importantes sobre su contenido general. Sólo se-

senta partidos —veintiún menos que en la precedente conferencia (1960)— firman el texto completo sin hacer objeciones explícitas, pero entre ellos figuran el francés, el japonés y algunos otros que han mantenido sus posiciones en la conferencia, aunque con menos vigor que el italiano y el español. Merece mención, también, el pequeño, pero influyente en el terreno sindical, partido australiano, que hace una de las críticas más duras de la invasión de Checoslovaquia. Hay que tener en cuenta, por otra parte, la negativa a asistir a la conferencia de los partidos comunistas de China, Vietnam, Corea del Norte, Yugoslavia, Albania y Holanda. Y que en algunos países, como la India, Grecia e Israel, frente a los partidos prosoviéticos participantes en la conferencia existían ya otros de igual o mayor entidad, independizados de Moscú.

En resumen, la conferencia, tanto por los presentes como por los ausentes, tanto por lo que en ella se dice como por lo que se calla, muestra ya un cuadro bastante elocuente de la crisis general, ideológica y orgánica, en que se debate el movimiento comunista internacional. Pero muestra, también, la voluntad soviética de remontar la corriente y el temor de los contestatarios a ir al fondo de los problemas. En alguno de ellos, como el partido francés, se observa incluso un manifiesto deseo de «normalización» con Moscú —eso sí, en el marco de la independencia y no ingerencia recíprocas—, aunque para ello deba aceptar tácitamente la «normalización» de Checoslovaquia, consagración de la más brutal ingerencia en el «partido hermano», y callar ante la persecución de que son víctimas los protagonistas de la «primavera de Praga».

La inconsecuencia, en mayor o menor grado, de los partidos comunistas que habían «osado» enfrentarse con Moscú, tenía como causa común

más general —según ya dijimos— el cordón umbilical ideológico que todavía les unía al «socialismo» del Este, pero revestía formas peculiares según las características de cada partido y los efectos concretos que en su seno tenía el enfrentamiento *parcial* con ese «socialismo». En todos ellos, pero en grados distintos, el mito soviético y la formación estaliniana marcaban aún fuertemente el modo de ser de gran número de militantes y de no pocos dirigentes. Pero no faltaban ya quienes, habiendo roto el cordón umbilical, planteaban que la cuestión checoslovaca ponía en cuestión la naturaleza misma del régimen social de la URSS y similares. Citaremos entre ellos, aunque sus posiciones no eran idénticas, Garaudy, miembro de la dirección del PCF; Fischer, Marek y otros máximos dirigentes del PC austriaco; el grupo de *Il Manifesto* en el PCI. Moscú utilizó estos casos para reclamar de las direcciones de los respectivos partidos medidas extremas contra este «antisovietismo» radical, al mismo tiempo que aguijoneaba y ayudaba a los elementos prosoviéticos, dentro de cada partido, que acusaban a esas direcciones de antisovietismo.

Según el peso y la combinación de esos factores en cada partido, así fue la actitud de sus direcciones en la conferencia de 1969 y en el período siguiente. Dada su trayectoria histórica, el PCI y su dirección estaban en mejores condiciones que los otros para este afrontamiento sin precedentes con el PCUS, aunque siempre dentro de los límites indicados. La exclusión del grupo de *Il Manifesto* —precedida de una larga discusión que permitió conocer sus posiciones a todo el partido— proporcionó un motivo de satisfacción al PCUS, pero esta contestación del «socialismo» soviético desde la izquierda contribuyó a que la dirección italiana no hiciera excesivas con-

cesiones a las presiones «normalizadoras» de Moscú.

Diferente era la situación en el PCF y en su grupo dirigente. Más marcado por la formación estaliniana, lo mismo que el conjunto del partido, el grupo dirigente francés retrocedió más que el italiano de sus posiciones iniciales. Sin renunciar a la desaprobación de la invasión, pone sordina al problema, colocando en primer plano el tradicional discurso contra el «antisovietismo», aprovechando a este fin el caso Garaudy. Exalta las realizaciones materiales soviéticas, el supuesto «papel decisivo» de la URSS frente al imperialismo, al mismo tiempo que redobla los ataques contra el maoísmo y adopta una actitud complaciente ante la «normalización» de Checoslovaquia. Su punto principal de fricción con Moscú en este período es la valoración positiva que Moscú hace de la política exterior francesa, que llega al descarado gesto del embajador soviético a favor de Giscard d'Estaing en vísperas de la elección presidencial de 1974.

El Partido Comunista de España tenía fama de ser uno de los más prosoviéticos hasta la crisis checoslovaca. En realidad, como ya dije, la actitud de su dirección comenzó a cambiar a raíz de la caída de Jruschov, cuando acababa de excluir de su seno y del partido a los que veníamos manteniendo una posición crítica del sistema soviético. La lucha por la democracia en España, la política de amplias alianzas contra la dictadura, se revelaban cada vez más incompatibles con la exaltación del «socialismo» en los países del Este. De ahí que la dirección del PCE acogiera como agua de mayo el «nuevo curso» de Dubcek y reaccionara airadamente contra la invasión. Inmediatamente de producirse ésta, *Mundo Obrero* —portavoz del partido—, declara: «No podemos concebir ni admitir la hipótesis —que ahora nuestros

enemigos pueden formular— de que el día en que nuestro partido llegue al poder en España, en alianza con las fuerzas del trabajo y de la cultura, otra potencia socialista, cualquiera que sea, nos dicte su política y, menos aún, intervenga militarmente en nuestro territorio, sin nuestra más enérgica resistencia»[14].

Carrillo plantea poco después, en un informe al Comité Central[15], que una especie de «guerra fría» se ha instaurado en «nuestro propio campo». Achaca toda la responsabilidad de la grave situación creada en el movimiento comunista a «las posiciones de los partidos que ocupan el poder», cuya política está determinada, afirma, por la «razón de Estado». Rechaza el argumento de que la intervención de Checoslovaquia fuese necesaria para mantener el *statu quo* y las zonas de influencia: «Nos sublevamos contra esta concepción que puede responder a una forma de entender la razón de Estado, pero no tiene nada de común con una posición de clase.» Plantea la necesidad de profundizar en las causas del estalinismo y de las sucesivas «crisis en el desarrollo del socialismo». Advierte, también, contra los intentos de «atentar a la unidad de nuestro partido». Advertencia dirigida directamente a los soviéticos por el apoyo que comienzan a prestar a Eduardo García (secretario de organización) y otros miembros del Comité Ejecutivo o del Comité Central del PCE (a los que un año después se sumará Enrique Líster), que inician una lucha dentro del partido con la bandera de la fidelidad a la Unión Soviética.

La agudeza que esta lucha interna cobra, sobre todo en los importantes núcleos del partido exi-

[14] *Mundo Obrero*, septiembre de 1968.
[15] Informe al Comité Central. Folleto, septiembre de 1968.

liados en la URSS y en otros países del Este, donde la presión de los agentes soviéticos cobra formas descaradas, coloca a la dirección del PCE, y en particular a Santiago Carrillo, ante el dilema de capitular o librar batalla con todas las consecuencias. Es el partido —entre los de Europa occidental— que toma posición más clara —aunque sin llegar a una campaña sistemática— contra la «normalización» de Checoslovaquia. *Mundo Obrero* protesta en agosto de 1970 contra la expulsión de Dubcek del partido y declara que «incluso expulsado sigue siendo una esperanza para el porvenir del socialismo checoslovaco» [16]. Denuncia el gradual restablecimiento de las relaciones de los «países socialistas» con el régimen franquista. Y en septiembre de 1973 hace público un informe de Manuel Azcárate (responsable de las relaciones internacionales del partido) al Comité Central, donde se sistematiza la crítica del PCE a la política soviética. Al mismo tiempo que desaprueba determinados aspectos de la política internacional de Pekín, califica de «desatino» las propuestas de la Unión Soviética y de otros estados del Este (en la reunión del Comité de la Asamblea de la Opinión Pública por la Seguridad Europea, celebrada en Bruselas en mayo de ese año) de condenar a China; denuncia la tendencia en la política internacional soviética a aceptar el *statu quo* político y social: la revolución —dice— desaparece del horizonte de su política exterior. El informe plantea la necesidad de que los partidos comunistas de Europa occidental luchen por una Europa independiente y democrática, «no sometida a la hegemonía de ninguna gran potencia»; se opone a la propuesta de una nueva conferencia mundial de los partidos comunistas, tal como comienza a ser formulada —sirviendo de

[16] *Mundo Obrero*, núm. 13, de 1970.

altavoz de Brezhnev— por los jefes de Bulgaria, Alemania del Este y Checoslovaquia, que abogan —dice Azcárate— por un retorno a las prácticas de incondicionalidad respecto al PCUS. A ese plan soviético contrapone el estrechamiento de las relaciones entre los partidos comunistas de Europa occidental y la elaboración de una estrategia común, incluyendo una «imagen de marca» de lo que el socialismo debe ser en esta región. Aunque sea marginalmente, el informe critica la falta de democracia en los regímenes del Este. Considera que la raíz de los males que les aquejan reside en el papel predominante que en ellos tiene el Estado y la fusión partido-Estado. A la dura réplica que le da el PCUS en una de sus publicaciones, el PCE responde editando conjuntamente el informe de Azcárate, la réplica soviética y una réplica a la réplica, con una introducción donde se reafirma que el informe representa la opinión del Comité Central del partido [17].

Las contemporizaciones del PCF y, menos marcadamente, del PCI, no impiden que las principales cuestiones litigiosas persistan y se agraven. Igual que el español, ambos partidos se oponen —y su oposición es determinante— a la nueva conferencia mundial del movimiento propugnada por los soviéticos. Estrechan, en cambio, los lazos entre sí y con los otros partidos comunistas de Europa occidental. Precedida de numerosas reuniones y coloquios preparatorios, en enero de 1974 se celebra, en efecto, una importante reunión de los partidos comunistas de la Europa capitalista, en la que algunos observadores ven el nacimiento de un «comunismo europeo-occidental».

A medida que se iba precisando la estrategia de cada partido en una coyuntura que acrecen-

[17] Folleto sin fecha ni pie de imprenta, editado por el PCE. Aparece hacia marzo-abril de 1974.

taba las posibilidades de la izquierda —«programa común» en Francia, «compromiso histórico» en Italia, «pacto por la libertad» en España—, la credibilidad de esta estrategia exigía diferenciarse más netamente del «modelo» soviético. Ya en 1971 los tres partidos habían criticado el juicio de Leningrado contra un grupo de judíos que intenta abandonar la URSS, y en 1973, la prohibición de editar en la URSS las obras de Solzhenitsin. En 1975 protestan por el internamiento en una clínica psiquiátrica del matemático Leonid Pliusch. En mayo de ese año el PCF hace público un proyecto de «declaración de libertades», uno de cuyos objetivos evidentes es desmarcarse sin lugar a dudas de los regímenes del Este. Esta serie de gestos y actos es contradictoria, por momentos, con otras actitudes de los mismos partidos, en particular el francés, como su apoyo incondicional, durante un período, a la política del muy prosoviético PC portugués. Pero la dinámica y el contenido general de la trayectoria de los tres principales partidos de Europa occidental entraña una profundización de su divorcio con Moscú y hace fracasar la «normalización» buscada por la dirección soviética. Esta tendencia llega a un punto crítico a lo largo de 1976.

¿HACIA EL CISMA OCCIDENTAL?

En el otoño de 1974, los soviéticos ceden en el asunto de la conferencia: no sería «mundial», sino «paneuropea», es decir, de los partidos comunistas de la Europa del Este y del Oeste. La reunión consultiva celebrada a este fin en Varsovia, en octubre de 1974, decide que la conferencia se lleve a efecto, lo más tarde, a mediados de 1975, pero no podrá realizarse hasta junio de 1976, porque desde las primeras reuniones pre-

paratorias se enfrentan las tendencias que venimos describiendo. Y se agudizan con la concreción más acusada que adquiere la estrategia y la concepción del socialismo de los tres principales partidos occidentales en las declaraciones de *Livorno* (julio de 1975) del PCI y PCE, y de *Roma* (noviembre de 1975) del PCI y PCF. Esta segunda tiene particular importancia porque significa la alineación casi total del PCF —salvo divergencias tácticas, pero importantes, en relación con la Comunidad Europea y con la OTAN— en las posiciones tradicionales del PCI.

A estos documentos básicos del eurocomunismo —el vocablo aparece, justamente, después de la declaración de Roma— nos referiremos en la tercera parte. Basta indicar aquí que al definir más netamente que en ningún momento anterior una concepción *común* del socialismo y de la transición, realmente incompatible con los regímenes del Este, los tres partidos daban un nuevo paso de gran significación en su creciente enfrentamiento con Moscú.

A partir de este momento el proceso se acelera. Aunque los hechos son más recientes y es más probable que estén en la memoria del lector, conviene recapitularlos. Cuando la televisión francesa presenta un filme, realizado clandestinamente, que muestra algunas imágenes de prisioneros políticos en un «campo de trabajo» soviético, la dirección del PCF reacciona inmediatamente, declarando que de no haber un desmentido público de las autoridades soviéticas «expresaría su más profunda sorpresa (*sic*) y su más formal reprobación ante tales hechos injustificables», porque el PCF «se pronuncia contra toda represión que afecte a los derechos del hombre y, en particular, a las libertades de opinión, de expresión y de publicación». Moscú responde a través de *Pravda* acusando al PCF de «contribuir voluntaria o invo-

luntariamente a atizar una nueva acción antisoviética» [18]. La dirección del PCF replica ratificando su posición. Es la primera vez en toda su historia que el PCF reconoce y condena, de esa forma genérica, la represión política en la URSS. Análoga posición toman los partidos italiano y español. Este último aprovecha la oportunidad para decir que la situación existente en Checoslovaquia desde 1968 «es en sí la negación de principios básicos del socialismo» [19].

En el curso de la preparación de su XXII Congreso (febrero de 1976), el secretario general del PCF se pronuncia por el abandono de la fórmula «dictadura del proletariado». Aunque el método y los argumentos con que este «abandono» se realiza no son aceptables desde un punto de vista marxista, contextualmente significa el repudio del contenido teórico y práctico que ese concepto ha tenido en la historia del régimen soviético. La misma crítica podría hacerse de los partidos comunistas de España, Italia y otros, que en los últimos años han «dejado caer» la famosa fórmula con el menor ruido posible. Procediendo de modo más espectacular, los dirigentes del PCF han tratado —en éste como en otros pasos «heterodoxos»— de compensar el retraso con el sensacionalismo. Declaran inaceptable también la noción de «internacionalismo socialista» acuñada por Moscú (para designar los lazos que unen a los partidos y estados del bloque soviético) como una categoría superior al «internacionalismo proletario», con el evidente propósito de dar una fundamentación doctrinal seudomarxista a la doctrina de la «soberanía limitada», utilizada para

[18] Comunicado del Buró Político del PCF del 12 de diciembre de 1975, en *L'Humanité* del 13 de diciembre de 1975. Respuesta del PCUS en *Pravda* del 19 de diciembre de 1975.

[19] *Informaciones del PCE*, 2, enero de 1976.

justificar la intervención en Checoslovaquia y, eventualmente, otras venideras. Carrillo, por su parte, considera superada la noción de «internacionalismo proletario», tanto porque recubre el hegemonismo soviético como por considerarla insuficientemente amplia en las condiciones actuales de la lucha contra el imperialismo.

Quince días después del XXII Congreso del PCF, el XXV Congreso del PCUS contraataca en toda la línea. Brezhnev, sus lugartenientes del PCUS y sus fieles de otros partidos comunistas, se lanzan contra las posiciones de los eurocomunistas, acusados de «nacionalismo», «revisionismo», «oportunismo», etc., y, sobre todo, de atentar al principio de los principios recordado por Zhivkov, jefe del partido y del Estado búlgaros: «La actitud hacia la URSS es la piedra de toque del revolucionarismo y del internacionalismo, la línea de demarcación entre las fuerzas del progreso y las fuerzas de la reacción» [20]. Brezhnev y sus seguidores apenas aluden a la conferencia en preparación de los partidos comunistas de toda Europa, e insisten, en cambio, en la necesidad de una nueva conferencia mundial, donde la relación aritmética de fuerzas les sería más favorable para dar la batalla al eurocomunismo y al maoísmo.

Marchais y Carrillo tienen un gesto sin precedentes en los anales de los «secretarios generales»: no asisten al congreso del PCUS. Berlinguer opta por la presencia para, desde la tribuna, exponer las posiciones de su partido. Carrillo, desde Roma, interviene a su manera en el «debate», calificando al régimen soviético de socialismo «en estado primitivo, que se resiente del sistema casi feudal derrocado por él y del que aún lleva los estigmas» [21]. *L'Humanité* se complace en destacar

[20] *Le Monde*, 28 de febrero de 1976.
[21] *Ibid.*

el untuoso culto a la «personalidad» de Brezhnev que tiene lugar en el congreso. Poco después de finalizar éste, el 17 de marzo, Suslov pronuncia un agresivo discurso contra los partidos eurocomunistas, aunque sin nombrarlos. Condena inapelablemente sus posiciones ideológicas, o más bien la versión maniquea de las mismas que expone en su discurso. El abandono de la «dictadura del proletariado» y del «internacionalismo proletario», afirma, equivale a «la sustitución del marxismo por el liberalismo burgués», y significa «prestar un buen servicio al enemigo de clase». En cuanto a la búsqueda de nuevas vías hacia el socialismo la despacha así: «Todo lo que los oportunistas hacen pasar por variedades regionales o nacionales del marxismo no tiene nada en común con la teoría revolucionaria y atenta contra la clase obrera»[22]. Los órganos eurocomunistas rechazan secamente estas acusaciones.

Al discurso de Suslov siguen otros parecidos de diversos responsables del Este, llevándose la palma los checoslovacos, cuya incondicionalidad prosoviética está en razón inversamente proporcional al apoyo de su pueblo. Vasili Bilak declara que «el comunismo soviético es el mejor modelo de comunismo», mientras Josef Kempis toca a rebato contra la «actividad traidora de los que se presentan como marxistas pero en realidad están dirigidos por los centros de subversión del imperialismo»[23]. En la Unión Soviética aparece un folleto atacando a Luciano Gruppi, responsable de la comisión cultural del PCI. *L'Unità* reacciona inmediatamente calificando de grotescas las elucubraciones del autor, que hacen del pensamiento de Lenin «un sistema de dogmas inmutables». El ataque a Gruppi —plantea el diario comunista italiano—

[22] *Le Monde*, 19 de marzo de 1976.
[23] *La Vanguardia*, Barcelona, 21 de marzo de 1976.

está dirigido, en realidad, contra «las opciones fundamentales del PCI y de otros partidos comunistas occidentales»[24].

La ofensiva contra el eurocomunismo se prolonga en el congreso que celebra en mayo el Partido Socialista Unificado (partido comunista) de Alemania del Este, pero sería excesivamente largo enumerar todas las manifestaciones de esta campaña contra los eurocomunistas en los meses que siguen al XXV Congreso del PCUS

Sin embargo, el 29 de junio de 1976 se reúne en Berlín Este la conferencia paneuropea de los partidos comunistas, gracias a que ninguno de los contrincantes desea llegar a la ruptura: sobre todo, Moscú y las otras capitales adictas del Este. Temen el efecto que en sus pueblos y en sus propios partidos tendría la consumación del cisma occidental. Cuatro días antes de abrirse la conferencia se había producido la nueva explosión de los obreros polacos, secundados esta vez por numerosas personalidades intelectuales, contra la política antipopular del régimen. Por su parte, los representantes de la «primavera de Praga» se habían dirigido, desde la cárcel o el exilio, a los partidos comunistas occidentales, reclamando su solidaridad. Brezhnev y sus lugartenientes tuvieron que ir a la conferencia arriesgándose a lo que en efecto ocurrió, incluso más allá de lo previsible: la proclamación abierta de las posiciones de los eurocomunistas. El mismo documento aprobado refleja la importancia de las concesiones que los soviéticos tuvieron que hacer. En él no figuran cuatro fórmulas sacrosantas de la ortodoxia moscovita: «marxismo-leninismo», «dictadura del proletariado», «internacionalismo proletario» y «lucha contra el antisovietismo». En cambio figuran for-

[24] *Le Monde*, 21-22 de marzo de 1976.

mulaciones con las que el desacuerdo de Moscú es bien conocido. Por ejemplo, que los partidos representados desarrollarán la «solidaridad internacionalista» (fórmula italiana que reemplaza a «internacionalismo proletario»), «sobre la base de las grandes ideas de Marx, Engels y Lenin» (fórmula que reemplaza a la acuñada bajo Stalin de «marxismo-leninismo»), «pero preservando estrictamente la igualdad y la independencia soberana de cada partido, la no ingerencia en los asuntos internos, la libre elección de las diferentes vías en la lucha por las transformaciones sociales progresistas y por el socialismo» [25]. Por lo demás, el documento se concentra en las cuestiones de la paz y la coexistencia, terreno en el que los reunidos pueden encontrar mayor coincidencia, aunque en las intervenciones de los eurocomunistas no faltan críticas, indirectas pero transparentes, a ciertos aspectos de la política exterior soviética.

Lo que da el tono a la conferencia es que los eurocomunistas se explayan con claridad, y hasta con rudeza, en sus posiciones actuales [26]. Moscú fue «nuestra Roma», pero ya no lo es, plantea Carrillo: «hoy no tenemos ningún centro dirigente, ninguna disciplina internacional que nos obligue»; «no aceptaríamos ningún retorno a las estructuras y las concepciones del internacionalismo propias del período anterior». Entre «los mayores peligros que hoy amenazan», pone, junto a las «ambiciones imperialistas», las «ambiciones de hegemonía». Es necesario, dice, que «esta diversidad de nuestro movimiento sea aceptada de

[25] *L'Humanité*, 3 de julio de 1976.

[26] Las citas que siguen están tomadas de los discursos de Carrillo, Marchais y Berlinguer en la conferencia de Berlín. Del primero hemos utilizado el texto mecanografiado facilitado por la delegación del PCE. De los otros dos, los textos publicados respectivamente en *L'Humanité*, 1 de julio de 1976, y *L'Unità*, 1 de julio de 1976.

una vez por todas y que se renuncie a toda forma de intriga para contrarrestarla». Reclama de los «países socialistas» una política «más dinámica, propuestas más directas hechas ante la faz de los pueblos para retirar las tropas y bases en países extranjeros, tanto socialistas como capitalistas; para disolver los dos bloques militares existentes; para garantizar efectivamente los derechos humanos en su más amplia acepción».

Tanto Carrillo como Marchais y Berlinguer reiteran en sus intervenciones la consustancialidad de socialismo, libertad y democracia. Berlinguer formula en detalle el contenido concreto de esa libertad y democracia, sin que se sepa, ante este discurso, cómo es posible seguir considerando socialismo —ni siquiera «primitivo»— lo que existe en los países llamados socialistas. Pero esta es la contradicción, no pequeña, en la que todavía se debate el eurocomunismo.

Marchais plantea que «la coexistencia pacífica no puede ser identificada en modo alguno con el *statu quo* social y político en nuestro país, con la división del mundo en esferas de influencia dominadas por los estados más poderosos». Y aludiendo más directamente al reiterado respaldo de Moscú a la política exterior de Giscard d'Estaing, el secretario general del PCF advierte que «no admitiríamos paso alguno que en nombre de la coexistencia pacífica entre estados atente a los intereses de nuestra lucha contra el poder del gran capital, por la democracia y el socialismo».

Berlinguer declara, también, que la distensión no debe implicar «el mantenimiento del viejo equilibrio social y político en todos los países», pero que la supresión de los bloques debe lograrse «gradualmente», «sin alteraciones unilaterales del equilibrio estratégico entre el Tratado del Atlántico Norte y el Pacto de Varsovia». El pueblo ita-

liano deberá decidir su destino con independencia, sin ninguna ingerencia extranjera, pero «dentro del ámbito de las alianzas internacionales a las que pertenece Italia». (Más adelante nos referiremos a las divergencias en política exterior que existen entre los partidos del eurocomunismo.)

Marchais y Berlinguer critican el tipo tradicional de conferencias del movimiento comunista, incluida la que se está celebrando, y proponen que se cambie de métodos, pasando a un debate más abierto, directo y franco de los problemas. Hacen abortar la intención soviética de que la conferencia paneuropea sirviese de trampolín para lanzar la preparación de una conferencia mundial.

Los dirigentes de los tres partidos confirman plenamente con sus intervenciones la existencia del eurocomunismo —aunque el término no les parezca perfecto—, no sólo porque coinciden de hecho sus planteamientos esenciales, sino por el reconocimiento expreso de dicha coincidencia. «Es significativo —declara Berlinguer— que algunos otros partidos comunistas y obreros de Europa occidental hayan llegado, a través de investigaciones independientes, a conclusiones análogas sobre el camino al socialismo y el carácter de la sociedad socialista que se debe construir en sus países. Esta convergencia y estos rasgos comunes han sido expresados recientemente en las declaraciones que hemos acordado con los camaradas del Partido Comunista de España, del Partido Comunista Francés y del Partido Comunista de la Gran Bretaña.» Y subraya —como ya vimos al comienzo de este trabajo— que la rapidez con que se ha propagado el término «eurocomunismo» muestra lo profunda y amplia que es en Europa occidental la aspiración a encontrar nuevas soluciones al problema del socialismo.

En resumen, la conferencia de Berlín fue la

primera confrontación pública y global entre el bloque soviético y el eurocomunismo. Un paso que hace más previsible el cisma occidental del movimiento comunista. Porque debe tenerse en cuenta que pese a la mayor franqueza de los discursos públicos éstos no reflejan más que parcialmente la profundidad que ha alcanzado el conflicto.

Desde la conferencia de Berlín el enfrentamiento se agrava cada día. Tiende a polarizarse en el aspecto más visible del carácter antipopular de los regímenes del Este: la represión contra todos los que reclaman libertad y, mas duramente aún, cuando la exigencia de libertad va asociada —como en los acontecimientos de junio de 1976 en Polonia— a la lucha de la clase obrera por sus derechos y reivindicaciones. El PCI envió una carta al Comité Central del partido polaco, intercediendo por los obreros perseguidos, el mismo día que la prensa italiana publicaba la carta de Jacek Kuron a Berlinguer, pidiéndole «ayuda a los obreros polacos calumniados por la prensa, la radio y la televisión [polacas], golpeados por la policía, encarcelados, acusados de sabotaje, condenados a largas penas de prisión» [27]. Sindicatos franceses e italianos expresan su solidaridad con los obreros polacos. Con algún retraso, también la CGT francesa. En diciembre, uno de sus secretarios declara: «No podemos admitir que trabajadores sean condenados a duras penas de cárcel por actos de huelga, como hace unos meses sucedió en Polonia» [28].

La dirección del PCF da en octubre un nuevo paso al decidir que un representante suyo —Pierre Juquin, miembro del Comité Central— participe en el mitin de la Mutualité por la liberación

[27] *Le Monde*, 21 de julio de 1976.
[28] *Le Monde*, 30 de diciembre de 1976.

de un grupo de prisioneros políticos soviéticos, checoslovacos, bolivianos, chilenos y uruguayos. (Un año antes el PCF se había negado a participar en un acto organizado por mismo comité —el llamado «comité de matemáticos»— a favor de Leonid Pliusch, aunque reclamó por su lado la liberación del matemático ucraniano.) La reacción de Moscú es fulminante. La agencia Tass declara que «la opinión pública soviética no comprende cómo los representantes del partido comunista francés han podido participar en una sucia empresa de ese género». Se trata, añade, de «una tentativa para levantar una ola de propaganda hostil a la Unión Soviética y a los otros países socialistas, de asestar un golpe a la distensión internacional»[29]. Marchais replica que el PCF se limita a aplicar la línea adoptada en su XXII Congreso y «nadie nos hará apartarnos un ápice de esa línea». *L'Humanité* reafirma que la libertad «es inseparable del socialismo»[30]. Y la dirección del PCF acuerda editar en seis millones de ejemplares el discurso de Juquin en la Mutualité.

En noviembre le toca el turno a la Alemania del Este, que priva de su nacionalidad al cantante contestatario Wolf Bierman, mientras se encontraba de gira en la otra Alemania, y emprende una nueva represión contra la oposición intelectual, provocando también la protesta de los eurocomunistas. En diciembre, la dirección del PCF envía nada menos que a Kanapa, responsable en el Buró Político de las relaciones internacionales del partido, y con un pasado estaliniano de los más nutridos y de los más recientes, a participar en el debate televisado que sigue a la proyección de *La confesión*, el filme que simboliza los trágicos procesos de la época estaliniana. Cuando

[29] *Le Monde*, 24 de octubre de 1976.
[30] *L'Humanité*, 23 de octubre de 1976.

el filme fue estrenado en 1970, *L'Humanité* le había reprochado estar al servicio de una «mala causa». Ahora Kanapa lo aprueba sin reservas. Dice que es de una «autenticidad total» y que el libro «ha rendido servicio a todos los que militan por el socialismo» [31]. *Rude Pravo*, órgano del partido comunista checoslovaco «normalizado», denuncia la emisión de la televisión francesa como «provocación antichecoslovaca y anticomunista» [32]. El redactor jefe de *L'Humanité* replica que, aunque ya no estamos en los tiempos de los procesos de Moscú y de Praga, siguen «los atentados a las libertades individuales»; «hemos declarado nuestro desacuerdo a este propósito y lo haremos de nuevo cada vez que lo estimemos necesario (...) ninguna razón de Estado nos hará aceptar la injusticia» [33].

En diciembre, también Zhivkov, jefe del partido-Estado búlgaro, especializado en decir claramente aquello que Brezhnev prefiere decir con perífrasis, acusa al eurocomunismo de ser «una nueva forma de antisovietismo». *L'Unità* califica la acusación de «ataque directo» y «hecho grave» [34]. Poco después tiene lugar el famoso intercambio de Zurich. Brezhnev y Pinochet truecan sus presas: Bukovski contra Corvalán. Marchais califica el hecho de *marchandage inadmisible*, y el Buró Político del PCF declara «inadmisible que un hombre que lucha por ideas que considera justas sea colocado ante esta alternativa intolerable: la prisión o el exilio» [35]. *L'Unità* plantea que «el verdadero problema reside en esas limitaciones de la libertad que se constatan en la URSS (...) Esta

[31] *Le Monde*, 16 de diciembre de 1976.
[32] *Le Monde*, 17 de diciembre de 1976.
[33] *Ibid.*
[34] *Le Monde*, 5-6 de diciembre de 1976.
[35] *L'Humanité*, 18 de diciembre de 1976.

es la cuestión que hoy, más que nunca, debe ser abiertamente discutida, afrontada y resuelta. La inculpación y detención por hechos calificados de delitos de opinión son tan inadmisibles como cualquier otra forma de limitación de las libertades individuales o colectivas (...) Con este asunto la URSS ha podido y debido medir cual es el peso de todos los problemas concernientes a las libertades, no resueltos en su vida interna»[36].

Moscú responde a los pocos días con nuevas detenciones: de judíos que intentan manifestarse en el centro de Moscú y de intelectuales de Leningrado acusados de haber pintado en los muros de la fortaleza Pedro y Pablo un enorme letrero: «Vosotros asfixiais la libertad, pero el alma del pueblo no admite restricción alguna».

En los primeros días de enero de 1977 se difunde en Checoslovaquia la *Carta* 77, documento firmado por más de un centenar de relevantes hombres políticos e intelectuales, muchos de los cuales habían desempeñado funciones destacadas en el movimiento de 1968, que denuncia la privación de derechos y libertades fundamentales, e invoca los acuerdos de Helsinki, firmados por el gobierno checoslovaco, para reclamar su restauración. Se define como un movimiento amplio, sin estructuras orgánicas, que se propone ese objetivo concreto. La iniciativa encuentra gran eco en el país, sumándose rápidamente nuevos firmantes, pese a la represión que desencadenan las autoridades. Los partidos eurocomunistas expresan su solidaridad, aunque en medida muy insuficiente. El PCE difunde el documento en España, con una introducción de la Secretaría de Prensa del Comité Central, en la que valoriza la importancia del documento como representativo de «un sentir extendido en toda la sociedad checoslovaca,

[36] *L'Unità*, 18 de diciembre de 1976.

que sigue comprometida en la difícil tarea de construir un socialismo de rostro humano, por lo que cuenta con el apoyo de todos los demócratas y socialistas y, en primer lugar, de los comunistas españoles». *L'Humanité* denuncia el 25 de enero «el comportamiento de las autoridades checoslovacas con hombres políticos e intelectuales que expresan opiniones diferentes de las oficiales». Este comportamiento, dice el órgano del PCF, «preocupa seriamente a los comunistas franceses (...) no podemos silenciar nuestro estupor ante la acusación de las autoridades checoslovacas, aparecida en *Rude Pravo*, de que los firmantes de *Carta 77* actuarían "por orden de las centrales anticomunistas y sionistas"». La utilización de estos procedimientos evoca irresistiblemente la arbitrariedad de un pasado dramático, cuya resurgencia condenan sin vacilación los comunistas franceses. Pese a la represión que se abate sobre los firmantes del documento —privación de empleo, interrogatorios, detenciones, campaña calumniosa de la prensa—, el apoyo a *Carta 77* sigue manifestándose en todo el país. Saliendo al paso de la campaña oficial que trata de denigrar el movimiento, Jiri Hajek, uno de los más destacados firmantes del documento, antiguo ministro de asuntos extranjeros, concede a comienzos de febrero una entrevista a la televisión austriaca, donde declara que sus objetivos consisten en «profundizar el sistema socialista checoslovaco en el sentido de la democracia y del humanismo» y contribuir «al progreso de la distensión en toda Europa». «Con nuestra iniciativa ciudadana —dice Hajek—, nosotros, que pese a nuestra exclusión del partido nos seguimos considerando comunistas, parte del movimiento comunista internacional, pensamos contribuir a la realización de esos objetivos.»

Paralelamente se intensifica en Polonia la actividad del *Comité de defensa de los trabajadores*, obligando al gobierno a aflojar la represión y prometer una amnistía. Se esfuerza por elaborar una estrategia política y reclama insistentemente la solidaridad de los partidos comunistas y socialistas de Occidente. También se incrementa la acción de los comités creados en diversos centros de la URSS por el cumplimiento de los acuerdos de Helsinki (respeto de los derechos humanos), y se acrece la actividad de los exilados (Pliusch, Bielocherkovski, Bukovski, Amalrik, etc.), que hacen campaña en el mismo sentido, al mismo tiempo que tratan de fundar las bases de una acción política unitaria de la oposición democrática y socialista a la dictadura soviética. Marchais tiene el gesto de mantener un diálogo con Amalrik en la televisión. Otros responsables comunistas, franceses, italianos y españoles establecen contactos también con los exilados de diferentes países del Este. Las autoridades de estos países, en particular las soviéticas, responden intensificando la represión y multiplicando los ataques directos o indirectos contra los eurocomunistas. La ofensiva ideológica se refuerza a partir de la reunión que celebran en Sofía los partidos comunistas del bloque soviético, por los mismos días en que tiene lugar la «cumbre» eurocomunista de Madrid. Esta primera reunión conjunta del PCI, PCF y PCE defrauda todas las expectativas que había suscitado. En particular, no aporta nada nuevo a la crítica de la situación existente en los regímenes del Este, ni denuncia la represión que en esos momentos está recrudeciéndose allí, ni tiene un gesto de solidaridad con sus víctimas. Ratifican, no obstante, sus posiciones anteriores.

EL PROBLEMA CLAVE: LA NATURALEZA DEL SISTEMA

Los partidos del eurocomunismo han llegado a un punto del que no pueden volver atrás sin descalificarse ante sus pueblos y ante sus militantes. Por un lado afirman la consustancialidad de socialismo, libertad y democracia. Por otro siguen considerando socialistas a los regímenes del Este, pero su denuncia de los atentados a la libertad en esos regímenes se amplia cada día y toma dimensiones más genéricas. Tanto, que es difícil explicarlos como excepciones o errores que contradicen la naturaleza del sistema; es difícil sustraerse a la conclusión lógica que deriva de esa denuncia: no se trata de anomalías sino de hechos perfectamente coherentes con la naturaleza profunda de un sistema político-social en el que la libertad y la democracia brillan por su ausencia. Son su producto inevitable. Pero si se llega a esta conclusión, a la que prácticamente están llegando los eurocomunistas, ¿dónde está el socialismo que siguen reconociendo en ese régimen? Calificarlo de «socialismo primitivo», cuando el prototipo cuenta ya con sesenta años de historia y ha alcanzado el nivel industrial que sabemos, no es más que un subterfugio. Aunque prescindiéramos de los sesenta años y del nivel industrial —que no es prueba, como ya dijimos, de socialismo—, en un «socialismo primitivo» habría que registrar, al menos, una cierta dinámica hacia la libertad y la democracia en la organización de la vida política y social. ¿Dónde está esa dinámica en la URSS? Los condicionantes históricos tampoco autorizan la persistencia en reconocer como socialismo lo que allí existe, pues aun admitiendo que dichos condicionantes han hecho imposible la libertad y la democracia habría

que llegar a la conclusión lógica de que han hecho imposible el socialismo, siempre que seamos consecuentes con la tesis eurocomunista de que libertad, democracia y socialismo son consustanciales.

Queda el «gran argumento», procedente del trotskismo y adoptado ahora por el eurocomunismo, según el cual el sistema de producción en la URSS es socialista aunque su superestructura política no lo sea. Aparte de que esta tesis contradice también la de la consustancialidad de socialismo, libertad y democracia, revela una concepción no marxista del sistema de producción socialista. ¿No es la piedra angular de este sistema de producción la apropiación colectiva por los trabajadores de los medios de producción? ¿Y puede existir esta apropiación colectiva si la organización político-social que la realiza no es radicalmente democrática en todas sus facetas: economía, política, cultura?

Lo mismo que ha habido diversas formas de «transición al capitalismo» y diversas modalidades de «capitalismo» (con democracias parlamentarias o con dictaduras fascistas), es natural que haya diversas formas de «transición al socialismo» y de «socialismo», argumentan también algunos eurocomunistas, razonando por analogía. Pero esta analogía no es pertinente. Cierto que el modo de producción capitalista —y su progresiva instauración— se caracteriza por su compatibilidad con estructuras políticas que van desde el bonapartismo o el liberalismo del siglo XIX hasta el fascismo y la democracia formal del siglo XX. Pero esta compatibilidad expresa, en primer lugar, una autonomía relativa de la instancia política en ese modo de producción, derivada de que debe dominar y arbitrar los intereses contradictorios existentes en la misma clase capitalista y el

antagonismo entre ésta y las masas trabajadoras, en aras del interés global de la clase capitalista; expresa, en segundo lugar, el carácter explotador y autoritario de las relaciones sociales capitalistas en la esfera de la producción (y no sólo en ella). Por esta doble razón dichas relaciones pueden ser compatibles con la democracia formal, cuya característica básica es, justamente, la separación de lo político y lo económico, la democracia en la esfera política y la no democracia en la esfera de la producción, o, por razones obvias, puede ser compatible con diversas formas de dictadura política. Que se establezca una u otra correlación depende, por lo general, de la correlación de fuerzas entre las clases. La mayor o menor dosis de democracia real en la democracia formal es función, ante todo, de la capacidad de lucha de las clases trabajadoras, de su nivel de organización, de conciencia y de unidad, dentro del necesario e inevitable pluralismo político e ideológico.

Si la democracia llega a investir también el aparato productivo de forma sustancial quiere decirse que el modo de producción capitalista llega al fin de su existencia histórica. Aquí reside la verdad de la «vía democrática al socialismo», en tanto que lucha por «llevar la democracia hasta sus últimas consecuencias», como dice la declaración de Roma del PCI y el PCF. Precisamente porque, a diferencia del modo de producción capitalista, al socialista no le basta con la democracia formal ni, menos aún, es compatible con la inexistencia de toda democracia. Su carencia implica nenecesariamente la aparición de una nueva clase dominante, usufructuaria de los medios de producción, como ha sucedido en la URSS.

En la transición al modo de producción comunista —que es un largo proceso— se reduce ten-

dencialmente la autonomía de lo político respecto a lo económico, lo cual equivale a la progresiva ampliación y profundización de la democracia. Puede hablarse de transiciones al comunismo diferentes, nacionales, atendiendo a la influencia en ese proceso de las diversas condiciones nacionales e internacionales en que se realiza, a la diversidad de tradiciones y culturas. Pero es incongruente referirse a esa diversidad para englobar al socialismo democrático y al socialismo no democrático. En el primer concepto la adjetivación es innecesaria, en rigor, aunque sea cómoda para disipar equívocos en estos tiempos en que se autotitulan socialistas desde el régimen de Brezhnev al de Gaddafi. El segundo concepto es una contradicción en sí.

La concepción del sistema de producción socialista más arriba criticada acusa la permanencia en la ideología eurocomunista de ideas que proceden del marxismo de la Segunda Internacional, pasan a Lenin y la Tercera, y son sistematizadas dogmáticamente por el estalinismo. Se trata, principalmente, de las siguientes: que la supresión de la propiedad privada capitalista equivale a la supresión de las relaciones de producción capitalistas; que toda una faceta de las fuerzas productivas —técnica, ciencia, e incluso organización del trabajo— es neutral y puede servir indistintamente, sin modificaciones cualitativas, al capitalismo y al socialismo; que, sobre la base de esas dos premisas, todo depende del nivel de las fuerzas productivas, de sus logros materiales. Partiendo de esta concepción puede sostenerse que existe una estructura económica socialista aunque la superestructura política no lo sea, aunque se haya «retrasado» respecto a la base económica.

De ahí que la cuestión de si el sistema soviético es o no socialista no afecte sólo a las relacio-

nes de los partidos eurocomunistas con Moscú, sino también a su propia concepción de la transición socialista. A este aspecto nos referiremos más adelante. En cuanto al primero, mientras persista la concepción actual persistirá un cierto hegemonismo soviético respecto al eurocomunismo: el hegemonismo de un sistema que además de ser una de las dos superpotencias mundiales *ha realizado ya el socialismo.*

Y mientras permanezca en esa posición, el eurocomunismo no podrá tener una estrategia adecuada para enlazar con las fuerzas sociales y las corrientes políticas, cada día más importantes, que en los países del Este luchan por el socialismo. Cuestión primordial, porque sin el avance de esas fuerzas la causa del socialismo en Occidente se verá seriamente comprometida, como hace sesenta años la victoria de los revolucionarios rusos quedó irremisiblemente hipotecada por la frustración de la revolución en Occidente.

3. LA VIA DEMOCRATICA AL SOCIALISMO

El objetivo que se han propuesto los partidos eurocomunistas de adecuar la concepción del socialismo y la estrategia de la transición a las características del capitalismo desarrollado, ha sido concretado, por ahora, en la elaboración de la llamada «vía democrática al socialismo» y en los primeros intentos de aplicarla prácticamente a la situación específica de los respectivos países.

¿Qué significa esa «vía»? Veamos, en primer lugar, su versión oficial. Entre las diversas exposiciones contenidas en los documentos de los partidos comunistas de Italia, Francia y España, la declaración de Roma del PCI y PCF (noviembre de 1975) contiene, seguramente, la versión más global y sintética[37]. Puede resumirse en los siguientes puntos:

— «*El socialismo será un estadio superior de la democracia y la libertad*: *la democracia llevada hasta sus últimas consecuencias.*»

— «La marcha hacia el socialismo y la edificación de una sociedad socialista... deben realizarse en el marco de una *democratización continua de la vida económica, social y política.*»

— «(La) transformación socialista de la sociedad supone el *control público sobre los principales medios de producción y de cambio, su socialización progresiva*, la aplicación de un *plan democrático* a nivel nacional.» «Al sector de la propiedad campesina pequeña y media, del artesanado, de la pequeña y media empresa industrial y comer-

[37] Los subrayados en los pasajes citados son míos.

cial, se le asignará un papel específico positivo en la construcción del socialismo.»

— *El Estado se caracterizará por su laicismo, funcionamiento y descentralización democráticos,* reservando un papel creciente a las regiones y colectividades locales, con amplia autonomía de las mismas en el ejercicio de sus poderes.

— *Pluralidad de partidos políticos,* incluido el derecho a la existencia y actividad de los partidos de oposición, con libertad de formación, y posibilidad de alternancia democrática, de mayorías y minorías.

— *Libre actividad e independencia de los sindicatos.*

— *«Desarrollo de la democracia en la empresa,* de tal manera que los trabajadores puedan participar, con derechos reales, en la gestión, y disponer de amplios poderes de decisión.» (A este punto se le concede «importancia especial» en la declaración.)

— *«Garantía y desarrollo» de todas las libertades conquistadas en las luchas populares del pasado.* (Se hace una enumeración detallada de las mismas.)

— «Esta transformación (socialista) *no puede ser obra más que de luchas de gran envergadura, de potentes movimientos de masas, que movilicen en torno a la clase obrera a la mayoría del pueblo.* Exige la existencia de instituciones democráticas plenamente representativas de la soberanía popular, la garantía y extensión de sus poderes, el libre ejercicio del sufragio universal directo y proporcional. Los dos partidos, que han respetado siempre y respetarán el veredicto del sufragio universal, *conciben en ese marco el acceso de las clases trabajadoras a la dirección del Estado.»*

La declaración subraya que ambos partidos atribuyen un «valor de principio» a «todas las condiciones de la vida democrática» expuestas en el documento, que su actitud «no es táctica sino que deriva de su análisis de las condiciones materiales e históricas específicas de sus respectivos países, de su reflexión sobre el conjunto de la experiencia internacional».

Estas posiciones de principio resumen lo esencial de diversas elaboraciones programáticas y estratégicas del PCI, PCF y PCE [38], donde se exponen ampliamente: las reformas estructurales que en lo económico, lo social y lo político deben caracterizar el proceso de transición; el sistema de alianzas sociales y políticas, articuladas en torno a la clase obrera, que puede estructurar el bloque de poder capaz de llevar a cabo dichas reformas; las formas de lucha que permitan a ese nuevo bloque llegar al poder y conservarlo; la política internacional en el proceso de transición, etc. Pero antes de entrar en estos aspectos más concretos parece conveniente abordar la cuestión de principios que informa toda la «vía democrática al socialismo», según se desprende de los puntos expuestos: la concepción de la relación democracia/socialismo como una relación de inherencia, en

[38] Fundamentalmente, los artículos de Berlinguer, a raíz de la derrota chilena, donde lanza su propuesta de «compromiso histórico»; los desarrollos ulteriores de esta línea en el XIV Congreso del PCI y en sucesivas reuniones de su Comité Central; el programa aprobado por el PCF en 1971, que sirvió de base de negociación para llegar al Programa Común de la Unión de la Izquierda, y el desarrollo ulterior de esta línea que lleva —después de la declaración de Roma PCF-PCI— al XXII Congreso del PCF; el Manifiesto-Programa del PCE, cuyo proyecto inicial fue adoptado por el VIII Congreso del partido en 1973 y su texto definitivo por una conferencia nacional del mismo en septiembre de 1975.

la que la democracia exige el socialismo para realizarse plenamente, y viceversa.

Esta cuestión puede enfocarse desde ángulos diversos, pero aquí me limitaré a dos que me parecen los más fecundos metodológicamente: 1) las vicisitudes de esta relación —diferentes maneras de entenderla y practicarla— en la experiencia histórica del marxismo y del movimiento inspirado en él; 2) su confrontación con las características estructurales, económicas y políticas, del capitalismo desarrollado.

LA EXPERIENCIA HISTORICA

Desde sus primeros pasos en la elaboración del materialismo histórico y en la lucha revolucionaria, Marx y Engels postulan una concepción de la democracia que implica la constatación de una contradicción radical entre democracia y dominación de la burguesía. «La democracia —escribe Engels a finales de 1845, mientras trabaja con Marx en la elaboración de *La ideología alemana*— ha pasado a ser un principio proletario, un principio de masas. Aunque las masas no siempre se representen con claridad esta significación de la democracia, la única justa, todo el mundo incluye en la noción de democracia, aunque sea confusamente, la aspiración a la justicia social.» «La democracia de nuestro tiempo es el comunismo.» Y en otro texto escrito en vísperas del *Manifiesto comunista* sostiene la tesis de que «la consecuencia *necesaria* de la democracia en todos los países civilizados es la dominación política del proletariado». Formula así en términos de tendencia objetiva lo que Marx, en el *Manifiesto*, formula en términos programáticos: «el primer paso de la revolución obrera es la elevación del proleta-

riado a clase dominante, la conquista de la democracia»[39].

El supuesto de una contradicción objetiva entre dominación de la burguesía y democracia, y, a la inversa, de una correspondencia objetiva entre democracia y dominación del proletariado, es una pieza clave de la teoría de la revolución de Marx y Engels en vísperas del 48, que se afirma con su experiencia práctica del proceso revolucionario. Analizando, después de la derrota de la revolución, la Constitución republicana adoptada por la asamblea constituyente francesa bajo la presión del movimiento revolucionario, Marx escribe que encierra la dominación de la burguesía «en el marco de unas condiciones democráticas que en todo momento son un factor para la victoria de las clases enemigas (de la burguesía) y ponen en peligro los fundamentos mismos de la sociedad burguesa»[40]. La burguesía republicana francesa aleja este peligro —antes ya de ultimar y promulgar la Constitución— recurriendo al ejército para aplastar al proletariado de París, principal bastión de la democracia. Y la burguesía liberal alemana hace frente al mismo peligro pactando con la monarquía absolutista y llamando en su auxilio a los ejércitos zaristas. En estas derrotas, a las que seguirán tantas otras hasta nuestros días, Marx no ve una inutilidad de la lucha por la democracia, sino la verificación de su carácter subversivo, la verificación de la naturaleza antidemocrática de la burguesía y de la naturaleza antiburguesa de la democracia. Pero extrae la experiencia de que cuando la revolución se plantea en

[39] Véase una referencia más amplia en mi libro *Marx, Engels y la revolución de 1848*, Madrid, Siglo XXI, 1975, páginas 39-40.

[40] Marx, *Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850*, en *Obras escogidas*, Madrid, Ayuso, 1975, t. I, p. 158.

términos de lucha armada el sufragio universal es insuficiente, necesita ser respaldado por una fuerza armada superior a la de la burguesía; de que la «conquista de la democracia», primer paso de la revolución proletaria, requiere la destrucción del aparato del Estado creado, al margen de toda democracia, por las anteriores clases dominantes, en función de las necesidades de su dominación; de que, para dar ese primer paso, el proletariado necesita aliarse con los campesinos y la pequeña burguesía urbana, cuyos intereses están también en contradicción con la dominación de la burguesía, aunque esta contradicción sea de distinta naturaleza que la contradicción proletariado/burguesía.

La democracia —para Marx y Engels— es el sistema político protagonizado por el conjunto de esas clases y capas, constitutivas de la «inmensa mayoría» a que alude el *Manifiesto*, bajo la hegemonía del proletariado, «única clase verdaderamente revolucionaria». De ahí que en sus análisis de aquel período, lo mismo que en su acción política práctica, la lucha por la democracia se destaque como la expresión *política* por excelencia de la revolución proletaria. Y así seguirá siendo a lo largo de toda su vida y su obra. No sólo en lo que respecta a los países de escaso desarrollo capitalista (como era la Alemania de aquel tiempo), donde la revolución incluía inicialmente objetivos antifeudales, sino en relación con aquellos donde el capitalismo estaba plenamente implantado, como era Inglaterra. El cartismo fue el protagonista de la primera versión histórica de la «vía democrática al socialismo», influyendo considerablemente en la estrategia política de Marx y Engels [41].

[41] *Marx, Engels y la revolución de 1848*, pp. 13-14.

La fórmula «dictadura del proletariado», que a primera vista contradice el papel privilegiado que Marx asignaba a la democracia, no es invención suya: surge de la corriente más radical y social de la ideología jacobina, cuyo principal representante en la revolución de 1848 era el partido de Blanqui. De éste la toma Marx en 1850, pero modificando sustancialmente su sentido. La emplea, además, en raras ocasiones [42]. Como han demostrado numerosas exégesis marxistas, incluidas las de Lenin, para Marx tiene un significado equivalente al de «dominación de clase del proletariado», e implica la más amplia democracia para la inmensa mayoría. Engels pone la Comuna de París como ejemplo concreto de dictadura del proletariado, polemizando, precisamente, con los que veían en esa noción la negación de la democracia. En todo caso el término «dictadura» no tiene nunca para Marx —en las fórmulas de «dictadura del proletariado» o «dictadura de la burguesía»— el contenido que ha adquirido universalmente en la práctica política a partir de la dictadura estaliniana y de las dictaduras fascistas. Razón más que suficiente para corregir una formulación que la práctica histórica ha hecho tan equívoca.

Toda la historia de las formaciones sociales capitalistas confirma plenamente la contradicción entre democracia y dominación de la burguesía. Cada parcela de democracia en las estructuras del Estado o de la sociedad civil ha sido conquistada por la lucha de la clase obrera y de otros sectores populares, aunque a veces esa lucha haya tenido lugar bajo la dirección de fracciones de la burguesía que, en pugna con otras fracciones burguesas o con la aristocracia feudal, necesitaban apoyarse en los trabajadores. El hecho de que la burguesía, obligada por una determinada relación de fuer-

[42] *Ibid.*, p. 312.

zas, fuera adaptando las formas de su poder a esas conquistas democráticas; que las «recuperara» —valiéndose de sus múltiples instrumentos ideológicos y coactivos— para asentar sobre nuevas bases su dominación, no significa que la indicada contradicción desapareciese. Simplemente, se desplazaba a otro terreno, tomaba nuevas formas.

Conservan gran interés, a este propósito, las reflexiones de Engels al final de su vida y del siglo (1895) sobre el balance de los cincuenta años de lucha por el socialismo transcurridos desde la revolución de 1848 y acerca de las nuevas condiciones que se habían creado para la lucha de clases en los países capitalistas occidentales a consecuencia de dos factores: los crecientes elementos de democracia en las estructuras políticas —producto de la fuerza ascendente del proletariado en esa lucha—, y los cambios en el aparato militar de los estados capitalistas[43]. Considera Engels que el perfeccionamiento de la técnica militar y el aumento de los ejércitos condena al fracaso «la rebelión al viejo estilo, la lucha en las calles con barricadas». No descarta para el futuro la eventualidad de luchas armadas, pero deberán tener otras características. En todo caso —esta es su conclusión fundamental—, «*la época de los ataques por sorpresa, de las revoluciones hechas por pequeñas minorías conscientes a la cabeza de las masas inconscientes, ha pasado. Allí donde se trate de una transformación completa de la organización social, tienen que intervenir directamente las masas, tienen que haber comprendido ya, por sí mismas, de qué se trata, por qué dan su sangre y su vida*». Lo cual exige «una labor larga y perseverante». A la ineficacia de «la rebelión al viejo estilo», Engels opone «el empleo *eficaz* del

[43] Engels, Introducción a *Las luchas de clases en Francia*, en *Obras escogidas*, t. I.

sufragio universal», practicado por el partido socialdemócrata alemán, que en pocos años había logrado obtener más de la cuarta parte de los votos emitidos. A la luz de esta experiencia «se vio —escribe Engels— que las instituciones estatales en que se organiza la dominación de la burguesía ofrecen nuevas posibilidades a la clase obrera para luchar contra esas mismas instituciones». «La ironía de la historia universal lo pone todo patas arriba. Nosotros, los "revolucionarios", los "elementos subversivos", prosperamos mucho más con los medios legales que con los medios ilegales y la subversión. Los partidos del orden, como ellos mismos se llaman, se van a pique con la legalidad por ellos creada.» Y Engels traza en su «testamento» —como se le llamó— la siguiente perspectiva: «Hoy podemos contar ya con dos millones y cuarto de electores. Si este avance continúa, antes de terminar el siglo habremos conquistado la mayor parte de las capas intermedias de la sociedad, tanto los pequeñoburgueses como los pequeños campesinos, y nos habremos convertido en la potencia decisiva del país, ante la que tendrán que inclinarse, quieran o no, todas las demás potencias. Mantener en marcha ininterrumpidamente este incremento, hasta que desborde por sí mismo el sistema de gobierno actual; no desgastar en operaciones de descubierta esa fuerza de choque que se fortalece diariamente, sino conservarla intacta hasta el día decisivo: tal es nuestra tarea principal.»

Estos planteamientos estratégicos y tácticos de Engels permitían diferentes lecturas. Para Rosa Luxemburgo debían entenderse como una política de acumulación de fuerzas con vistas a la «batalla final», que se pondría al orden del día en conexión con una inevitable crisis catastrófica del capitalismo. Bernstein y los dirigentes abiertamen-

te reformistas interpretaron a Engels en clave legalista y electoralista, pacifista y gradualista. El «centro ortodoxo», encabezado por Kautsky, criticaba la lectura bernsteiniana, pero actuaba como si estuviera de acuerdo. En general, tanto en los principales dirigentes de la socialdemocracia alemana como en la masa de militantes, los brillantes y rápidos éxitos electorales (era la primera vez que un partido de inspiración marxista los obtenía) ejercían una especie de fascinación a la que Engels mismo no escapaba, como trasluce su «testamento». De ahí que éste pudiera ser utilizado como argumento de autoridad para acreditar la línea electoralista de la socialdemocracia alemana que desembocó en la capitulación de 1914. Por eso lo criticó Rosa Luxemburgo en 1918, en plena revolución alemana, rectificando parcialmente su juicio de años atrás. Pero sin dejar de compartir (como revelan las críticas que en ese mismo período dirige a los bolcheviques) la idea central de las últimas reflexiones de Engels: que la revolución socialista sólo puede ser obra de la acción consciente de la gran mayoría, lo cual implica necesariamente la democracia.

La experiencia de la socialdemocracia alemana, y de otras socialdemocracias europeas, lo mismo en el período que precede a la guerra del 14 que después, ha puesto históricamente de manifiesto los peligros que acechan a toda «vía democrática al socialismo» si se pierde de vista la contradicción radical entre democracia y dominación de la burguesía. Y la inevitabilidad, por tanto, de que, antes o después de que el avance democrático permita a los trabajadores llegar al poder, la burguesía recurra a todos los medios a su alcance para impedir que el proceso llegue a término. Los espectaculares progresos electorales de la socialdemocracia alemana después de la primera guerra mun-

dial fueron brutalmente cortados por el fascismo hitleriano, ante el que capituló sin lucha, lo mismo que en 1914 había capitulado ante la guerra imperialista. Lo mismo le sucedió a la socialdemocracia austríaca, la más orientada a la izquierda de toda la II Internacional, aunque sus milicias obreras salvaran el honor revolucionario, tardíamente, en las sangrientas jornadas de febrero de 1934. En las elecciones de abril de 1927 había obtenido casi el 43 por 100 de los votos y una amplia mayoría en Viena. Su principal líder, Otto Bauer, escribe un artículo triunfalista que recuerda la optimista perspectiva trazada por Engels en 1895 a la socialdemocracia alemana: «En 1920 —escribe Bauer— tuvimos el 36 por 100 de los votos. En las penúltimas elecciones, cerca del 40 por 100. Y ahora, casi el 43 por 100. En seis años y medio nos hemos fortalecido aproximadamente en un 7 por 100. ¿Cuánto nos falta? El camino hacia el poder que necesitamos recorrer exige aproximadamente el mismo plazo que el transcurrido desde 1920... Una o dos elecciones más y habremos terminado con el gobierno burgués»[44]. Pero al cumplirse exactamente ese plazo fue el gobierno burgués quien terminó con la socialdemocracia.

El pecado original de la socialdemocracia, que se convirtió en su segunda naturaleza, consistió en adaptar su democratismo a los límites tolerables, en cada coyuntura concreta, para la dominación de la burguesía. Y esta adaptación era encubierta y justificada ideológicamente atribuyendo a la burguesía una vocación democrática que la misma desmiente cada vez que los progresos de la democracia ponen en peligro grave el sistema capitalista. Una vocación que niega radicalmente allí donde se encuentran las estructuras básicas de la

[44] Véase mi prólogo al libro de Ernst Fischer, *Recuerdos y reflexiones*, Madrid, Siglo XXI, 1976, p. 4.

sociedad, en las relaciones de producción. Por la sencilla razón de que ningún capitalista, o estructura capitalista, puede someterse a las decisiones democráticas de los trabajadores que explota. No es cuestión de voluntad, sino de la naturaleza misma del mecanismo capitalista. Y lo mismo sucede, aunque en grados diversos según las situaciones, con otras estructuras que contribuyen a garantizar o reproducir el sistema (ejército, policía, justicia, escuela, aparatos ideológicos, etc.).

Desde un enfoque marxista se debería condenar a la socialdemocracia no por demócrata sino por insuficientemente demócrata, por la reducción de su democratismo a los límites tolerables para la dominación de la burguesía. Pero el pecado original de la socialdemocracia tenía también otro aspecto esencial: la interpretación economicista de la contradicción básica del capitalismo entre la socialización creciente de las fuerzas productivas y la conservación de las relaciones de producción capitalistas. Según dicha interpretación, la tendencia objetiva generada por esta contradicción debe conducir, ineluctablemente, a la transformación automática gradual del capitalismo en socialismo. Automatismo económico, de un lado, automatismo democrático, de otro, la perspectiva socialista queda asegurada sin necesidad de ruptura revolucionaria. El papel de la socialdemocracia se reduce a favorecer este proceso, fomentando las reformas que el automatismo democrático permita en cada momento. La tendencia centrista kautskiana criticaba formalmente esta concepción, conservando la tesis del «salto cualitativo», de la «revolución», pero su práctica política no se diferenciaba —como ya dijimos— de la derecha reformista. En cuanto a la izquierda, oponía al automatismo gradualista de la derecha un automatismo catastrofista, de raíz también economicista: la contradicción básica del

capitalismo habría de conducirle, ineluctablemente, a una situación sin salida, a una «crisis final», premisa objetiva de la revolución. Las fuerzas revolucionarias debían contribuir a la creación de esa situación no limitándose a la acción parlamentaria y sindical sino recurriendo a otras formas de lucha de masas, como la huelga política. La izquierda comienza a plantear esta temática sobre todo a partir de la revolución rusa de 1905.

La reducción del marxismo a una concepción mecanicista y gradualista de la transformación del capitalismo en socialismo y la correspondiente estrategia reformista (producto ideológico y político de un largo período de desarrollo relativamente pacífico y próspero del capitalismo occidental, debido en gran parte a la explotación de las colonias) se vieron puestas brutalmente en cuestión con la primera gran crisis del sistema capitalista llegado a su fase imperialista. La revolución se pone de nuevo al orden del día. Pero la gran mayoría del movimiento obrero occidental, formado en la ideología y la práctica de la socialdemocracia, con las características que acabamos de indicar, no está en condiciones de aprovechar la crisis del sistema. Sólo en Rusia la revolución triunfa como revolución social. Los intentos revolucionarios proletarios en otros países (Hungría, Baviera, Finlandia, Italia, España, etc.) son derrotados, desembocando en dictaduras fascistas, militares o clericales. En Alemania —máxima esperanza de los bolcheviques— son derrotados también (1919, 1923) los intentos del recién creado partido comunista. Los jefes socialdemócratas de derecha no vacilan en dirigir desde el gobierno, como ministros, la sangrienta represión del levantamiento de los obreros y espartakistas (comunistas) de Berlín, en el curso de la cual son asesinados Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht. Hegemonizada por la socialdemocra-

cia, la revolución alemana se detiene en el derrocamiento de la monarquía y la instauración de la república. Pero ante la mayoría de la clase obrera y de las masas populares este resultado limitado aparece como una importante conquista. En el marco republicano resulta más creíble aún para esa mayoría la progresión parlamentaria, gradual y pacífica hacia el socialismo. La guerra imperialista no habría sido más que un paréntesis sangriento en esa progresión. Además —sostiene Kautsky en su teoría del «superimperialismo»—, el propio desarrollo objetivo del capitalismo imperialista conduce a la superación de las contradicciones internacionales e interestatales del capital, puesto que lleva inexorablemente a la concentración mundial del mismo. Conduce, por tanto, a crear las condiciones ideales para la transformación automática del capitalismo en socialismo. Kautsky hace abstracción de que la superación de esas contradicciones en el marco del imperialismo supone nuevas catástrofes bélicas, grandes batallas de clases, resueltas a favor del capital; una sucesión de derrotas del proletariado y sus aliados.

Como revolución proletaria y socialista —así definida por la vanguardia que la encabeza— sólo triunfa, por tanto, la revolución rusa. Y se encuentra con que su principal enemigo —sin cuyo apoyo la contrarrevolución zarista perdía mucho de su peligrosidad— era la «democracia burguesa» internacional encarnada en los estados vencedores: Francia, Inglaterra, Estados Unidos, que le montan un «cerco sanitario» y envían sus tropas en ayuda de los guardias blancos. Se encuentra privada de aquello que, en opinión del propio Lenin y de su partido, era condición mínima *sine qua non* para que pudiera consolidarse realmente como revolución *socialista*: la revolución *socialista* alemana. Se encuentra con que la socialdemocracia de

las «democracias burguesas» vencedoras, si bien defiende la revolución rusa no mueve un dedo para impulsar esa «revolución mundial» que Lenin creía madura. Es más, los teóricos y políticos de la socialdemocracia consideraban que pretender, en un país de las características de Rusia, llevar la revolución más allá de su inicial carácter antizarista y democrático-burgués, era una aventura condenada al fracaso, cuyas consecuencias habrían de repercutir negativamente en el movimiento obrero internacional y en el propio movimiento obrero ruso.

En resumen, la revolución de Octubre y su partido mundial, la Internacional Comunista, entran en la historia teniendo como principal enemigo los estados «democrático-burgueses» y la socialdemocracia. Esta circunstancia habría de marcar profundamente la posición teórica y práctica de los comunistas en relación con la democracia.

Antes de la revolución aparece raramente en el lenguaje de Lenin el concepto de «democracia proletaria». Utiliza con frecuencia el término «democracia» sin adjetivaciones, aunque, por lo general, con una connotación burguesa. En su lenguaje, como en el de la II Internacional, se encuentran expresiones que implican el reconocimiento de un democratismo de la burguesía[45]. Pero también Lenin subraya y denuncia en numerosas ocasiones la inconsecuencia de ese democratismo burgués. En vísperas de la revolución señala con fuerza el antagonismo entre democracia y capitalismo im-

[45] Por ejemplo: «el capitalismo engendra las tendencias democráticas en las masas, crea las instituciones democráticas...»; «las instituciones democráticas de una determinada sociedad capitalista creadas por la burguesía y deformadas por ellas...» (del texto de Lenin, *Respuesta a P. Kievski* (I. Piatákov), *Obras completas*, 4.ª ed. española, vol. 23, pp. 20, 22).

perialista. El imperialismo afirma, *es* la negación de la democracia. Critica a otros bolcheviques su subestimación del papel de la democracia en la lucha contra el capitalismo. «El socialismo —les dice— es imposible sin democracia en dos sentidos: 1) el proletariado no puede llevar a cabo una revolución socialista si no se prepara para ella a través de la lucha por la democracia; 2) el socialismo triunfante no puede consolidar su victoria y llevar a la humanidad hacia la desaparición del Estado, sin la realización de una democracia completa» [46].

En el curso de 1917, por primera vez (no lo había hecho en la revolución de 1905 ni después), pasa a preconizar la forma soviética de Estado como la más idónea para la transición al socialismo —teorizando esta tesis en *El Estado y la revolución*— pero aún no establece una oposición radical entre esta forma y las formas de democracia representativa. El partido bolchevique está por la asamblea constituyente, y no se pronuncia por su disolución hasta comprobar que los bolcheviques quedan en minoría. Sus posiciones en ese período parecen integrar en la democracia soviética todas las conquistas democráticas del pasado sin restricción. Pero desde la famosa disolución de la asamblea constituyente hay un cambio radical, que está decisivamente condicionado por el factor más arriba indicado: la oposición interior de las corrientes socialistas no bolcheviques, la actitud de la socialdemocracia internacional y la intervención de los estados «democrático-burgueses». En sus tesis sobre «la democracia burguesa y la dictadura del proletariado» ante el primer congreso de la IC, Lenin caricaturiza los límites de la democracia bajo la dominación de la bur-

[46] Lenin, *Sobre la caricatura del marxismo, Obras completas*, vol. 23, p. 72.

guesía hasta el extremo de reducir a algo desdeñable las conquistas democráticas de los trabajadores en el marco del capitalismo. Afirma, por ejemplo, que la libertad de reunión «es una *frase vacía* incluso en la república burguesa más democrática»; que la libertad de prensa es «*un engaño*»; que la posibilidad efectiva de gozar de las libertades y derechos democráticos «nunca ha existido, *ni siquiera aproximadamente*, en las mejores repúblicas democráticas burguesas». Es más, ataca a «los teóricos que defienden la democracia y no comprenden *su carácter burgüés*»[47]. Lenin coincide así, curiosamente, con la socialdemocracia, en reconocer una sustancia burguesa a la democracia. A la socialdemocracia le sirve para fundamentar su concepción reformista. A Lenin, para reducir a «engaños» y «frases vacías» las libertades y derechos democráticos en el marco del capitalismo. La misma tendencia aparece en su polémica con Kautsky y en otras intervenciones suyas, así como en los documentos de la IC, durante el período en que el líder de la revolución rusa y la Internacional sigue confiando en el avance de la «revolución mundial» y considera que lo esencial es combatir las «ilusiones» del proletariado occidental en la «democracia burguesa». A ésta oponen, como única democracia «verdadera», la «democracia proletaria», y como forma al fin hallada, perfecta, de esta última, el sistema consejista (soviético).

Se afirma así, en la ideología de la IC, una oposición radical, de esencia, entre las formas consejistas de la democracia y las formas representativas o delegadas. Las primeras serían las únicas adecuadas a la dominación del proletariado; las

[47] Lenin, *Tesis e informe sobre la democracia burguesa y la dictadura del proletariado*, *Obras completas*, vol. 28, páginas 462, 467.

segundas, adecuadas exclusivamente a la dominación de la burguesía.

Pero la única realidad concreta, material, de consejismo que se consolida como forma de Estado y de organización social —el sistema soviético resultante de las revoluciones de febrero y octubre— revela rápidamente contradicciones de fondo con las representaciones teóricas de esa forma de democracia (las del Lenin de *El Estado y la revolución*, o las de Gramsci, Pannekoek, etcétera). No se trata de desviaciones del modelo conceptual que no le comprometen desde el momento que se limitan a acusar la inevitable especificidad, variación, de toda realidad sociopolítica respecto de su representación teórica, sino de contradicciones que ponen en tela de juicio la esencia misma del modelo. La democracia efectiva de los trabajadores que éste proclama queda cortocircuitada por un sistema de aparatos (militares, represivos, económicos, administrativos, jurídicos, ideológicos, etc.) que, escapando a todo control popular, son los verdaderos centros de poder, dependientes del aparato central que los organiza y dirige: el aparato del partido único. La estructura de los soviets pierde progresivamente su contenido democrático y se convierte en una correa de transmisión (lo mismo que los sindicatos y otras organizaciones de masas) del partido y de los aparatos del Estado (los cuales funcionan, a su vez, como correas de transmisión del aparato del partido). La progresiva liquidación de la democracia interna del partido acrecienta el carácter antidemocrático del conjunto del sistema. La «democracia proletaria» excluye así, cada vez más, al proletariado, sin hablar ya de las otras clases y capas sociales trabajadoras. Después de la muerte de Lenin, a lo largo de la época estaliniana, se agravan esas características, y el régimen «soviético» llega a convertirse en una implacable dictadura sobre las

masas trabajadoras. Pero el estalinismo es consecuencia en gran parte, aunque no fatalmente, de ese proceso inicial, que se perfila de forma neta a partir de la guerra civil.

Es indudable que la frustración de la revolución proletaria en Occidente, el consiguiente aislamiento de la revolución rusa, y la intervención contra ella de las potencias capitalistas, fueron factores de extraordinaria gravitación en la determinación del proceso indicado. Pero la importancia de esta gravitación se explica, a su vez, por otros factores inherentes a la propia revolución. Ante todo, el hecho capital de que en tanto que revolución antizarista y antifeudal era, sin duda, la revolución de la inmensa mayoría, pero en tanto que revolución *socialista* no lo era más que de una pequeña minoría, coyunturalmente apoyada, al principio, por la gran masa campesina. De ahí lo difícil de todo funcionamiento democrático.

El intento de orillar la dificultad privilegiando la representación obrera sobre la campesina y dejando fuera de toda representación a amplios sectores pequeñoburgueses, reprimiendo a las corrientes políticas e ideológicas socialistas o democráticas hostiles al bolchevismo, concentrando el poder efectivo en los aparatos más arriba indicados, a fin de asegurar que lo que quedaba de democracia soviética funcionara en el sentido necesario, sólo sirvió para poner en marcha un mecanismo que acabó con todo resto de democracia.

Y este mecanismo pudo abrirse paso sin gran dificultad, entre otras, por dos razones muy importantes. Desde el punto de vista de las características generales de la sociedad rusa, por la carencia total de tradiciones democráticas: el pueblo había luchado contra la autocracia zarista, por la democracia, pero no la había practicado más que en el breve período que media entre la revolución de febrero y el comienzo de liquidación de la

democracia soviética. Desde el punto de vista de la vanguardia que dirige la revolución a partir de octubre —además de esa misma razón—, porque la concepción leninista del partido (como poseedor de la teoría marxista, depositario y garante de los intereses históricos del proletariado, encargado de introducir en él la conciencia socialista; como partido determinado por sí mismo y no sujeto al fallo democrático de las masas sobre él, etc.) le había preparado ideológicamente para asumir una función tutelar sobre las masas —de ser necesario autoritariamente— en caso de que la conciencia de éstas no estuviera a la altura de la «necesidad histórica». En una palabra, estaba condicionado ideológicamente para sustituir a la libre expresión de la «democracia proletaria» si esa expresión contradecía, a juicio del partido, los intereses de la revolución.

Y esta formación ideológica, extraña al marxismo de Marx, permitió hacer —con la mejor buena conciencia del mundo— de la necesidad virtud: de las limitaciones o supresión de la democracia, justificadas en una situación de emergencia, realización de una «democracia superior». Pero si el despotismo ilustrado de las monarquías absolutas pudo contribuir positivamente al alumbramiento de las sociedades burguesas, el despotismo ilustrado del partido comunista se ha revelado no sólo ineficaz sino negativo para alumbrar la sociedad socialista. La experiencia de la revolución rusa y de otras revoluciones que han intentado seguir análogo camino ha confirmado plenamente lo que el propio Lenin decía antes de la revolución sobre la imposibilidad de que el socialismo pueda realizarse sin una democracia completa. Ha ratificado las ideas básicas del «testamento» de Engels.

Las críticas y advertencias que Rosa Luxemburgo hace en 1918 a los dirigentes bolcheviques —al mismo tiempo que rinde homenaje a su audacia

revolucionaria y subraya la responsabilidad del proletariado alemán por no hacer su propia revolución— resultan dramáticamente premonitorias. Critica su «frío desprecio frente a la asamblea constituyente, el sufragio universal, la libertad de prensa y de reunión, en síntesis, frente a todo el aparato de las libertades democráticas fundamentales de las masas populares». «Es un hecho notorio e incontestable —afirma— que sin una ilimitada libertad de prensa, sin una vida libre de asociación y de reunión, es totalmente imposible concebir la dominación de las grandes masas populares.» «En lugar de los cuerpos representativos surgidos de elecciones populares generales, Lenin y Trotski han instalado los soviets como la única representación auténtica de las masas trabajadoras. Pero con el sofocamiento de la vida política en todo el país la misma vida de los soviets no podrá escapar a una parálisis cada vez más extendida. Sin elecciones generales, libertad de prensa y de reunión ilimitada, lucha libre de opinión, la vida se extingue en toda institución política, se torna aparente, y lo único que queda es la burocracia» [48].

Cuando comienza a ser evidente el reflujo de la ola revolucionaria en Europa, Lenin tiene que enfrentarse en la IC con un nihilismo izquierdista ante las instituciones parlamentarias y otras formas de la «democracia burguesa», que él mismo había contribuido a desencadenar. Pero tanto en *La enfermedad infantil del «izquierdismo» en el comunismo*, como en otros textos o intervenciones del nuevo período, lo que Lenin preconiza es la

[48] Rosa Luxemburgo, *La revolución rusa*, Barcelona, Anagrama, 1975, pp. 53, 73, 78. «La libertad reservada sólo a los partidarios del gobierno, sólo a los miembros del partido, por numerosos que sean, no es libertad. La libertad es siempre únicamente libertad para quien piensa de modo distinto» (*ibid.*, p. 74).

necesidad de actuar dentro de dichas instituciones, con fines de propaganda, de ligazón con las masas, etc. Llegado el momento, la revolución deberá destruirlas radicalmente, en lugar de intentar transformarlas, de desarrollar dialécticamente lo que en ellas hay de democrático. Son vistas como «creaciones del capitalismo», «creaciones de la burguesía», no como creaciones de la lucha obrera y popular, en el marco de una determinada relación de fuerzas, y por tanto como formas internamente contradictorias, en las que lo democrático está en conflicto latente o abierto con lo autoritario, lo burocrático y lo formal, expresivo de la dominancia burguesa dentro de dichas formas.

La política de frente único que Lenin y la IC preconizan en la nueva coyuntura se mueve en el marco de este «aprovechamiento de la democracia burguesa» para la lucha por reivindicaciones económicas y políticas, contra el fascismo que se instauraba en Italia y comenzaba a amenazar en otros países; es concebida como una política de acumulación de fuerzas hasta que llegase la coyuntura favorable para la lucha directa por la instauración de la dictadura del proletariado, que liquidaría la democracia «burguesa» y tomaría la forma de democracia «soviética» según el modelo ruso. Se admitía la posibilidad de «gobiernos obreros» o «gobiernos obreros y campesinos» de frente único comunista-socialista, pero al mismo tiempo se afirmaba que «la dictadura completa del proletariado no puede ser realizada más que por un gobierno obrero compuesto de comunistas» [49]. En el período más sectario de la IC, desde el VI Congreso (1928) hasta el viraje que se inicia en 1934, se llega incluso a abandonar la táctica de aprove-

[49] *Manifestes, thèses et résolutions des quatre premiers congrès mondiaux de l'Internationale Communiste*, Milán, Feltrinelli, 1967, p. 159.

char la contradicción entre «democracia burguesa» y socialdemocracia, por un lado, y fascismo y otras fuerzas reaccionarias, por otro. Ya desde 1924, apenas muerto Lenin, Stalin había sentado la tesis de que «la socialdemocracia es, objetivamente, el ala moderada del fascismo»[50]. Más adelante será caracterizada de «socialfascismo». En 1931, la IC califica de «concepción liberal» el oponer la «democracia burguesa» al fascismo, porque «el fascismo sale *orgánicamente* de la democracia burguesa». La concepción de la democracia como forma política de carácter burgués, creada por la burguesía, perfectamente idónea para su dominación de clase, llega en esos juicios hasta sus últimas consecuencias ideológicas. Su reflejo en la política de las «secciones nacionales» de la IC tendrá efectos nefastos, contribuyendo en medida importante a la derrota del partido comunista alemán ante Hitler.

Hizo falta esta derrota, y el peligro de agresión nazi contra la Unión Soviética, para que la IC realizara un giro político espectacular, poniendo la defensa de la democracia —o la lucha por su reconquista, allí donde había sido liquidada— en el centro de sus objetivos. Pero esta democracia sigue siendo, nada más, una etapa necesaria para acumular las fuerzas que hagan posible, en una coyuntura favorable, la instauración de la dictadura del proletariado según el modelo soviético. Justamente en el momento en que éste culminaba su transformación en una dictadura policíaca, con sus siniestros procesos contra la vieja guardia revolucionaria, con la deportación de millones de comunistas y trabajadores sin partido a los campos de concentración. Sin embargo, esta realidad era prácticamente impenetrable para el mundo

[50] Stalin, «La situación internacional» (septiembre de 1924), en *Obras*, vol. 6, Moscú, 1953, p. 296.

exterior, e incluso para gran parte del pueblo soviético, sobre todo en cuanto a sus métodos y proporciones.

El secreto de la represión estaba tan bien organizado como la represión misma. Y los casos que adquirían publicidad, bien porque el propio régimen estaba interesado o porque escapaban a la organización del secreto, eran justificados como medidas de defensa de la revolución contra los traidores, saboteadores, agentes de los servicios secretos capitalistas, etc. Ya nos hemos referido en la segunda parte de este ensayo a las razones de la fe ciega en la «patria del socialismo» que entonces caracterizaba a los comunistas, haciéndoles creer incondicionalmente la versión oficial de las cosas. Pero incluso amplios sectores de los partidos socialistas y otras fuerzas democráticas de los países capitalistas no creían más que a medias las denuncias de Trotski o de otros revolucionarios rusos. Menos credibilidad aún tenían ante esos sectores las denuncias de los políticos e ideólogos reaccionarios. Por otra parte, al tupido secreto con que el partido-Estado cubría la represión se agregó la brillante fachada de la Constitución de 1936, la Constitución estaliniana, la «más democrática del mundo», como rezaba la propaganda oficial. Su fin era proclamar como realidad todo lo que la realidad del régimen negaba en sus estructuras y métodos. Pero además de esta opacidad *cuasi* total del sistema soviético, lo esencial en aquella coyuntura para las fuerzas socialistas y democráticas de Occidente era, con plena razón, la amenaza fascista.

Esta amenaza y el viraje de la IC hicieron posibles y necesarios los frentes populares, que llegan a incluir fracciones liberales de la burguesía o pequeña burguesía, así como las alianzas de la Unión Soviética con los estados capitalistas «democráticos» con intereses conflictivos con los ob-

jetivos expansionistas de los estados fascistas. Más adelante, la constitución de la «gran alianza» (URSS, EEUU, Gran Bretaña) permite —y exige— que las alianzas antifascistas nacionales se amplíen, incluyendo ya desde los partidos comunistas hasta importantes sectores de la burguesía, sobre la base de plataformas democráticas cuya dosis de democracia dependía, en cada caso, de la relación de fuerzas nacional e internacional. En esta coyuntura —como ya vimos en la segunda parte— surgen en los partidos comunistas intentos de elaborar «vías nacionales al socialismo» de carácter democrático. Durante diez años, por tanto (desde 1935, cuando se celebra el VI Congreso de la IC, hasta 1947, año en que se inicia la guerra fría, descontando los dos años del pacto germano-soviético), los partidos comunistas sitúan en el centro de su estrategia la cuestión de la democracia.

El papel principal en la elaboración y aplicación de la nueva línea lo desempeñan algunos de los partidos que habían vivido la experiencia de la dictadura fascista o de la lucha por impedir su entronización (sobre todo el italiano y el español), y otros que se habían desenvuelto en países de arraigadas tradiciones democráticas, como el francés y el checoslovaco. En la elaboración teórica se distinguen particularmente Dimítrov y Togliatti. La aportación de este último sería la que tendría efectos más relevantes y prolongados en el movimiento comunista occidental hasta que el «descubrimiento» de Gramsci —en Italia, a partir de 1947, cuando se inicia la publicación de los *Cuadernos de la cárcel*, y fuera de Italia a partir de los años sesenta— introdujera nuevos y fundamentales elementos de análisis y reflexión sobre el problema de la revolución socialista en Occidente.

El partido comunista italiano fue el primero que hubo de plantearse la lucha por la democracia

como alternativa a la dictadura fascista. Gramsci concibe esta lucha dentro, plenamente, del esquema estratégico leninista, pero enriqueciéndolo con el análisis de las peculiares estructuras sociales de Italia, con su «cuestión meridional» y su «cuestión vaticana» como formas específicas de presentarse el problema de la alianza obrera-campesina. Su encarcelamiento en 1926 y sus divergencias con la dirección soviética —y, por tanto, con la de la IC— lo marginan del partido italiano, que pasa a estar bajo la dirección de Togliatti, el cual se adapta a la política ultrasectaria de la IC en el período 1928-1934. Gramsci se opone a esta política, pero la dirección togliattiana impide que sus opiniones sean conocidas y discutidas por el partido.

A partir de 1934, Togliatti retoma los citados análisis gramscianos, aunque dentro de una visión propia que, a *grosso modo*, puede caracterizarse por una tendencia al tacticismo y al gradualismo. Inspirándose en la democracia republicana española de la guerra civil, formula la idea de una «nueva democracia» en la que la clase obrera conquistaría posiciones hegemónicas conservando las instituciones y libertades democráticas conquistadas bajo el capitalismo, todavía en el marco de éste, pero con reformas socioeconómicas que tendiesen a rebasarlo. Después de la victoria antifascista en la segunda guerra mundial, esta idea reaparece en los partidos comunistas de los países del Este liberados por el ejército soviético. Pero, en la práctica, la «nueva democracia» o «democracia popular» —como se denominará en lo sucesivo— queda «sobredeterminada» por el ejército liberador, a cuyo amparo el PC asume los resortes decisivos del poder, en particular los aparatos militares y policíacos, reduciendo a un papel de comparsas a los restantes partidos y limitando la autonomía obrera y popular a los marcos compatibles con la jefatura del partido comunista.

Al iniciarse la guerra fría Moscú exige la liquidación de lo que podía haber de democracia en ese tipo de «democracia popular», e impone el modelo soviético con unas u otras variantes secundarias. Bucarest, Budapest, Praga, Varsovia, sirven de escenario a «procesos» similares a los de Moscú. Son ejecutados o encarcelados los dirigentes y cuadros comunistas que resisten de alguna manera —o inspiran sospechas de resistir— a la «rusificación» de sus respectivos países. Todos son acusados de «titismo», que en aquella coyuntura encarnaba la primera resistencia victoriosa en el seno del movimiento comunista a la dominación de Moscú.

En Europa occidental, comunistas, socialistas de izquierda y otros grupos democráticos radicales, que constituyen el núcleo principal de la Resistencia, se trazan también como objetivo estratégico una «nueva democracia» que comience a poner en cuestión las estructuras capitalistas. Pero a partir, en el caso italiano, de la *svolta de Salerno* —compromiso de la Resistencia con la monarquía y las fuerzas desgajadas del fascismo en el último cuarto de hora—, que Togliatti, de acuerdo con Moscú, logra imponer en el partido comunista italiano, y del compromiso, también propiciado por Moscú, del partido comunista francés con la *France Libre* de De Gaulle, las plataformas democráticas avanzadas de las respectivas resistencias fueron destiñéndose. Los partidos comunistas, principal fuerza política y militar de la Resistencia, se plegaron cada día más, en los gobiernos de unión nacional antifascista que asumen el poder en 1945, a las exigencias de los partidos burgueses, respaldados por el ejército americano.

No vamos a entrar aquí en el polémico tema de si los partidos comunistas de Francia e Italia tenían o no la posibilidad de realizar otra política, no ya de lucha directa por el poder sino de lucha

ofensiva por las transformaciones profundas propugnadas en la Resistencia [51]. Lo cierto es que esta alternativa ni siquiera fue explorada, porque la política de ambos partidos estaba voluntariamente subordinada a las decisiones de la «gran alianza», comenzando por el respeto de las zonas de influencia que los «grandes» se habían repartido en Yalta. En su plataforma de 1946 para las elecciones a la asamblea constituyente el PCI declara taxativamente que es a «las grandes potencias democráticas a las que corresponde la tarea de guiar la reorganización del mundo entero, de modo que se asegure a todos paz y justicia. Italia debe buscar su salvación en la unidad de estas grandes potencias» [52]. Nunca fueron tan grandes, en los partidos comunistas, las ilusiones en que un sector *fundamental* de la burguesía podía someterse lealmente al juego democrático, aceptar el crecimiento de la intervención y el papel de los trabajadores en todas las esferas de la sociedad y del Estado, hasta desembocar en una nueva sociedad.

El concepto de «democracia progresiva» —fórmula que Togliatti comienza a utilizar, subrayando con ella el carácter gradualista de la «nueva democracia» en los países occidentales de capitalismo desarrollado— estaba impregnado de esa ilusión. Los partidos comunistas de Francia e Italia contribuyen decisivamente desde el gobierno a restaurar la producción capitalista y asegurar el orden, manteniendo el impetuoso auge del movimiento obrero dentro de los límites tolerables para dicha restauración. La expulsión de los partidos comunistas de los gobiernos de Europa occidental, en 1947, no responde tanto a exigencias internas de

[51] Este problema lo examino en *La crisis del movimiento comunista*, subcapítulos *La revolución frustrada* (*Francia*) y *La revolución frustrada* (*Italia*).

[52] Togliatti, *El partido comunista italiano*, Barcelona, Avance, 1976, p. 116.

la dominación burguesa en ese momento como a necesidades de su política exterior, totalmente dependiente de la del imperialismo americano. Este pasa a la ofensiva contra su «gran aliado» de la guerra antihitleriana, con el objetivo de modificar a su favor el reparto de Yalta, aprovechando la ventaja militar que le da la posesión del arma atómica, y la ventaja económica resultante de que la guerra ha fortalecido de modo espectacular su economía, mientras ha debilitado gravemente la de la URSS. Los partidos comunistas, que siguen haciendo de la «defensa de la URSS» el principio supremo de su política —fundado en que allí se había edificado ya el socialismo y de allí tenía que partir la expansión de éste a otras áreas— son eliminados de los gobiernos occidentales como fuerzas incompatibles con la nueva política americana.

En realidad, la «guerra fría» —como he analizado en otro lugar— no fue más que el forcejeo entre las dos superpotencias, con el presupuesto firme de no llegar a un enfrentamiento directo, catastrófico para ambas, a fin de repartirse la dominación mundial sobre bases que se ajustaran a la relación real de fuerzas, modificada después de Yalta. Esta relación real sólo podía revelarse a través de dicho forcejeo, cuyos momentos críticos tuvieron por escenario Corea, en Asia, y Alemania, en Europa.

La «guerra fría» no creó de nuevo sino que puso al descubierto la estrecha subordinación en que seguían encontrándose los partidos comunistas respecto a Moscú, tanto en política internacional como interior. A la política imperialista americana en Europa occidental y en otras regiones del planeta Moscú opone otra política imperialista (con resortes y métodos en parte diferentes y en parte semejantes a los de Washington) en los países comprendidos dentro de sus esferas de influencia:

los partidos comunistas apoyan incondicionalmente, sin crítica alguna, esta política de Moscú. En el segundo aspecto, la indagación de «vías nacionales» al socialismo se interrumpe a partir del momento en que Moscú las considera susceptibles de debilitar el reagrupamiento de fuerzas, bajo su dirección, frente al rival americano, o de poner en entredicho, siquiera aparentemente, el modelo soviético de socialismo (peligro de «titismo»). En realidad, las «vías nacionales» del período 1945-1947, aunque contenían en germen ese peligro, no implicaban la renuncia al modelo soviético, sino —a semejanza de la política frentepopulista, de la que eran una reproducción ampliada— una nueva vía para llegar a él. Seguían incluyendo el supuesto de que el régimen soviético representaba la forma superior de democracia socialista, la cual exigía la jefatura indiscutible del partido comunista, etc. La guerra fría actúa de revelador de la persistencia de este «doble fondo» en la estrategia de los partidos comunistas occidentales.

La reactualización de las «vías nacionales» a partir de 1956 se produce también —lo mismo que su entierro en 1947— bajo la influencia directa del viraje que tiene lugar en la política interior y exterior de la Unión Soviética. Ahora determinado por el «empate» en la guerra fría y la crisis interna del régimen provocada por la desaparición de Stalin. En política interior, como ya vimos, la fracción mayoritaria del grupo dirigente decide «desestalinizar» el sistema para mejor conservarlo, y a esta operación la llama «desarrollo de la democracia socialista». En política exterior pone rumbo decidido a un entendimiento de largo alcance con los Estados Unidos. Al mismo tiempo, el PCUS plantea que en los países capitalistas de «democracia burguesa» es posible que la clase obrera, dirigida por los partidos comunistas, lle-

gue al poder por «la vía pacífica y parlamentaria». Con esta iniciativa, los dirigentes soviéticos perseguían varios objetivos: ajustar a su nueva política internacional la estrategia de los partidos comunistas occidentales; colocar sobre bases menos conflictivas la subordinación de estos partidos al centro soviético, puesto que el ajuste parecía reconocer la tendencia que se había manifestado en dichos partidos antes de 1947 a una vía nacional y democrática, y al mismo tiempo dar a esta vía un contenido que no pusiera en peligro aquella subordinación, que la mantuviera dentro de los límites compatibles con la ortodoxia ideológica y las exigencias políticas del nuevo rumbo interior y exterior de Moscú.

Para el PCUS, la «vía parlamentaria y pacífica» al socialismo se hacía posible en Occidente porque la guerra mundial podía ser excluida de la perspectiva histórica, dada la capacidad adquirida por cada superpotencia de aniquilar atómicamente a su rival. Cabía imponer, en consecuencia, la coexistencia y emulación pacíficas de los dos sistemas: el capitalista y el socialista. Como el socialista —según los análisis soviéticos— progresaba triunfalmente de plan quinquenal en plan quinquenal, mientras que el capitalista, debatiéndose en su «crisis general», era ya incapaz de desarrollar las fuerzas productivas, llegaría ineluctablemente un momento en que la relación de fuerzas a nivel mundial se inclinaría decisivamente a favor del sistema socialista. (El XXII Congreso del PCUS —1961— anunció, muy solemnemente, que la Unión Soviética —camino ya de la sociedad comunista— habría adelantado a Estados Unidos en todos los terrenos en el curso de los años setenta.) Nadie podría impedir entonces que los partidos comunistas y sus aliados tomaran pacíficamente el poder si conseguían la mayoría parlamentaria.

De ahí que la «tarea primordial» de los partidos

comunistas en los países capitalistas —declaraba la conferencia de 1957— fuese la «lucha por la paz». Asegurar la evolución pacífica de los dos sistemas equivalía a asegurar la victoria —también pacífica— de la revolución socialista en dichos países. Para poder aprovechar la coyuntura favorable de ese futuro cambio decisivo en la relación de fuerzas, y contribuir a su creación, los partidos comunistas debían utilizar los mecanismos e instituciones de la «democracia burguesa», con una estrategia de tipo frentepopulista, e incluso más amplia en lo concerniente a la «lucha por la paz». Bien entendido, la transición al socialismo no podía llevarse a cabo, lo mismo que su construcción, sin instaurar la dictadura del proletariado. Se admitía que ésta podía revestir diferentes formas, pero siempre que fuera asegurada la primera «ley general» de dicha transición: la jefatura del partido comunista [53]. Lo cual significaba que podía oscilar entre la forma soviética, calificada de «superior», y la adoptada en las «democracias populares», con sus ficticios partidos no comunistas, manipulados por el comunista, su ficticio parlamento y sus ficticias libertades.

Los partidos comunistas de Europa occidental se alínean en estas posiciones soviéticas, con una sola excepción de talla: el PCI. De la entrevista de Togliatti a *Nuovi Argomenti* al VIII Congreso, en el período que sigue inmediatamente al XX Congreso del PCUS, el grupo dirigente del PCI define una «vía italiana al socialismo» que incluye ya algunas de las ideas esenciales de lo que veinte años después se llamará eurocomunismo. En particular, la relación de consustancialidad entre democracia y socialismo, el pluralismo político en

[53] *Declaración de la conferencia de representantes de los partidos comunistas y obreros de los países socialistas* (Moscú, 14-16 de noviembre de 1957), Moscú, Lenguas Extranjeras, 1957, p. 15.

la edificación del socialismo, la conexión orgánica con el concreto desarrollo histórico-nacional, el rechazo del modelo soviético. «Entonces —dice uno de los actuales dirigentes del PCI— quisimos disipar una duda: la idea de que nuestro partido quería colaborar con otras fuerzas políticas y respetar las reglas del juego democrático hasta el momento, solamente, en que fuese necesario un "salto" para instaurar la dictadura del proletariado y construir el socialismo; a partir de ese momento el curso del proceso histórico, el curso de nuestra política, se haría cada vez más semejante a lo que había sido la dictadura del proletariado y la construcción del socialismo en la Unión Soviética. Este equívoco fue afrontado abiertamente»[54]. Tal duda o equívoco en la estrategia de los partidos comunistas era inherente, en efecto, a las sucesivas formas que había ido tomando la estrategia de los partidos comunistas basada en la lucha por la democracia hasta 1956: frentes populares de los años treinta, uniones antifascistas de los cuarenta. Y después del XX Congreso del PCUS seguiría hipotecando la política de los partidos comunistas occidentales, incluso la del italiano, cuyas declaraciones y prácticas en el marco nacional eran contradictorias con las declaraciones del movimiento comunista internacional que él también suscribía (como las de 1957 y 1960), sin contar con que sus posiciones nacionales no iban acompañadas de una crítica clara de los «modelos» del Este.

Ese equívoco hipotecará, sobre todo, la política del PCF contra el autoritarismo golista y la del PCE contra la dictadura franquista, porque ambos partidos, como ya vimos, siguieron distinguiéndose

[54] Giorgio Napolitano, *La politique du parti communiste italien* (entrevista con Eric Hobsbawm), París, Sociales, 1976, p. 42.

después del XX Congreso por su prosovietismo incondicional, lo que cuadraba mal con sus objetivos democráticos. El PCF, haciéndose eco de los secretos deseos del PCUS, lanzó un ataque en regla contra la línea adoptada por el PCI en su VIII Congreso, y durante un decenio seguiría manteniendo fuertes reservas sobre las posiciones «revisionistas» del partido italiano. Más adelante se irían atenuando, pero no desaparecerían del todo (aunque subsistan ciertas divergencias en política internacional) hasta la reunión de ambos partidos en noviembre de 1975, reunión que consagra el alineamiento del PCF en las posiciones italianas.

En todo caso, la evidencia, a partir del XX Congreso del PCUS, de que la «dictadura del proletariado», configurada históricamente en los países del Este, era la negación misma de la democracia, no sólo de la llamada «democracia burguesa», sino de la llamada «democracia proletaria», fue uno de los factores decisivos que obligó antes o después a los partidos comunistas europeos a distanciarse críticamente de esos «modelos» y a profundizar en el problema de la relación entre democracia y socialismo.

Por otro lado, la perspectiva de que los partidos comunistas occidentales llegaran al poder gracias a la victoria del sistema «socialista» sobre el capitalista en la «emulación pacífica», se iba haciendo en los años cincuenta y sesenta cada vez más hipotética, ante el desarrollo económico del mundo capitalista y la creciente potencia económica y militar de los Estados Unidos, contrastando con la persistencia de la relativa penuria, baja productividad, agudos desequilibrios y otros graves problemas económico-sociales en el bloque soviético, pese a los índices oficiales de crecimiento global (de escasa credibilidad, dada la inexistencia de todo control democrático). La cosa no cambia esencialmente cuando se inicia la nueva crisis glo-

bal del sistema capitalista, porque también se agravan las dificultades en el «sistema socialista».

El cierre de esa perspectiva contribuye también a que los partidos comunistas de Europa occidental se orienten más decididamente a la búsqueda de soluciones autónomas, de alianzas sólidas en el marco nacional, lo cual no era posible más que superando el «equívoco» indicado y entrando decididamente en la problemática de la democracia. Además, no sólo se hacía incierto el resultado de la «emulación pacífica», sino que ésta tendía a convertirse en colaboración de las dos superpotencias para asegurarse la dominación en comandita del mundo, respetando recíprocamente las zonas de influencia que cada una consideraba vitales para sí. En Europa, concretamente, el principio supremo de la coexistencia positiva soviético-americana era —y es— el mantenimiento del *status quo*. De ahí los conflictos —a que ya hemos aludido— de los partidos comunistas de Francia y España con la política exterior de Moscú.

La alternativa global al modelo soviético que la revolución cultural china intenta ofrecer —sin conseguir pasar del intento— contribuye a desvalorizarlo en los partidos comunistas occidentales, pero no lo reemplaza como nueva referencia estratégica y teórica, salvo en reducidas minorías. Parte de éstas rompe con los partidos tradicionales y crea partidos maoístas miméticos, que no pasan de la dimensión grupuscular porque sus concepciones y prácticas están totalmente divorciadas de las realidades del capitalismo desarrollado. Otros pequeños grupos de comunistas intentan desde dentro de los partidos —hasta que son excluidos— fecundar con las ideas básicas de la revolución cultural la crítica del capitalismo y del estalinismo, la búsqueda de una nueva estrategia para la revolución en Occidente. (El grupo de *Il*

Manifesto es el más representativo de esta actitud.)

Las revoluciones y movimientos revolucionarios tercermundistas, en particular la revolución cubana, la guerrilla latinoamericana, la guerra de liberación argelina, la guerra revolucionaria vietnamita, la guerrilla palestina, tienen un efecto radicalizador en sectores, sobre todo juveniles, de los partidos comunistas europeos, y fuera de ellos, fomentando la crítica de izquierda —con frecuencia izquierdista— de sus políticas rutinarias, centradas en objetivos inmediatos, no integrados en una alternativa estratégica unificadora.

Condicionados teóricamente por la simplista concepción, producida por el «marxismo-leninismo» estaliniano, de que el capitalismo se encuentra permanentemente en «crisis general» desde la revolución de Octubre, los partidos comunistas no estaban en condiciones de analizar con rigor marxista la dialéctica real del sistema capitalista-imperialista, sus modificaciones estructurales a todos los niveles, la larga fase de expansión que sigue a la segunda guerra mundial, las nuevas características de la lucha de clases. Abordan estos problemas con gran retraso, cuando ya la fase expansiva se aproxima a su agotamiento. Frente a los efluvios ideológicos del neocapitalismo, los partidos comunistas europeos se encierran en posiciones defensivas, limitándose a respaldar —cuando las respaldan— las luchas sindicales, a conquistar posiciones municipales o parlamentarias, a testimoniar propagandísticamente, pero sin una perspectiva estratégica fundada en un análisis de la realidad nacional e internacional que incluya la crítica en profundidad tanto del régimen neoestaliniano jruschoviano como del neocapitalismo, así como la incidencia en Occidente de las revoluciones tercermundistas. La oposición al régimen golista o al democristiano se diluye en una política

al día sin perspectiva. La lucha contra la dictadura franquista proporciona al PCE un objetivo global más concreto, y en esa lucha despliega algunas iniciativas originales, pero mediatizadas por su incomprensión del desarrollo capitalista del país y, en consecuencia, de la verdadera naturaleza y función del régimen franquista, lo que genera permanentes ilusiones sobre su fragilidad e inmediato derrumbe, y hace concebir tipos de alianza sin base en las posiciones efectivas de las diversas clases sociales. Ello conduce a la crisis de la dirección del partido en 1964. La minoría que será excluida plantea ya algunos de los problemas concernientes al sistema soviético, a los nuevos fenómenos del capitalismo y al carácter del partido que años después serán parcialmente retomados por el equipo dirigente (salvo en la cuestión del partido). Tensiones y conflictos análogos surgen también en el PCI y el PCF. Después de la muerte de Togliatti —cuyo «testamento» es un intento de profundizar en la «vía italiana al socialismo»— se abre un debate en el PCI que enfrenta tendencias de derecha, centro e izquierda. En su iniciación está la radicalización de la organización juvenil del PCI.

La guerra de Argelia, la del Vietnam, los efectos del XX Congreso, la renovación del marxismo fuera de sus filas, provocan en el PCF la crisis de su organización estudiantil y diversas tensiones internas. Thorez resiste incluso a la «desestalinización» jruschoviana, expulsando al grupo Servin-Casanova, pero tiene que ceder poco antes de su muerte, volviendo a la línea del «socialismo a la francesa», que queda consagrada con la promoción de Waldeck Rochet a la secretaría general en 1964.

En la segunda mitad de los años sesenta, los tres partidos —sobre todo el PCF— ven constituirse fuera de ellos no sólo grupos de extrema izquierda que adquieren importancia en el medio

estudiantil, sino nuevas corrientes socialistas, políticas y sindicales, que se presentan como alternativa a la socialdemocracia tradicional y a los partidos comunistas. Al mismo tiempo inciden en su seno los debates sobre el marxismo y los nuevos desarrollos de las ciencias sociales a los que hemos aludido en la segunda parte, poniendo en evidencia la indigencia teórica que arrastran desde los tiempos de la IC. El conjunto de estas carencias se resume sintéticamente, a nivel político, en la ausencia de una estrategia adecuada a las formaciones sociales del capitalismo desarrollado. La «vía parlamentaria y pacífica» al socialismo fabricada por el XX Congreso del PCUS estaba naufragando sin existir otra de reemplazo, salvo —en todo caso— los elementos parciales que podían encontrarse en la política del PCI.

Este hecho explica que los tres partidos fuesen sorprendidos por los acontecimientos de 1968-69. Los grandes movimientos sociales de la primavera de 1968 en Francia y del otoño de 1969 en Italia ponen de golpe al orden del día la necesidad de la transformación socialista de las sociedades occidentales, revelan la extraordinaria amplitud de la base social que aspira a esa transformación y al mismo tiempo ponen de manifiesto que las vías para realizarla no pueden encerrarse en las formas y los límites que la democracia reviste bajo la dominación de la burguesía. Indican, justamente, que el camino del socialismo es la profundización y ampliación de la democracia en todas las esferas de la vida política, económica, social y cultural. Lo que llevado a cierto punto implica la transformación de las relaciones de poder, de las estructuras, del conjunto de las relaciones sociales, incluidas las de producción. Pero sobre el contenido de esta exigencia de democracia volveremos más adelante. Aquí avanzaremos que los movimientos de 1968 y 1969 plantean esa exigen-

cia no sólo al conjunto de la sociedad, sino a las propias organizaciones políticas, sindicales y otras que se proponen el socialismo. Los partidos comunistas se vieron cuestionados no sólo por su carencia de estrategia, sino por su propio modo de ser, que les llevó a actuar como frenos del movimiento en lugar de desarrollar sus potencialidades y ofrecerle una salida política. Al menos el PCI tuvo mayor comprensión, «cabalgó el tigre» con habilidad, adaptándose a las formas de democracia de base creadas por la iniciativa obrera y estudiantil para desde dentro moderar su dinámica. Pero el PCF se enfrentó abiertamente con el movimiento estudiantil e hizo todo lo posible por enfrentar a la clase obrera con él.

El mayo francés, el otoño italiano y la invasión de Checoslovaquia —a los efectos de esta última ya nos hemos referido— constituyeron un verdadero desafío a los poderosos partidos comunistas de Francia e Italia, sacando a la luz muchos de sus vacíos teóricos, de sus retrasos y rutinas. Fue una crítica de masas, a cargo, sobre todo, de la juventud, pero también de núcleos obreros avanzados; una crítica saludable, aunque cayera a veces en el «izquierdismo infantil» (también el «conservadurismo senil» es peligroso). A partir de aquel momento se intensifican los esfuerzos, tanto en esos dos partidos como en el PCE y otros de Europa occidental, para profundizar en el análisis de la realidad y ajustar la estrategia. El PCF da el primer paso importante con el Manifiesto de Champigny, que el Comité Central adopta en diciembre de 1968, y llega en 1972 al Programa Común con el partido socialista y los radicales de izquierda. El PCI adopta la estrategia de «compromiso histórico» en 1973-1974, y el PCE comienza a elaborar en 1973 su Manifiesto-Programa. En el curso de 1975 se llega, como vimos, a la formulación común (PCI-PCE, por un lado, PCI-PCF, por

otro) de la «vía democrática al socialismo», cuyo concepto central es la consustancialidad de democracia y socialismo.

Este rápido bosquejo de las vicisitudes históricas de la relación democracia/socialismo en el marxismo y en la política de los partidos obreros inspirados en él podríamos resumirlo en los siguientes puntos:

1. A medida que se desarrolló el capitalismo y con él la población trabajadora asalariada, el viejo concepto de democracia adquirió un sentido nuevo, antagónico con la dominación de la burguesía. En la teoría de la revolución socialista de Marx y Engels, democracia es consustancial con socialismo, y la lucha por la democracia es el eje magistral de la lucha por la dominación de clase del proletariado.
2. Desde los primeros pasos del movimiento obrero, las reivindicaciones económicas y sociales fueron indisolublemente unidas a la lucha por la democracia en las estructuras políticas y sociales.
3. Ante la creciente fuerza del proletariadó y de otros sectores populares, la burguesía tuvo que hacer concesiones en el terreno de la democracia, pero utilizando su hegemonía ideológica y sus instrumentos coactivos para mantener las conquistas democráticas de los trabajadores dentro de límites compatibles con la dominación de la burguesía.
4. Uno de los más eficaces artificios ideológicos de la burguesía para mantener su ascendiente sobre las masas consistió en adquirir patente de democratismo. Haciendo de necesidad virtud, lo que le había sido arrancado por la lucha lo metamorfoseó en producto natural del desarrollo capitalista, en creación suya —de la burguesía— e incluso en forma ideal de su Estado. La democracia aparece así como un mecanismo político

formal sin contenido de clase, independiente de las clases, que hace posible su colaboración y armonía. Este espejismo ideológico se reforzaba por el hecho de que la burguesía se veía obligada, simultáneamente, a hacer concesiones a la lucha económica y social de los trabajadores. (Concesiones realizables gracias al desarrollo de las fuerzas productivas en los países capitalistas avanzados —que la propia lucha de la clase obrera contribuía a impulsar— y a la explotación colonial.)

5. La experiencia histórica muestra que la alienación ideológica y política consistente en tomar como productos naturales del capitalismo, como expresión de una naturaleza democrática de la burguesía, lo que son conquistas arrancadas por la lucha de las masas populares, es una de las formas de alienación que ha tenido efectos más negativos en la conciencia de esas masas, conduciéndolas, en unos casos, a ilusiones infundadas sobre la solidez de las conquistas democráticas parciales, y en otros a subestimar su importancia y a desconfiar de la democracia, en general. Esos efectos han condicionado profundamente las dos principales corrientes ideológicas y políticas del movimiento obrero de inspiración marxista: la corriente reformista socialdemócrata y la corriente revolucionaria comunista.

6. La socialdemocracia —en particular su ala derecha, hegemónica en la mayoría de los partidos socialistas— toma por oro de ley la ideologización burguesa de la democracia, viendo en ésta un mecanismo político tan idóneo para el capitalismo como para el socialismo, en cuyo marco la colaboración de clases puede ir transformando gradualmente el primero en el segundo. Su práctica política privilegia la competencia electoral, la negociación social, la reforma admisible para los intereses del capital. Sus objetivos políticos y sociales se adaptan en cada coyuntura a los límites

que impone la dominación de la burguesía. Desempeña así la función de factor positivo —no conflictivo— de la sucesiva modernización-racionalización capitalista. De hecho, la socialdemocracia no puede eliminar la conflictividad, latente o abierta, entre las conquistas democráticas de los trabajadores y la dominación de la burguesía, pero contribuye a paliarla.

7. Los partidos comunistas nacidos de la revolución de Octubre se forman durante un largo período en lucha frontal contra la socialdemocracia y la «democracia burguesa», lo que marca profundamente su ideología y su política. Tienden a identificar democracia y dominación de la burguesía, lo que hace el juego también a la ideologización burguesa de la democracia. Al adjetivar la democracia y oponer «democracia burguesa» y «democracia proletaria», acreditan la idea de que la burguesía puede ser democrática. Como, por otra parte, la «democracia proletaria» se encarna durante toda una época histórica en regímenes que niegan las más elementales libertades democráticas a las masas trabajadoras, los partidos comunistas abonan la idea de que la democracia sólo es compatible con el capitalismo. Su práctica política consiste en utilizar de forma tacticista e instrumental las instituciones y mecanismos en que habían ido cristalizando parcialmente las conquistas democráticas de las masas, con la perspectiva de —llegados al poder— suprimirlos y reemplazarlos por el modelo de «democracia proletaria» institucionalizado en los países del Este. La política de frente popular contra el fascismo representó el comienzo de una revalorización por los partidos comunistas de la «democracia burguesa» y de su utilización para acumular fuerzas y forjar alianzas, pero siempre —hasta el viraje de los últimos años— en la perspectiva indicada. Esta concepción de «la lucha por la democracia»

ha incluido tradicionalmente en la práctica de los partidos comunistas —lo mismo que en la de la socialdemocracia— una disociación entre la acción en la esfera política (reservada al partido) y la acción en la esfera social (reservada al sindicato). Ha ido aparejada, también, con la subestimación de las formas de democracia llamadas de base o de masas, cuando no con la oposición a las mismas; formas que tienden a superar esa disociación de lo político y lo social.

8. La experiencia histórica de los partidos comunistas llegados al poder ha puesto en evidencia que la liquidación del capitalismo privado y la industrialización no bastan para crear una sociedad socialista. El resultado puede ser un nuevo tipo de régimen social basado también, como los anteriores, en la división en clases dominantes y dominadas, en la opresión cultural y nacional, en el autoritarismo y la desigualdad. Ha demostrado que no hay socialismo sin democracia y libertad. Por otra parte, la experiencia histórica del capitalismo, jalonada de guerras imperialistas y coloniales, de fascismos y dictaduras de todo tipo, ha puesto en evidencia el antagonismo fundamental entre democracia y capitalismo. Sólo la lucha de las masas populares explica la existencia de parcelas de democracia y de libertad, expuestas siempre a la regresión si los intereses del capital lo requieren y la lucha popular no lo impide. Esta doble experiencia ha confirmado la verdad formulada teóricamente por los fundadores del marxismo: la consustancialidad de democracia y socialismo.

9. A medida que la verdad sobre el «socialismo» del Este fue conociéndose mejor, los partidos comunistas de la Europa capitalista se encontraron ante un dilema crucial. Formados desde las grandes revoluciones burguesas en la lucha por la democracia y la libertad, los pueblos de esta re-

gión del mundo no podían aceptar en modo alguno que la lucha contra el capitalismo desembocara en un «socialismo» de esa especie. Seguir adscritos a ese modelo significaba cerrarse toda perspectiva política. Pero el peso de la ideología estaliniana llamada «marxismo-leninismo», el peso de los dirigentes formados en esa ideología, de las tradiciones y prácticas de los decenios anteriores, hicieron largo y difícil el *aggiornamiento*, que ha desembocado en el redescubrimiento de la consustancialidad de democracia y socialismo y en la formulación de la estrategia llamada «vía democrática al socialismo». Apenas nacida, esta estrategia se ve sometida a la ruda prueba de la crisis política, económica y social en que se debaten los países donde el eurocomunismo tiene sus principales fuerzas.

LA ESTRATEGIA ANTIMONOPOLISTA DEL EUROCOMUNISMO

La contradicción entre dominación de la burguesía y democracia ha ido profundizándose en la fase monopolista e imperialista del capitalismo, exacerbándose en la actual coyuntura de crisis global. El fenómeno se refleja netamente en una serie de rasgos del Estado del capitalismo monopolista que, siguiendo a Poulantzas [55], pueden resumirse así: concentración extraordinaria del poder en el ejecutivo, en detrimento de las instituciones representativas (parlamento, municipio, etc.); confusión orgánica de los tres poderes (ejecutivo, legislativo, judicial), caracterizada principalmente por la intromisión del ejecutivo en los

[55] Nicos Poulantzas, «Les transformations actuelles de l'Etat, la crise politique et la crise de l'Etat», en *La crise de l'Etat*, París, PUF, 1976, pp. 55-57.

otros dos (de la policía en la justicia, por ejemplo); restricción de las libertades y derechos ciudadanos frente a la arbitrariedad estatal; declinar de los partidos políticos burgueses y desplazamiento de sus funciones político-organizativas (tanto respecto al bloque en el poder como a las clases dominadas) hacia la administración-burocracia del Estado; acentuación del ejercicio de la violencia estatal, tanto en el sentido físico como ideológico, con perfeccionamiento incesante de los correspondientes aparatos; implantación de nuevos circuitos y correas de «control social»; dislocación de cada rama y aparato del Estado (ejército, policía, administración, justicia, aparatos ideológicos) en estructuras formales y aparentes, de un lado, y núcleos cerrados, estrechamente controlados por las altas instancias del ejecutivo, de otro lado, con desplazamiento constante de los centros de poder real de los primeros a los segundos (lo que implica, entre otros efectos, la extensión del principio del secreto en detrimento del principio de la publicidad); transformación —en consonancia con esta evolución— del sistema de derecho y de la ideología jurídica que correspondían al tradicional «Estado de derecho»; y otros rasgos que van en la misma dirección antidemocrática, autoritaria y represiva.

La persistencia, pese a todo, de cierto grado de democracia en las sociedades occidentales, disimula esa evolución —que hoy se agrava— del Estado del capitalismo monopolista, pero en realidad lo que de democracia hay en este capitalismo es función directa de la fuerza y capacidad del movimiento obrero-popular para resistir a las tendencias intrínsecas del monopolismo y del imperialismo; es expresión de una relación de fuerzas que, justamente, el capital monopolista trata ahora de modificar a su favor para romper la resistencia de las clases trabajadoras y resolver la crisis a su

costa. Ataque a las libertades democráticas y política «anticrisis» no pueden por menos de ir a la par en el capitalismo monopolista. La indicada evolución de su Estado constituye parte esencial de la instrumentación político-organizativa que necesita para imponer su «política de austeridad»: paro combinado con inflación, aumento de las cargas fiscales, empeoramiento de los ya insuficientes servicios sociales, intensificación de la explotación de los trabajadores ocupados, concentración y racionalización de la producción a costa no sólo de los trabajadores asalariados, sino de la pequeña burguesía campesina, industrial y comercial, de las empresas medias, etc.

Esta política del capital monopolista tiene efectos contradictorios en la situación y actitud de las masas populares. Por un lado, contribuye a polarizar contra el poder del capital monopolista a la gran mayoría de la población, compuesta fundamentalmente por asalariados de la clase obrera tradicional y por las nuevas capas asalariadas. Desde este punto de vista proporciona una base objetiva sin precedentes a una estrategia antimonopolista que se proponga no sólo defender la democracia, sino ampliarla y profundizarla en todas las esferas de la vida política y social, incluida la producción, que asocie indisolublemente esta reivindicación democrática radical a los objetivos económicos y sociales: nacionalización del capital monopolista, planificación democrática, inversión orientada a las necesidades sociales, pleno empleo, fomento agrícola, reestructuración industrial, adaptación de la pequeña empresa privada a este nuevo tipo de desarrollo, etc. Pero, por otro lado, la política «anticrisis» del capital monopolista contribuye a acentuar la desigualdad y las contradicciones en el seno del cuerpo social: entre los trabajadores ocupados y la masa sin trabajo, entre las diferentes catego-

rías salariales, entre los trabajadores y los pequeños empresarios, entre el campo y la ciudad, etc. Agrava la condición de la juventud y de la masa femenina asalariadas, que constituyen la mayoría de los sin trabajo, bloquea aún más toda perspectiva a la masa estudiantil. Todo lo cual provoca reacciones de defensa corporativa, introduce factores de división, fomenta la exasperación y la desmoralización, que el poder del capital monopolista atiza por todos los medios con sus aparatos políticos e ideológicos y utiliza para combinar la represión con las concesiones a unos u otros sectores en detrimento de los demás.

Parece indudable que en esta situación la estrategia que designa al poder político y económico del capital monopolista como enemigo principal de las masas populares, como máximo responsable de las consecuencias de la crisis, y que trata de agrupar a la gran mayoría del pueblo para eliminarlo y reemplazarlo por un poder democrático hegemonizado por la clase obrera, es la estrategia adecuada a la vía democrática al socialismo en la actual coyuntura histórica. Pero en el planteamiento de esta estrategia y en su aplicación concreta por los partidos comunistas de Francia, Italia y España, hay una serie de aspectos problemáticos y discutibles. El más general de todos ellos concierne al contenido esencial de esta estrategia antimonopolista.

Los tres partidos consideran que la derrota democrática del poder político y económico del capital monopolista por una mayoría popular hegemonizada por la clase obrera no sería todavía el comienzo del socialismo, sino de una larga fase de *transición al socialismo*, llamada «democracia avanzada» por el PCF, «democracia política y social» por el PCE, «nueva etapa de la revolución democrática» por el PCI. Pero en el concepto marxista tradicional —que ninguno de los tres parti-

dos ha puesto en tela de juicio hasta ahora—, el socialismo es la larga fase de transición que media entre el capitalismo y la sociedad sin clases (comunista), iniciada con la conquista del poder político por la clase obrera y sus aliados y con las primeras medidas encaminadas a la apropiación social de los principales medios de producción. Ahora bien, la «transición a la transición», que introducen los eurocomunistas en su esquema de la vía democrática al socialismo, se caracteriza también por esos dos rasgos esenciales. Y no puede ser de otra manera, puesto que el capital monopolista es la estructura económica determinante de las formaciones sociales del capitalismo desarrollado, lo mismo que su Estado es la estructura político-ideológica determinante, además de tener una intervención decisiva en la esfera económica. Por eso es inevitable que la derrota económica y política del capital monopolista tenga un significado netamente anticapitalista y no sólo antimonopolista, poniendo en marcha un proceso cuya lógica la determinen: el carácter obrero-popular del nuevo poder, que inicie la transformación del Estado; el carácter correspondiente de un gran sector público de la economía que concentre los medios fundamentales de producción y otros resortes decisivos de la economía; la democratización radical de todas las esferas de la sociedad civil. Pese a las limitaciones e insuficiencias que se pueden señalar en el Programa Común de la unión de la izquierda francesa, o en el programa de la «democracia política y social» que propone el PCE, su aplicación efectiva inauguraría una formación social de transición de las características indicadas. ¿Por qué negar a este proceso el carácter socialista?

En el PCI no encontramos ninguna respuesta concreta, con la particularidad de que su «etapa democrática» se diferencia de las del PCF y PCE

por su mayor indeterminación. Se presenta como un proceso gradualista en el que comienzan a surgir «elementos de socialismo» y la lógica capitalista comienza a ceder el paso a otra tendente al socialismo, pero la cuestión de qué condiciones se requieren para que dichos «elementos» y esa nueva «lógica» se hagan dominantes, como la cuestión de qué criterios permiten juzgar si se ha entrado ya o no en el socialismo, se pierden en las brumas del «compromiso histórico».

En cuanto al PCF, algunos de sus principales teóricos sintetizan así la respuesta que el XXII Congreso del partido ha dado a la cuestión de la diferencia entre la «democracia avanzada» y socialismo: «entre la fase definida por Programa Común y un socialismo con los colores de Francia no hay una muralla: el socialismo será la democracia llevada hasta el fin, es decir, la extensión de la propiedad social, bajo formas diversas, a todas las grandes unidades, hoy capitalistas, de la producción, el comercio y los servicios; será la extensión de la gestión y de la planificación democráticas, la elevación general del nivel de información y de cultura; será la afirmación de las capacidades de la clase obrera en el seno del poder político del pueblo trabajador, y la posibilidad de ir más lejos en la vía de la emancipación social recurriendo siempre a las mismas armas democráticas del movimiento popular: la lucha resuelta, el sufragio universal» [56]. Como se ve, son diferencias de grado, y es difícil entender por qué son más pertinentes para reconocer un carácter socialista del proceso que la ruptura cualitativa representada por la derrota del capital monopolista y el paso del poder a una coalición hegemo-

[56] Jean Fabre, François Hincker, Lucien Sève, *Les communistes et l'Etat*, París, Sociales, 1977, p. 210.

nizada por la clase obrera, el paso a propiedad social de los principales medios de producción, etc.

Pasemos al PCE. «La democracia política y social —dice su Manifiesto-Programa [57]— representará el paso a la propiedad social de los instrumentos económicos y financieros decisivos, hoy en manos de la oligarquía. Será, por tanto, un avance de importancia histórica hacia la socialización de los medios de producción. Pero no será todavía el socialismo.» En la democracia política y social —precisa el documento— subsistirán las empresas medias y pequeñas en propiedad privada, existiendo, por tanto, una clase burguesa que al gozar de la legalidad «tenderá naturalmente a la hegemonía», lo cual «significa que en el seno de esa sociedad seguirá desarrollándose una activa lucha de clases en todos los terrenos». Y a continuación declara el Manifiesto-Programa: «Denominar ya socialista a un régimen de estas características equivaldría a rebajar el socialismo, que no es sólo un sistema de propiedad social del conjunto de los medios de producción y de cambio, sino una nueva civilización, con un nivel de desarrollo de las fuerzas productivas, de la conciencia individual y social, de relaciones de igualdad y libertad, no sólo determinado por el carácter de las clases que ejercen un papel dirigente desde el poder, sino por los cambios efectivos que estas clases han logrado realizar en las estructuras económicas y en las superestructuras y la conciencia sociales.» ¿Rebajar el socialismo? No es fácil interpretar inequívocamente lo que el PCE quiere decir en esa explicación. La ausencia de toda referencia a la lucha de clases, en contraste con su existencia en la «democracia política y social», se presta a supo-

[57] En el folleto con los materiales de la II Conferencia Nacional del Partido Comunista de España, ed. del PCE, sin fecha, p. 124.

ner que aquí se entiende por «socialismo» lo que en el marxismo se entiende por «comunismo». Aunque, por otro lado, se indica que sigue habiendo clases. ¿Se trata de un socialismo con clases, pero sin lucha de clases? ¿Una nueva versión jruschoviana, productivista, del socialismo?

La subsistencia de clases —entre ellas de burguesía media y pequeña—, como de otros elementos capitalistas (mercado, división capitalista del trabajo, etc.), y por tanto de la lucha de clases, son rasgos propios del socialismo, que sólo pueden irse atenuando, hasta desaparecer —como el Estado—, a través de un largo proceso; un proceso, justamente, de lucha de clases. No parece justificado, por consiguiente, fundamentar en dichos rasgos una diferencia cualitativa entre la etapa del proceso que los eurocomunistas llaman «democracia avanzada» y el socialismo. Es de suponer que existen otras razones, aunque no las expongan o formulen claramente.

Una de ellas podría ser de tipo propagandístico, o más bien publicístico (presentar la mercancía con envoltura adecuada a la mentalidad de la clientela), para «tranquilizar a la burguesía no monopolista», partiendo del supuesto que a ésta le ofrece más credibilidad la promesa de respetar sus intereses si se presenta con la etiqueta de «democracia avanzada», simplemente antimonopolista, que si se presenta con la etiqueta de socialismo. El Manifiesto-Programa del PCE lo refleja muy claramente: «La clase obrera se compromete a respetar la propiedad no monopolista en la etapa de la democracia política y social, a cambio del apoyo de las fuerzas sociales ligadas a aquélla para poner fin a la gran propiedad monopolista y a su poder de Estado. Las capas no monopolistas, acosadas por el proceso de concentración y acumulación de la riqueza en pocas manos, se aso-

cian a la clase obrera a cambio de esa garantía a su estatuto social y político.»

Otra razón —de la que la precedente sería una derivación tacticista— puede consistir en la concepción peculiar del capitalismo monopolista y de su Estado prevaleciente en los partidos comunistas, aunque en el último período se inicien algunas rectificaciones. (El PCI suele eludirla, sin que deje de estar subyacente en sus análisis.) Según esta concepción, el capital monopolista se encuentra en relación antagónica no sólo con el conjunto de las clases trabajadoras, sino con todas las fracciones de la burguesía no monopolista. Parece no tenerse en cuenta que el capital no monopolista está orgánicamente integrado en el mecanismo global hegemonizado por el capital monopolista. Lo cual quiere decir que funciona, se desarrolla y se reproduce como parte orgánica del funcionamiento, desarrollo y reproducción del sistema dominado por éste. La dialéctica de este sistema acarrea constantemente —con más intensidad en período de crisis— la quiebra de unidades del capital no monopolista (como también del monopolista), pero al mismo tiempo reproduce otras y genera la aparición de nuevas unidades del mismo. Al capital monopolista le interesa positivamente el capital no monopolista en una serie de aspectos (no sólo económicos, sino políticos), al mismo tiempo que en otros está interesado en su quebrantamiento. Es decir, entre ambos tipos de capital hay antagonismo y complementariedad.

Esta relación ambivalente se expresa a nivel del poder político y del Estado. Ambos no son expresión *exclusiva* del capital monopolista, como pretenden las tesis de los partidos comunistas, sino de un *bloque de poder* en el que participan, junto con las diversas fracciones del capital monopolista —detentando unas u otras la hegemo-

nía—, fracciones del capital no monopolista, directa o indirectamente. El Estado del capital monopolista es la condensación institucional (política, ideológica, organizativa) de ese bloque de poder, reflejando su relación interna de fuerza entre las diferentes fracciones que lo componen. Y al mismo tiempo está condicionado, penetrado, por la fuerza y la lucha de las clases dominadas. Lo cual significa que este Estado goza de cierta autonomía respecto a todas las clases y fracciones de clase del bloque dominante. Sólo así puede cumplir su tarea primordial de asegurar el funcionamiento y la reproducción del conjunto del sistema. Sin embargo, en el PCF sigue vigente la concepción de que «el Estado constituye con los monopolios, de modo orgánico, un mecanismo único que detenta directamente todas las palancas de mando de la sociedad» [58]. Y en el Manifiesto-Programa del PCE se afirma que el Estado actual es el «instrumento exclusivo de la capa monopolista». Partiendo de la reducción de la relación entre capital monopolista y capital no monopolista a un simple antagonismo, los partidos comunistas afirman la posibilidad de que la *totalidad* de la burguesía no monopolista sea un aliado de la clase obrera en la lucha contra el poder del capital monopolista. Pero para facilitar esta alianza hay que ofrecerle garantías de que sus intereses serán respetados, que el nuevo régimen no desbordará los marcos del «antimonopolismo».

Una tercera razón para introducir la «transición a la transición» podría residir en la convicción que tiene el partido comunista de ser *el* partido de la clase obrera, *su* vanguardia, por estar en posesión del «método marxista, científico». «La historia ha confirmado —declara el Manifiesto-Programa del PCE— que este método marxista, científico,

[58] *Les communistes et l'Etat*, p. 119.

coloca al partido comunista en mejores condiciones que las de cualquier otro partido obrero para *dirigir al proletariado y a sus aliados* en el combate por la conquista del poder político y la realización del socialismo» [59]. De ahí que la clase obrera —consideran los partidos comunistas— no pueda convertirse efectivamente en la clase hegemónica, condición necesaria del socialismo, si no está bajo la dirección del partido comunista. A fin de atenuar la conflictividad entre esta tesis y su alianza con el partido socialista, el PCF utiliza ahora la fórmula de «influencia dirigente». Pero el hábito no hace al monje. El socialismo tiene sus «leyes generales» —dice el secretario general del PCF—, y entre ellas figura «la influencia dirigente de un partido de vanguardia que se inspire en el socialismo científico» [60]. Por eso puede radicar aquí otra clave de esa prudente «transición a la transición» introducida por los eurocomunistas en su estrategia. Hasta que el partido comunista no haya conquistado plenamente su «influencia dirigente», no puede pasarse de la «transición antimonopolista» a la «transición socialista».

A primera vista puede parecer un tanto abstracto o académico este problema de las «dos etapas» en la marcha hacia el socialismo, pero sus efectos prácticos en la acción concreta de los partidos eurocomunistas no son de escasa importancia. Incide, ante todo, en su política a corto plazo, en la que van a verse abocados —comienzan a verse abocados ya— a batallas decisivas contra el bloque dominante hegemonizado por el capital monopolista. Porque si tiene sentido hablar de transición al socialismo —de transición a la

[59] Manifiesto-Programa, ed. cit., p. 139. El subrayado es mío.
[60] G. Marchais, Informe al XXII Congreso del PCF, recogido en *Les PC espagnol, français et italien face au pouvoir*, París, Christian Bourgois, 1976, p. 128.

transición— es para designar una *fase de incertidumbre* en la lucha contra el capital monopolista, una fase en la que éste ya es golpeado seriamente, pero no derrotado. Fase que implica la agudización extrema de la lucha de clases, justamente porque la derrota del capital monopolista significa abrir el proceso de liquidación del capitalismo, iniciar la transición socialista. Y por eso es irreal concebirla como una fase de larga duración, de «estabilidad democrática», tipo «democracia avanzada». Como es ilusorio proponerse alianzas *estables* con la *totalidad* de la burguesía no monopolista, con las fuerzas políticas que sirven los intereses de unas u otras fracciones del capital monopolista, aunque sea necesario aprovechar las contradicciones entre ellas y, sobre todo, ganar a las masas que influencian.

La perspectiva de una «democracia avanzada» en países como Francia o Italia podría tener algunos visos de realidad en condiciones de elevado crecimiento económico similares a las de los años cincuenta y sesenta, aunque ya no sería en el marco de la derrota del capital monopolista, sino de la convivencia reformista con él al estilo sueco o alemán occidental. Y con la condición, por tanto, de la socialdemocratización total de los partidos comunistas. Pero en la coyuntura de la actual crisis global del capitalismo no existe tal perspectiva. O las fuerzas que luchan por el socialismo imponen decisivamente su hegemonía, o el retroceso contrarrevolucionario —que en las condiciones de Europa occidental no incluye forzosamente el pinochetismo, aunque no puede excluirse— sería inevitable. Una fase de este tipo se inicia en Italia, se aproxima en Francia y no está lejana en España.

Nada menos prudente y más peligroso en esta coyuntura que una táctica —a la que la estrategia en «dos etapas» puede servir de justificación teó-

rica— predominantemente gradualista, centrada en la esfera política, sobre todo en el mecanismo electoral, que subordine la lucha social y, en general, la acción de masas, a la alianza con unas u otras fracciones de la burguesía (la «no monopolista» constituye la masa fundamental de la burguesía, explotando a gran parte de la clase obrera) y al temor de que esa lucha desarrolle la autonomía de las organizaciones obreras y populares unitarias, eleve su papel político, poniendo en entredicho el sacrosanto «papel dirigente» del partido comunista. Esta consideración no apunta, en absoluto, a subestimar la lucha electoral, el papel del sufragio universal. Todo lo contrario. Las elecciones democráticas a las asambleas representativas de todo nivel expresan, en cada momento, una determinada relación de fuerzas, y a su vez inciden en ella. Mientras este indicador esencial no acuse la existencia de una mayoría suficientemente sólida y consciente a favor de cambios radicales, no existe la condición primordial para afrontar batallas decisivas contra el capital monopolista, tanto en las instituciones representativas como en la lucha de masas. Pero esta relación de fuerzas —sobre todo en período de crisis— se gesta fundamentalmente en el campo social. Aquí es donde la gran mayoría de la población —constituida en los países capitalistas desarrollados por los trabajadores asalariados de una u otra categoría y por los pequeños productores privados— puede elevar su conciencia, organizarse y unificarse, a través de la experiencia práctica de su lucha por objetivos realmente alternativos a los del capital. Es decir, objetivos que no sólo representen soluciones sustanciales inmediatas, aunque parciales, a los problemas más angustiosos (salarios, precios, empleo, condiciones de trabajo, vivienda, escuela, transportes, sanidad, etc.), sino que modifiquen las relaciones de fuerza en

todas las esferas e instituciones de la sociedad civil (ante todo en los centros de trabajo) y en el seno de los cuerpos y aparatos del Estado, impulsando las corrientes democrático-socialistas en los trabajadores y empleados que los integran, incluido el personal de los aparatos militares y represivos.

Los partidos comunistas de Francia, Italia y España subrayan en sus declaraciones, como hemos visto, la necesidad de la lucha de masas, de las organizaciones de masas, pero su práctica contradice frecuentemente esas declaraciones. No es casual que abunden cada vez más las voces críticas a este respecto, tanto en el seno de esos partidos como de las organizaciones sindicales hegemonizadas por ellos. Naturalmente, la crítica concreta en este terreno tiene que partir del análisis concreto de la situación concreta en el momento dado, cosa que no entra en nuestros propósitos.

El sentido del planteamiento que estamos haciendo es que la concepción estratégica de las «dos etapas» tiende a incidir, por las razones expuestas, en el sentido de disociar la lucha política de la social —muy en la tradición de los partidos comunistas, como ya dijimos—, de subordinar la segunda a la primera, de privilegiar en ésta el momento electoral, de frenar la lucha de clases para no obstaculizar las alianzas con la «burguesía no monopolista», de contrarrestar las tendencias autonómicas del movimiento obrero y del movimiento popular, etc. Nuestro propósito es subrayar los peligros que estas tendencias encierran en la actual fase de agudización de la lucha de clases, cuando el problema de la alternativa capitalista-monopolista o democrático-socialista ante la crisis se plantea, cada día más, en términos perentorios. La actual situación italiana ofrece una ilustración elocuente de esos peligros.

EL TEST ITALIANO DE LA VIA DEMOCRATICA AL SOCIALISMO

A medida que el «compromiso histórico» va concretándose —y achicándose— en «compromiso rampante»; a medida que el PCI va adentrándose en las esferas gubernamentales, se multiplican en el primer partido comunista de Occidente los signos de inquietud y duda. Inquietud por el sesgo que toma el proceso político y social, duda sobre la línea actual del partido. Iniciado en la base, el malestar toma cuerpo en la dirección. Ya en el Comité Central de octubre de 1976 algunos de sus miembros, entre ellos Luigi Longo, presidente del partido, llegaron a formular el interrogante que se hacen, cada vez más, las masas populares: los «sacrificios» exigidos a los trabajadores, ¿van a desembocar realmente en las reformas esperadas o en el fortalecimiento del capitalismo monopolista servido por la democracia cristiana? Y también surgió esta crítica velada a la dirección berlingueriana: «cuando se pretende resolver todo con cálculos y combinaciones por arriba, se pierde el contacto con la base y con las luchas, se debilita el partido»[61]. Para esas fechas, importantes sectores de la clase obrera habían comenzado ya a enfrentarse con la táctica del PCI y con las ejecutivas sindicales que la secundan, acusándolas de hacer excesivas concesiones a la «política de austeridad» andreottiana, sin obtener nada tangible sobre las contrapartidas que el PCI reclama.

Gracias a su resistencia, mediante la huelga y otras formas de lucha, la clase obrera ocupada ha logrado hasta ahora desbaratar los atentados más graves a su nivel de vida, pero entre tanto la situación empeora para la gran masa de traba-

[61] *L'Unità*, 21 de octubre de 1976.

jadores en paro forzoso, jóvenes y mujeres en su gran mayoría; se cierra cada vez más la posibilidad de encontrar empleo a cientos de miles de estudiantes. En estas masas comienza a cundir la desconfianza hacia las organizaciones políticas y sindicales tradicionales del movimiento obrero y de la izquierda. La expresión más espectacular, hasta la fecha, de ese inquietante proceso, ha sido la revuelta estudiantil de febrero y marzo. Pero estados de ánimo similares se extienden entre los sectores «marginados» del proletariado. Si las cosas siguen así —escribe a finales de abril de 1967 una observadora atenta de la política italiana, admiradora del PCI—, «podrá decirse que dos Italias cohabitan en la península: la Italia de las instituciones, donde el partido comunista progresa ineluctablemente, y la Italia de las realidades, donde la vida se hace cada vez más dura para los marginales, las mujeres, los parados, los estudiantes, entre los cuales los comunistas ya no son en modo alguno *persona grata*» [62].

Reunido de nuevo en marzo de 1977, apenas calmada provisionalmente la revuelta estudiantil, el Comité Central del PCI se desarrolló en un ambiente de tensión y alarma. Uno de los principales dirigentes, Gian Carlo Pajetta, caracterizó la situación de «compleja, preñada de peligros, erizada de dificultades» [63]. A juicio de Luporini, la rebelión de los jóvenes «ponía en evidencia el retardo y la impreparación del partido para captar las procesos moleculares y las contradicciones explosivas»: «Se nos ha caído encima un "pedazo de sociedad"; atención que no suceda lo mismo con otros "pedazos"». «La rebelión —señaló Luporini— nace del vacío de futuro, de la voluntad

[62] Marcelle Padovani, en *Le Nouvel Observateur*, 25 de abril de 1977.

[63] Las referencias a esta reunión del CC están tomadas de *L'Unità*, del 16 y 17 de marzo de 1977.

de apropiarse lo que sea del presente, del sentimiento de marginación social que induce a la desconfianza respecto a las formas organizadas de democracia.» A los comunistas, agregó, «no se nos identifica como portadores de una nueva sociedad, sino como "cogestores" de la actual». «En el partido comunista y en la izquierda —planteó otro miembro del Comité Central (Lucio Libertini)— se ha concentrado una gran esperanza, y no sólo por parte de aquellos que los apoyaron: la esperanza en un giro efectivo de la sociedad italiana. Si esta esperanza quedara defraudada demasiado tiempo, el riesgo no es el de perder el consenso a favor del extremismo de izquierda; el riesgo es un reflujo general de la sociedad hacia la derecha, como ya sucedió durante este siglo en Alemania, Francia, Italia y otras partes. Lo que sucede en la universidad es un aviso de un problema más vasto.» «La idea de que si las cosas andan mal podemos siempre recuperar la vinculación con las masas retornando a la oposición, revela una gran incomprensión del problema real —planteó también Libertini—; el nuestro es un camino del que no se vuelve atrás indemne. Estamos en un atolladero. O lo forzamos o sufrimos una derrota histórica. Pero sólo se puede forzar si la lucha de masas y los resultados sobre el contenido de esa lucha van a la par con la progresión política.»

«¿Somos hoy, en el fondo, un partido de lucha?» Esta interrogación, formulada abiertamente por Armando Cossuta, planeó sobre los debates del Comité Central. Desde la segunda guerra mundial, Togliatti había definido al PCI como «partido de lucha y de gobierno». Mientras estuvo en la oposición, después de su breve participación gubernamental en 1945-1947, el primer rasgo no se puso nunca en tela de juicio, en espera de que el segundo pudiera ser revalidado nuevamente. Pero

desde que se inicia la táctica de apoyo condicionado al gobierno Andreotti, el problema comienza a plantearse, cada vez más insistentemente, y el mismo Pajetta tuvo que hacerse eco de él en su intervención: «Debe quedar bien claro que no estamos *en el gobierno* y que tampoco somos *el gobierno;* que, al contrario, nosotros juzgamos este gobierno inadecuado para las necesidades del país. Nuestra responsabilidad la asumiremos, ciertamente, pero demostrando que somos, al mismo tiempo, partido de gobierno y partido de lucha.» Invitó al partido a «estar *dentro* del movimiento para empeñarlo en una batalla consciente y unitaria», subrayando que el actual marco político «sólo puede ser válido en la medida que permita hacer madurar una situación nueva».

Las posiciones de Pajetta, compartidas por la mayoría del Comité Central, se enfrentaban claramente a las de Amendola —representante de la derecha del partido—, el cual reclamó «una batalla neta contra el extremismo que hoy representa el enemigo principal del movimiento obrero y de su línea política», con «rasgos comunes con el fascismo». Amendola planteó también que el momento no era oportuno para «modificar la actitud en la confrontación con el gobierno». A su juicio, el partido debía secundar más a fondo la política de «austeridad», cuyo carácter capitalista, justamente, produce los alarmantes fenómenos de marginación y descomposición social.

Una oportuna indisposición evitó a Berlinguer participar en este debate, pero las intervenciones de algunos de sus «fieles» chocaron desagradablemente a la mayoría. En particular la tendencia a confiar a los cuerpos coercitivos del Estado la solución de los problemas de orden público, frente a la rebelión de los estudiantes y de otros sectores marginados. La principal conclusión política

de la reunión —reflejada en las posiciones posteriores del partido— fue formulada por Giorgio Napolitano, que hizo la intervención final: «necesidad de acelerar la superación del marco de relaciones políticas definidas después del 20 de junio». Lo que significaba poner fin, lo antes posible, al sistema de abstención parlamentaria para dar paso a la entrada del partido en una mayoría de «emergencia», sobre la base de un programa común con la democracia cristiana y demás partidos del «arco constitucional», aunque no implicara todavía la presencia directa del PCI en el gobierno.

Pero ese paso, y en general los debates del Comité Central, no daban respuesta —aunque en algunas de las intervenciones hubiera atisbos significativos— al inquietante interrogante que la misma discusión reflejaba de una u otra forma, y que ponía en cuestión la coherencia de la línea general del PCI: ¿Por qué, al cabo de varios años de obtener espectaculares éxitos electorales, de conquistar posiciones de gobierno en las principales regiones y ciudades del país, de penetrar en los aparatos del Estado, de alcanzar el 35 por 100 de los votos (y, junto con las restantes fuerzas de izquierda, el 47), de entrar de hecho en la mayoría gubernamental, etc., el vasto bloque social popular que había ido aglutinándose comienza tan rápidamente a fraccionarse, a desarticularse, y la democracia a verse en peligro, la duda a reemplazar la confianza anterior, tanto en las masas como en el partido? Entre los «atisbos» indicados hay algunos particularmente sugestivos, como el de Luporini sugiriendo que el partido no supo responder a la gran demanda de alternativa suscitada por el movimiento del 68; o como el de Borgna, apuntando a que el partido ha tendido más a defender el marco político existente que a construir las premisas de su superación. La cosa viene, en

realidad, de lejos, y no sólo del momento posterior al 20 de junio.

Como ya dijimos, el PCI supo «cabalgar el tigre» en el 68 con más capacidad táctica que el PCF, pero esto no significa que su finalidad fuese esencialmente distinta: frenar la dinámica de aquel gran movimiento de masas, en lugar de orientarlo hacia una alternativa global de transición; limitar el desarrollo de sus formas autónomas y encauzarlo en el marco político institucionalizado de modo que no entrara en conflicto con él. Aquel movimiento creó formas orgánicas de democracia de base —consejos de fábrica, comités de inquilinos, de parados, de soldados, de suboficiales; comités por la «autorreducción» de las tarifas de transporte, electricidad, teléfono, etc.; movimientos de magistrados, médicos, periodistas, policías, etc.— que promovían objetivos de lucha con contenidos anticapitalistas muy concretos. Este movimiento no se agotó, como en otros países europeos; se ha mantenido a lo largo de los diez años transcurridos desde entonces. Pero no ha desplegado todas sus potencialidades. El PCI, principal fuerza política del mismo movimiento, no se lo propuso. En principio no había contradicción objetiva entre esas nuevas formas de democracia de base y las formas tradicionales del movimiento obrero y popular. Al contrario, su combinación y articulación podían dar mayor consistencia y organicidad a la construcción del nuevo bloque social alternativo. Pero, evidentemente, dichas formas y sus objetivos implicaban determinada conflictividad con los límites legales y formales del marco político existente, contenían en germen la necesidad de su ruptura y recomposición, mientras que la estrategia del PCI suponía el respeto de dicho marco. La «guerra de posiciones» gramsciana había sido vertida, cada vez más, en un molde gradualista, eliminando de la pers-

pectiva toda «ruptura», todo «salto cualitativo». A medida que se profundizó la crisis de la sociedad italiana, el PCI acentuó esa tendencia gradualista y legalista de su política, temeroso siempre de toda «aventura», pese a que Berlinguer ha rechazado en más de una ocasión las acusaciones de gradualismo, legalismo y parlamentarismo. Polarizó cada vez más su acción en el marco político-institucional, subordinando a las alianzas y combinaciones en ese nivel los impulsos del movimiento social.

Culminación de esta estrategia fue la propuesta a la democracia cristiana de llegar a un «compromiso histórico» para recorrer una nueva etapa de la «revolución democrática» (según el PCI, interrumpida en 1947 por la guerra fría). Como explicaba Berlinguer en sus artículos de 1973, donde lanza esa iniciativa, el objetivo principal del «compromiso histórico» consiste en obtener un consenso para la transformación socialista de la sociedad que vaya mucho más allá del 51 por 100 de la población, evitando así la división del país en dos partes equivalentes, el enfrentamiento entre ellas. La necesidad de evitar este tipo de enfrentamiento y de obtener un consenso tan ampliamente mayoritario era, a juicio de Berlinguer, la lección principal de la tragedia chilena y de otras anteriores. (Tal vez tenía *in mente* la tragedia española.) En principio, ¿qué puede objetarse a tan sensatos propósitos? Todo el problema está en el «cómo». El PCI se proponía, evidentemente, derribar de una vez la barrera anticomunista —ya muy deteriorada— levantada por la Iglesia y la DC durante treinta años, y facilitar así el acercamiento a las fuerzas de izquierda de las masas populares del mundo católico, organizadas e influidas por la DC; se proponía contribuir a que el «alma popular» de la DC —como decía Togliatti— prevaleciera sobre su «alma reacciona-

ria», y determinar así un cambio en la relación de fuerzas, hacia ese gran consenso que hiciera posible el avance democrático y pacífico hacia el socialismo.

Pero en política no todos los caminos conducen a Roma, aunque puedan llevar a su alcaldía. Al proponerse alcanzar esos objetivos mediante un entendimiento con el conjunto de la DC, y por tanto con su burocracia dirigente, principal instrumento político del capitalismo italiano, el PCI se exponía a entregar su alma revolucionaria al diablo, en lugar de rescatar el alma democrática de la DC. No es casual el actual interrogante de los comunistas italianos: ¿seguimos siendo un partido de lucha? El propósito, en efecto, de llegar a un entendimiento de largo alcance —un compromiso *histórico*— con el principal instrumento político del capitalismo italiano, sobre todo en las condiciones de la crisis económica (cuando este capitalismo necesita llevar al extremo su política antipopular), no podía por menos de conducir al PCI a moderar los objetivos y los métodos de las luchas obreras y populares, induciendo en este sentido a las direcciones sindicales; a recortar sus propuestas de reformas, de manera que fueran compatibles con el funcionamiento del sistema, y, sobre todo, a mantenerlas en un plano fundamentalmente propagandístico, sin organizar una lucha ofensiva por su realización. El PCI se limitaba, así, la posibilidad de elaborar y ofrecer una verdadera alternativa programática a la crisis frente a la alternativa del capital monopolista y de la democracia cristiana. Pero, por otra parte, el PCI polarizaba las esperanzas de sectores cada vez más amplios de la población, obteniendo crecientes éxitos electorales que le llevaban a regir algunas de las principales regiones y casi todas las más importantes ciudades del país. En estos puestos, el PCI ofrecía, por lo general, el ejemplo de una

gestión más eficiente y honesta que la de la DC, pero siempre dentro de los marcos y las reglas del sistema, y subordinando su acción al objetivo prioritario de favorecer el cauce hacia el «compromiso histórico» con el gran rival. Lo que impedía, o dificultaba, forzosamente, la utilización de esas parcelas de poder, conquistadas en las instituciones de la democracia representativa y en el aparato del Estado, para organizar más eficazmente las luchas de los parados, de los estudiantes, de las mujeres y de las otras categorías más golpeadas por la crisis; para unificar la lucha de estas categorías con la de la clase obrera ocupada; para desarrollar y articular con las formas de democracia representativa las formas de democracia de base, en cuyo marco las masas pueden participar de una manera más directa y activa en la lucha por la solución de sus problemas, pueden convertirse de mayoría electoral en mayoría activa, orgánica, combatiente, cada vez más consciente de su papel y de sus tareas.

En resumen, los crecientes éxitos electorales del PCI, su «ocupación» progresiva de posiciones de poder en el sistema político, no iban acompañados de la construcción de un bloque social capaz —por su nivel de conciencia, por su grado de articulación interna, por la calidad de su programa— de afrontar las duras pruebas que se avecinaban. Pruebas ineluctables, porque si una de las lecciones de Chile, y de revoluciones anteriores, es la de que para avanzar con seguridad hacia el socialismo hace falta una gran mayoría consciente de sus objetivos, otra lección no menos importante es la de que las clases dominantes, sus aparatos estatales, no esperan tranquilamente a que el bloque de las clases populares rebase ampliamente el 51 por 100. A no ser que estén seguras de que los representantes (partidos, sindicatos) de las clases populares no van a cambiar

nada sustancial desde el punto de vista de los fundamentos mismos del sistema capitalista. (Tal ha sido el caso de los partidos socialdemócratas, pero los partidos comunistas no gozan aún de ese «crédito» ante las clases capitalistas. Y algunos partidos socialistas lo van perdiendo, si alguna vez lo han tenido.) En todo caso, estamos refiriéndonos al supuesto de que el PCI y los otros partidos eurocomunistas se proponen realmente el paso al socialismo. A medida que un bloque político social *dispuesto a dar este paso* se acerca a la mayoría democrática, legalmente expresada por el sufragio universal, las clases dominantes acentúan el recurso a procedimientos nada democráticos para impedir avances ulteriores (sabotaje económico, provocaciones de servicios estatales o paraestatales represivos, maniobras de diversión ideológica, etc.: la gama de procedimientos es infinita). Sin contar con que en condiciones de crisis económica, ésta actúa como factor de doble filo: si por un lado agrava todas las contradicciones entre las clases dominantes y las clases subordinadas, haciendo más imperiosa la alternativa democrático-socialista, por otro —como hemos señalado y la situación italiana muestra dramáticamente— agudiza las contradicciones en el seno del pueblo, ofreciendo posibilidades de nuevas maniobras a las clases dominantes. No hablemos ya si un bloque social de las características indicadas llega legal y democráticamente al poder y comienza a dar pasos efectivos hacia el socialismo. Entonces los procedimientos antidemocráticos indicados pasan a ser elementos preparatorios del recurso a la última *ratio:* la violencia armada.

Es cierto, como dice el discurso eurocomunista, que mientras mayor sea el consenso que respalda a las fuerzas socialistas, antes y después de la toma del poder, más difícil es a las fuerzas reac-

cionarias recurrir a la violencia de diverso tipo. Pero ahí está el círculo vicioso: las fuerzas reaccionarias no esperan, lógicamente, a que ese consenso sea decisivamente hegemónico. Nada puede evitar lo que hemos llamado *fase de incertidumbre*, de extrema agudización de la lucha de clases, en la que la cuestión del poder —y no sólo del gobierno— se pone en primer plano. Esto quiere decir que la necesidad de que una amplia mayoría expresada por el sufragio universal se manifieste implica, a su vez, la necesidad de asegurar las condiciones para que esa expresión pueda, en primer lugar, realizarse, y en segundo lugar no ser barrida por la violencia armada de los derrotados. Lo cual significa que la lucha parlamentaria y en todas las instancias de la democracia representativa tiene que ser respaldada por la lucha de masas en todas las esferas de la organización social y política, en el seno de los aparatos del Estado, en el sistema de producción, etc. Y ello requiere, justamente, el desarrollo de las formas de democracia de base y de la coordinación entre ellas y con las formas de democracia representativa, única manera de articular sólidamente las alianzas sociales entre la clase obrera tradicional, las nuevas capas asalariadas y otros sectores susceptibles de integrar el bloque social alternativo, como los pequeños campesinos, la pequeña burguesía urbana tradicional, etc. Pero la solidez de esa articulación requiere también que el bloque social esté cohesionado por un claro programa antimonopolista —y por tanto anticapitalista— que combine las medidas urgentes con las transformaciones a medio plazo y perfile las más lejanas de modo coherente con las exigencias insoslayables que la crisis plantea, poniendo en marcha una nueva lógica de desarrollo que vaya desplazando sucesivamente la lógica capitalista. ¿Pero es posible todo esto si el eje magistral de

la construcción del nuevo bloque social pretende pasar —como es el caso en la estrategia del PCI— por un compromiso de largo alcance con las principales fuerzas políticas del capital monopolista? Es evidente la necesidad de ganar a ese bloque social las masas populares controladas actualmente por la democracia cristiana. ¿Pero no tienen razón los sectores de la izquierda italiana, incluidos sectores del PCI, que plantean la imposibilidad de lograr tal objetivo sin una *ruptura* en la democracia cristiana entre su sector democrático-popular y la capa política que sirve los intereses del capital monopolista? Numerosos observadores de la situación italiana constatan que la política de «compromiso histórico», tal como ha sido concebida y aplicada por la mayoría de la dirección del PCI, ha contribuido a reforzar, en lugar de debilitar, la autoridad de la dirección democristiana (puesto que le atribuye la capacidad de hacer una política realmente popular) y ha frenado el paso a posiciones de izquierda de sectores y elementos del mundo católico.

El gran PCI se encuentra en la encrucijada. No son pocos los que piensan que su vía democrática al socialismo puede desembocar en una vulgar colaboración con la democracia cristiana para administrar la crisis y racionalizar una vez más el descompuesto mecanismo capitalista, cumpliendo funciones análogas a las del laborismo inglés o las de la socialdemocracia alemana. Con la diferencia de que, en las condiciones italianas, el ejercicio de esa función difícilmente podría prescindir de una represión a lo Noske contra el movimiento popular. Y habría de pasar por profundos desgarramientos y rupturas en el propio partido.

A nuestro juicio, no es esa la eventualidad más probable. El poderoso movimiento obrero italiano se ha forjado en una rica historia de luchas y experiencias, dando muestras repetidas de gran

iniciativa y combatividad. Ya se manifiestan en sus filas vigorosas reacciones contra los peligros que se ciernen sobre él y sobre la democracia italiana. Algo parecido puede decirse del PCI, cuyos vínculos son muy estrechos con ese movimiento obrero, y en general con las masas populares, siendo muy sensible a las presiones que ejercen sobre él. Su influencia y sus posiciones de poder en todas las estructuras e instancias políticas, sociales, económicas y culturales de la sociedad italiana van más allá, incluso, de lo que indica —con ser tan significativo— el hecho de que más de un italiano sobre tres vote comunista. Y si a estas fuerzas sumamos las representadas por el partido socialista, por la nueva izquierda y por los sectores democráticos y populares del mundo católico, tenemos no sólo la gran mayoría del pueblo italiano, sino sus fuerzas más conscientes, capaces y activas. La cuestión crucial que está planteada, de la que depende una salida positiva a la crisis actual, es la de encontrar una política capaz de agrupar y movilizar unitariamente a esas fuerzas para una transformación profunda del país. De agruparlas a la ofensiva, con la conciencia de que es inevitable el enfrentamiento con los actuales grupos dominantes del capitalismo monopolista. No sólo para defender la democracia, sino para llevarla más allá de sus presentes e insuficientes límites, para poner en marcha una lógica no capitalista de desarrollo. Lo que parece indudable, y se apunta ya tanto en las discusiones internas del PCI como fuera de él, es que la realización de esta gran tarea pasa por una rectificación estratégica de la fuerza principal de la izquierda italiana. Entre la aventura del extremismo y la aventura del «compromiso histórico» (entendido como colaboración con las mismas fuerzas que constituyen el obstáculo fundamental a los cambios urgentes que la situación

reclama) tiene que haber espacio para una política realista de avance hacia la transformación democrático-socialista de la sociedad italiana. Pero la crisis no concede plazos demasiado largos

LA VIA DEMOCRATICA, UNICA POSIBLE

La precedente crítica de algunos de los aspectos de la política del PCI no significa, bien entendido, poner en cuestión la vía democrática al socialismo, que a nuestro juicio es la única posible en los países de capitalismo desarrollado. Lo que está en cuestión es la versión electoralista, gradualista y legalista de esa vía; su versión como una línea de colaboración de clase con los grupos dirigentes de la burguesía. Y nos hemos detenido en el caso italiano porque es aquí donde la crisis global ha llegado antes a un punto crítico y donde los efectos negativos de esa versión alcanzan cotas peligrosas, que representan una seria advertencia no sólo para la izquierda italiana, sino para la francesa y la española, en las que también esa versión oportunista de la vía democrática tiene sus representantes, dentro y fuera de los partidos comunistas.

La vía democrática al socialismo es, en realidad, universal. Pero en los llamados países atrasados, donde el proletariado es aún una reducida minoría y las fuerzas productivas tienen un bajo nivel, son inevitables —como lo han sido en el pasado— revoluciones intermedias de otro tipo, aunque se autodenominen socialistas, en las que serán necesarios nuevos «asaltos al Palacio de Invierno», luchas guerrilleras o guerras revolucionarias, y el paso por fases de capitalismo de Estado o por otros sistemas político-sociales de clases dominantes y dominadas, que aunque no sean propiamente capitalistas, tampoco pueden

considerarse socialistas, como sucede con el régimen soviético y similares. Llegados a un determinado grado de desarrollo, también en estos sistemas se planteará la cuestión de la democracia como aspecto consustancial del paso al socialismo, de su edificación. No es casualidad que éste sea el objetivo central, inmediato, de la oposición socialista en los países del Este.

En los países capitalistas desarrollados, la alternativa socialista a la crisis del capitalismo ha madurado *objetivamente*, porque se dan dos condiciones básicas interdependientes que hacen posible la vía democrática. En primer lugar, la existencia de una gran mayoría de la población a la que el proceso de acumulación y concentración del capital ha despojado de toda propiedad privada de los medios de producción, y la cual tiene además, tras de sí, una larga tradición de lucha por la democracia. Las conquistas parciales logradas en esta lucha le han permitido también elevar su nivel cultural. Es una mayoría que está en condiciones de *necesitar* y de *comprender* un proyecto de transformación socialista. La actual crisis agudiza la necesidad y la comprensión. En segundo lugar, ese mismo mecanismo de acumulación y concentración del capital ha conducido a un elevado nivel de socialización de la producción y de las necesidades humanas, que reclaman objetivamente gestión colectiva y planificación.

Pero estas dos poderosas condiciones objetivas no conducen automáticamente al socialismo, y pueden encontrar solución, al menos durante un largo período histórico, en sistemas sociales que sean lo opuesto del socialismo sin ser capitalistas. Sistemas del tipo descrito imaginativamente por Zamiatin y Orwell. Pueden tener esa salida no sólo porque ninguna tendencia objetiva se abre paso automáticamente en el desarrollo social, sino porque las condiciones objetivas aludi-

das son en sí mismas contradictorias, contienen elementos que pueden servir de fundamento a una u otra alternativa. Los tipos de socialización de la producción, de medios de producción, de ciencia y técnica, promovidos por el capitalismo, no son más que parcialmente idóneos para el socialismo; y parcialmente son idóneos también para regímenes autoritarios, construidos sobre la regimentación de la masa desposeída de los medios de producción, dominados por una clase tecnocrática o funcionarial; para una sociedad «robot» altamente tecnificada pero sin un átomo de libertad. Poderosos elementos de un tal sistema están presentes ya tanto en los regímenes del Este como en las formas más desarrolladas del capitalismo monopolista. Si la actual crisis global del capitalismo se resuelve contra la clase obrera y los pueblos, el peso de esas tendencias puede fortalecerse considerablemente.

La salida socialista exige que la mayoría colocada en situación objetiva de necesitar y comprender el socialismo se transforme en mayoría subjetivamente dispuesta a *luchar* por su realización. Para lo cual no es suficiente, aunque sí necesario, que exprese su voluntad por el sufragio universal, teniendo en cuenta, como muestra toda la experiencia histórica, que las clases dominantes nunca se inclinarán voluntariamente ante él si implica un peligro real para sus posiciones. Son antidemocráticas por naturaleza. Por eso la mayoría electoral tiene que ser, al mismo tiempo, una fuerza orgánica y no atomizada, lo que designamos con el concepto de bloque sociopolítico. Un bloque sociopolítico organizado, estructurado, unido por un programa y una estrategia, capaz de la acción que en cada momento impongan las circunstancias.

La primera dificultad para ello es que esa mayoría objetivamente interesada en el socialismo

es una mayoría socialmente heterogénea, constituida por clases y capas sociales entre las que existen contradicciones, al mismo tiempo que un interés objetivo común en el socialismo. La trama sociológica del capitalismo desarrollado es sumamente compleja. Junto con la clase obrera tradicional —cuyas categorías se han ido modificando y diversificando—, desempeñan un papel creciente en el mecanismo económico y en todas las esferas de la vida social las nuevas capas de asalariados de los servicios, de las funciones técnicas y organizativas, capas que a su vez están internamente diferenciadas, esencialmente entre una élite superior muy vinculada a los intereses del capital y una masa cuya relación con el capital se asemeja cada vez más a la de la clase obrera, aunque no sea directamente productora de plusvalía. Pero entre el obrero tradicional y este nuevo asalariado existen en muchos casos contradicciones derivadas de su diferente función en la organización y división del trabajo y/o diferencias de estatus social, de modo de vida, de nivel cultural, etc. Siguen teniendo importancia en ese tejido sociológico, aunque hayan disminuido su peso específico, las capas de la pequeña burguesía empresarial-propietaria, en la industria, el comercio y la agricultura, que pueden y deben ser integradas en un proceso de transición socialista, no sólo sin daño para sus intereses, sino mejorando su situación. En Francia, Italia y España —particularmente en las dos últimas—, estas capas tienen mayor importancia que en los países capitalistas anglosajones. Adquiere creciente relevancia el tipo de categorías sociales que no puede asimilarse al de clase o capa, pero cuyos rasgos diferenciales intervienen cada vez con más fuerza en la escena social: las mujeres, los estudiantes, los jóvenes en general, etc. Y en las fases prolongadas de crisis

estructural, como la presente, los marginados de la producción.

En este abigarrado conjunto, la clase obrera tradicional sigue constituyendo —por ser la más radicalmente antagónica con el capital, por su lugar en la producción creadora de plusvalía, por la potencia de sus organizaciones sindicales y políticas— la fuerza potencialmente más revolucionaria, y por consiguiente la llamada a ser hegemónica dentro del bloque sociopolítico de las clases dominadas. Pero junto con ella pueden desempeñar esa función hegemónica, cada vez más, sectores de las nuevas capas asalariadas, cuyo antagonismo con el capital va radicalizándose, a la par que se eleva su conciencia de clase y su adhesión al socialismo.

La transformación de esta gran mayoría objetivamente anticapitalista en mayoría subjetivamente socialista, en bloque sociopolítico organizado, unido por un programa y una estrategia, exige un sistema polimórfico de alianzas, relaciones, convergencias: alianzas políticas de partidos, o más amplias, incluyendo sindicatos, organizaciones y movimientos de masas; formas diversas de democracia de base; instituciones parlamentarias, municipales y otras de la democracia representativa. El oponer unas a otras, como excluyentes, estas diversas formas de estructuración del bloque sociopolítico, no tiene fundamentos objetivos y sólo puede impedir abarcar la extrema complejidad de la realidad social y política. Lo que no obsta para que, según las coyunturas concretas de la lucha de clases, las tradiciones históricas, el margen de democracia existente, el peso relativo de los partidos políticos, sindicatos, organizaciones de masas, democracia de base, instituciones representativas, etc., la combinación de unas y otras formas pueda ser muy diversa. Pero cada una tiene sus posibilidades y límites espe-

cíficos. El partido político no puede reemplazar al sindicato y viceversa. Las formas de democracia representativa (parlamentaria u otras) no pueden reemplazar a las de democracia de base, y viceversa. La organización de clase no puede cumplir el papel del movimiento feminista o estudiantil. Y así sucesivamente.

Pero dentro de este conjunto de formas estructurales del bloque sociopolítico, la que principalmente puede desempeñar una función de síntesis, de reflexión global, de formulación de criterios generales, estratégicos y tácticos, es el partido político, el intelectual colectivo, como lo concebía Gramsci. Pero no un *único* partido político. El pluralismo político e ideológico es inherente a toda sociedad de clases, y más todavía a sociedades tan complejas como las del capitalismo desarrollado. No sólo en función de la división en clases antagónicas, sino por la heterogeneidad misma de las clases y capas subordinadas. Y más allá de esta razón sociológica, porque dentro, incluso, de los grupos sociales más homogéneos —como la clase obrera tradicional, por ejemplo— es inevitable la existencia de opciones políticas diversas. Toda la práctica histórica lo demuestra. *El* partido de la clase obrera es un mito. Lo real es *la clase obrera como partido* (conjunto de formas políticas, sindicales, culturales, etc., en que se estructura y expresa como clase antagonista de la burguesía). Por tanto, la función de síntesis y mediación, de orientación general, estratégica y táctica, en el bloque sociopolítico de las clases, capas y sectores subordinados, sólo puede ejercerla plenamente una *alianza política* (hegemonizada por las fuerzas más representativas de la clase obrera entendida en sentido amplio), cuyas características pueden ser muy diversas, pero en la que los partidos políticos no pueden por menos de desempeñar el papel primordial. Ahora bien,

para que esta función de los partidos políticos sea realmente representativa, mediadora, del conjunto de las fuerzas sociales del bloque, los partidos deben estar, a su vez, estrechamente vinculados a las mismas, sometidos a su presión e influencia, a través de la democracia de base, de la democracia representativa, de las organizaciones de masas, etc. Lo que exige, también, que los partidos políticos de la clase obrera y de las otras fuerzas populares sean realmente democráticos, abiertos a la crítica y el control de las masas. Pese a la evolución positiva que vienen experimentando, los partidos del eurocomunismo aún tienen una concepción de sí mismos y un tipo de funcionamiento interno (sobre ello volveremos más adelante) que no responden plenamente a esas necesidades y dificultan, por tanto, su aportación a la construcción del bloque sociopolítico de las clases dominadas.

Este bloque no puede constituirse más que a través de la lucha, de la acción, como siempre ha sido el caso en la historia. Las clases, grupos sociales o sus agrupaciones, no se han convertido en fuerzas sociopolíticas efectivas, con organización y programa, más que en el curso de luchas concretas y no según un esquema preestablecido. (La caracterización que acabamos de hacer de la estructuración del bloque de las clases dominadas no es más que una generalización de lo que sucede en la práctica, un «modelo» que puede ser útil para impulsar la iniciativa en el curso de luchas ulteriores.) Pero no cualquier lucha contribuye —o contribuye con la misma relevancia— a la estructuración del nuevo bloque sociopolítico. Si tiene un carácter estrechamente corporativo puede conducir, incluso, a separar a sus protagonistas de los grupos sociales afines, en lugar de aglutinarlos con ellos. Lo mismo puede suceder si las reivindicaciones de tipo económico o social, o

cultural, se aislan sistemáticamente de las reivindicaciones políticas. Las contradicciones existentes en el seno del pueblo, la urgencia de obtener o defender determinadas mejoras, la política de las clases dominantes, a la que interesa dividir para reinar y por tanto disociar lo político de lo social, separar o enfrentar las reivindicaciones de unos sectores sociales y las de otros, etc., son otros tantos factores que se interponen en el camino de una lucha aglutinadora. Para contribuir eficazmente a cohesionar y organizar el bloque sociopolítico de orientación socialista, la lucha debe combinar y armonizar los intereses y objetivos inmediatos de las diferentes clases, capas y agrupaciones sociales, definiéndolos de modo que sean pasos en la consecución de objetivos de más largo alcance. En los partidos comunistas (como en otros de la izquierda) hay la tendencia a reservarse la acción política como dominio propio —al menos la acción política global— y a mantener a los sindicatos, organizaciones de masas, movimientos ciudadanos, feministas, etc., así como a las formas de democracia de base, acantonados en dominios muy limitados, dedicados a sus «problemas específicos», sin desplegar iniciativa política propia en relación con los grandes problemas generales. Esta tendencia —que refleja la influencia de la ideología dominante, de la concepción de la política como dominio reservado a los especialistas— es un freno, naturalmente, para la construcción de un bloque sociopolítico capaz, por la calidad de su cohesión, estrategia y programa, de vencer la resistencia de las clases dominantes en la vía democrática hacia el socialismo.

Para que esta vía sea, efectivamente, una vía de *avance* hacia el socialismo y no se empantane en la sola «mejora» del capitalismo, el bloque de las clases trabajadoras tiene que proponerse como objetivo esencial la conquista del poder político,

para impulsar desde él el proceso transformador, tanto de las estructuras socioeconómicas como estatales. Ambos aspectos están estrechamente ligados en el capitalismo desarrollado, puesto que el Estado penetra profundamente la economía y todas las esferas de la sociedad civil, lo que significa que ésta «penetra» también profundamente las estructuras estatales.

En lo que se refiere a las estructuras socioeconómicas, el problema no se resuelve sólo con la gradual apropiación colectiva de los actuales medios de producción —como, por lo general, se limitan a plantear los eurocomunistas—; requiere la transformación de esos mismos medios de producción, y por tanto de la ciencia y la técnica, en consonancia con el nuevo carácter de las relaciones de producción. Ciencia y técnica, división y organización del trabajo, no son *medios neutros* que puedan integrar indistintamente, sin propia mutación, relaciones de producción capitalistas o socialistas. Necesitan ser transformados, revolucionarizados, y aunque semejante transformación exige un largo proceso (en ciertos aspectos puede ser relativamente breve), la experiencia de las revoluciones socialistas frustradas enseña que debe iniciarse desde el comienzo mismo de la transición. En la fase de la lucha por el poder, además del planteamiento teórico del problema, pueden obtenerse ya algunos resultados parciales en dominios limitados: por ejemplo, en la lucha contra el autoritarismo y otras facetas de la organización del trabajo dentro de la empresa, o por una orientación del desarrollo de la ciencia y la técnica que sirva a la producción encaminada a satisfacer el consumo social; en la lucha por preservar el medio ambiente, etc.

En la cuestión crucial de la conquista del poder político y la transformación del Estado, la estrategia de los partidos eurocomunistas se concreta

en la conquista progresiva de posiciones dentro del Estado actual, mediante la acción electoral y la lucha de masas, aunque en la práctica se privilegie a menudo la primera. Una vez que el sufragio eleve al gobierno una coalición de izquierda con un programa de «transición al socialismo», el proceso será llevado a término mediante la democratización de las instituciones y aparatos del Estado. Independientemente de la concepción teórica del Estado del capitalismo monopolista que tienen esos partidos— a la que nos hemos referido anteriormente—, esa estrategia tiene una base real, a mi parecer, siempre que no caiga en la ilusión de concebir un proceso exclusivamente gradual, sin enfrentamientos críticos con las clases dominantes, sin rupturas cualitativas, y siempre que por democratización no se entienda un simple cambio del personal político, sino un cambio de la estructura misma de las instituciones y aparatos estatales, de sus formas de vinculación con la sociedad civil, en la línea de un creciente control del pueblo sobre las instituciones y aparatos estatales.

En esa concepción estratégica, el cambio decisivo en la relación de fuerzas a favor del nuevo bloque sociopolítico deberá resultar de la conjunción de una serie de factores: el desarrollo de las corrientes democráticas y socialistas en el seno de los aparatos ideológicos y coercitivos del Estado, que en los primeros —particularmente en algunos, como la escuela— puede llegar bastante lejos, y en los segundos al punto, por lo menos, de impedir o dificultar su utilización contra la voluntad popular; la conquista de la mayoría en el parlamento y otras instituciones representativas, y por consiguiente dei gobierno; el crecimiento de las fuerzas sociales y políticas democrático-socialistas —en las múltiples formas ya indicadas— *fuera* de los aparatos e instituciones

del Estado. Dada la complejidad del Estado y de la sociedad del capitalismo desarrollado, la diversidad de «centros de poder», puede tomarse como hipótesis más probable que ese cambio decisivo en la relación de fuerzas y sus resultados se materialicen a través de una *sucesión* de enfrentamientos y rupturas, y no de un sólo enfrentamiento resolutorio según el «modelo» de las pasadas revoluciones (aunque ahora no se trate de un enfrentamiento armado), si bien sobre este supuesto «modelo» habría mucho que decir. El análisis atento de esas revoluciones no permite localizar fácilmente el «enfrentamiento decisivo». En la revolución rusa, ¿fue el «golpe de audacia» de Octubre —como en alguna ocasión lo llamó Lenin— o la victoria del ejército rojo en la guerra civil? La diferencia *básica* entre la revolución en Occidente y las revoluciones en los países atrasados reside, en realidad, en que la primera, a diferencia de las segundas, será obra —o no habrá revolución— de una mayoría objetiva y subjetivamente interesada en el socialismo; de un bloque sociopolítico que por el hecho mismo de englobar lo esencial de las fuerzas vivas de la sociedad puede imponer un proceso democrático como el descrito. Pero representarse este proceso —insistimos— como puramente evolutivo, descartar duros enfrentamientos e incluso choques armados, sería hacerse excesivas ilusiones. Las fuerzas socialistas están vitalmente interesadas en evitarlos, en imponer, desde el principio hasta el fin, el juego pacífico de los mecanismos democráticos. Pero no depende sólo de ellas.

Un elemento esencial de aglutinamiento del bloque sociopolítico de las clases dominadas, tanto en el proceso de avance hacia el poder como —sobre todo— a partir de la conquista democrática del gobierno, es el programa. Un programa que contenga soluciones efectivas a los problemas exis-

tentes, combinando las medidas inmediatas con las reformas de más largo alcance, armonizando los intereses diversos —y a veces contradictorios— de las diversas clases, grupos y categorías sociales integrantes del bloque, pero dentro de una dinámica coherente de transformación democrático-socialista. Como todas las experiencias demuestran, el aspecto económico del programa se revela rápidamente su componente decisivo. El extremo entrelazamiento y la íntima interdependencia entre todos los eslabones y mecanismos del sistema económico del capitalismo desarrollado tiene por consecuencia la intolerancia del cuerpo social a todo trastorno profundo que no sea, al mismo tiempo, la puesta en marcha de una nueva lógica de desarrollo capaz de asegurar la continuidad de la producción y distribución a niveles aceptables, y de ofrecer rápidamente perspectivas mejores a la gran mayoría. Más aún teniendo en cuenta que las clases dominantes, sólo parcialmente desalojadas del poder aunque pierdan el gobierno, intentan siempre utilizar a fondo la inevitable perturbación de los mecanismos económicos que implica toda transformación profunda, descargar la responsabilidad sobre las fuerzas populares, aprovechando sobre todo las incoherencias que puedan existir en su política económica. Es su principal recurso para modificar la actitud de unos u otros sectores sociales, desgajarlos del bloque popular y atraerlos de nuevo al bloque reaccionario.

Este tema capital de la «coherencia» de la política económica y de las transformaciones estructurales socioeconómicas a realizar por una izquierda llegada al poder en el capitalismo desarrollado con un programa que «abra la vía al socialismo», está en el centro de los actuales debates franceses sobre el Programa Común (su actualización y modalidades de aplicación) y de los debates en la

izquierda italiana sobre la urgente necesidad de dotarse de un programa de ese tipo, que integre urgentes medidas de «emergencia», exigidas por la gravedad de la crisis italiana, en la lógica de un nuevo desarrollo que rompa progresivamente con la lógica capitalista. El problema no se plantea aún tan agudamente en la situación española, porque la izquierda se encuentra (o piensa encontrarse) más lejos de una posible llegada al poder. Las políticas económicas que propugnan los partidos de la izquierda tradicional se sitúan, en principio, dentro del marco capitalista. Puede plantearse la cuestión de la «coherencia» en el sentido de que, aún situándose en ese marco, no sean compatibles, en ciertos aspectos, con la política que exige una salida capitalista de la crisis. Pero esta conflictividad no proviene de que dichas políticas representen una alternativa anticapitalista global. Permanecen entre Pinto y Valdemoro, como tantos otros datos del actual proceso político español.

En cuanto a la «democratización del Estado», preconizada por el eurocomunismo, como objetivo que parcialmente puede comenzar a realizarse en el proceso de la lucha por el poder, y se lleva a término una vez conquistado éste por las fuerzas democrático-socialistas, la cuestión clave reside —según dijimos más arriba— en que no basta con el relevo del personal dirigente en los diversos aparatos e instituciones, ni con que este personal provenga de un sistema de selección más democrático, porque son las estructuras mismas del Estado las que han sido conformadas en función de las necesidades de dominación del capital monopolista (aunque su adecuación a este condicionante haya sido limitada en mayor o menor grado por la lucha de las clases dominadas). Esas estructuras tienen que ser modificadas de modo que se amplíe la intervención real del pue-

blo en las instituciones representativas, las posibilidades de control sobre su labor, lo que exige, entre otras condiciones, un sistema de información veraz y accesible a las masas populares sobre los problemas a resolver. Por otra parte, aunque la conservación y el desarrollo de las instituciones representativas tradicionales son absolutamente necesarios para garantizar el proceso democrático, no menos necesario es —para conseguir esa mayor intervención del pueblo— el desarrollo de las múltiples formas de democracia de base, de movimientos y organizaciones de masas, que hemos evocado repetidamente. La articulación de la democracia representativa con la democracia de base debe permitir el hallazgo de medios que hagan posible la mayor intervención popular en la dirección y control de los sectores nacionalizados y de otras formas de apropiación social de los medios de producción, servicios básicos y demás resortes decisivos de la economía, lo mismo que de otras instancias de la organización social, cultural, etc. Así puede irse creando progresivamente un sistema autogestionario a todos los niveles, pero regido por un plan general, vinculante aunque elástico, definitorio de las opciones esenciales decididas democráticamente y definidas científicamente. La democratización del Estado incluye, por supuesto, su descentralización, de manera que se promuevan vigorosamente las autonomías locales y regionales o nacionales, allí donde existen nacionalidades históricamente constituidas.

En general, la concepción que los partidos del eurocomunismo tienen aún de la democratización del Estado acusa el peso de la ideología y la tradición del «centralismo democrático», referido no sólo al partido, sino a la organización de la sociedad, en cuya concepción lo «centralista» prima sobre lo «democrático». Tienden así a minusvalorar el papel de la democracia de base y la auto-

gestión, cuando no a ignorarlas o combatirlas. A ello contribuye, asimismo, la elevada idea que siguen haciéndose del papel dirigente del partido, de donde se derivan reservas y desconfianzas hacia las iniciativas y funciones autónomas de las masas en las que no haya —pese a su «forma» autonómica— un «contenido» de partido.

Evidentemente, la dialéctica democracia representativa/democracia de base, partidos/masas, etcétera, al mismo tiempo que potencialidades creadoras encierra peligros. Puede degenerar en una conflictividad destructiva a través de la cual pasen las fuerzas contrarrevolucionarias. El «desbordamiento» o la constitución de un «doble poder», que esgrimen a veces grupos de extrema izquierda como panacea para superar el «reformismo» de las organizaciones tradicionales cuando éstas lleguen al poder, difícilmente puede llevar a otra meta que a la derrota. Pero esta conflictividad destructiva será inevitable —se desarrollará espontáneamente aunque ningún grupo extremista se lo proponga conscientemente— si los estados mayores de la izquierda llegada al poder, ocupando las posiciones dirigentes en las instancias de la democracia representativa, no son capaces de abrir una dialéctica positiva con las organizaciones y movimientos de masas, con la democracia de base. Lo cual no es sólo, ni principalmente, un problema de formas orgánicas de vinculación, sino, ante todo, un problema de política y de métodos políticos; de que haya una apreciación muy realista, en efecto, de la relación de fuerzas en cada momento, pero no para resignarse a ella, sino para modificarla favorablemente; de que el realismo vaya unido a la decisión, la prudencia a la audacia, huyendo de las soluciones aparentes, tacticistas, de los golpes de efecto oportunistas, de fomentar ilusiones infundadas en las masas; de que las instancias dirigentes busquen, en todo

momento, la colaboración y la ayuda de la base —en toda la riqueza de sus manifestaciones— no sólo como «apoyo», sino como interlocutor indispensable en la búsqueda de soluciones a los problemas planteados. Pero la responsabilidad recae también sobre la base, en particular sobre sus elementos más activos y conscientes, sobre sus dirigentes (también éstos existen a nivel de base; no hay célula social que no los tenga, aunque crea no tenerlos, que no los genere de modo natural o voluntario). En cada momento tienen que medir bien los peligros de la situación; no perder nunca de vista la amenaza contrarrevolucionaria; ser conscientes de que si los situados arriba tienen tendencia a escudarse en los peligros y en la complejidad de los problemas, ambos factores existen realmente, son datos objetivos insoslayables.

A lo largo de toda la exposición precedente hemos aludido a determinados puntos de las posiciones de principio de los partidos eurocomunistas, relativas a su concepción del socialismo o de sí mismos, o a ciertos aspectos de su constitución y funcionamiento internos, que a nuestro juicio se contradicen con el contenido y las exigencias —que por otro lado esos mismos partidos afirman— de la vía democrática al socialismo. Conviene resumir sintéticamente estos puntos.

1. El modelo de socialismo que en líneas generales definen los documentos oficiales de estos partidos para las sociedades en que actúan es, efectivamente, el de un socialismo democrático, y corresponde a sus declaraciones de principio sobre que «el socialismo es un estadio superior de la democracia y la libertad; la democracia llevada hasta sus últimas consecuencias». Pero esta declaración de principio se contradice flagrantemente con el reconocimiento de un carácter so-

cialista a los regímenes del Este. Lo cual no puede por menos de suscitar dudas sobre la solidez y el alcance de la misma declaración de principio.

2. No tiene fundamento, y constituye un obstáculo a la vía democrática al socialismo, la siguiente pretensión de los partidos comunistas: partiendo de que están en posesión del «método científico marxista», afirman que ello los coloca —citamos el Manifiesto-Programa del PCE— «en mejores condiciones que las de no importa qué otro partido obrero para dirigir al proletariado y a sus aliados en el combate por la conquista del poder político y la realización del socialismo», postulado que va acompañado —y es lógico, puesto que se está en posesión del «método científico»— de la constante proclamación de la «justeza de su línea política»; del que deriva también —no menos lógicamente— la tesis de que el partido comunista es «*el* partido de la clase obrera», y, por tanto —dado el papel hegemónico de la clase obrera en el nuevo bloque social y en la edificación del socialismo—, la función dirigente del partido comunista en el socialismo. Este postulado es erróneo en sí mismo, porque ningún partido, grupo o persona, puede estar en posesión exclusiva del «método científico marxista», y, por tanto, pueden existir otros partidos obreros que lo «posean» también. En realidad no ha habido muchos, hasta ahora, que hayan demostrado gran competencia en la materia, y desde luego los actuales partidos comunistas tienen pocos motivos para enorgullecerse al respecto. ¿Qué «método científico» es ése que durante varios decenios no evitó a los partidos comunistas tomar por modelo de socialismo al sistema estaliniano, que durante varios decenios les hizo tener la concepción errónea de la relación entre democracia y socialismo que ahora corrigen, que les ha llevado —también durante decenios— a considerar al capitalismo lle-

gado al límite de sus posibilidades históricas? Y no hablemos de los innumerables errores de análisis, de previsión, de política, en otras cuestiones (por ejemplo, en el caso del PCE, la predicción, casi anual, de la inminente caída del franquismo, su previsión de que se derrumbaría verticalmente, etc.), con lo que podría componerse una inmensa y edificante antología. Cierto, otros partidos no van a la zaga en cuestión de errores, pero al menos no exhiben títulos de cientificidad. Por otra parte, la estructura y el funcionamiento mismos de los partidos comunistas no son muy compatibles con el método científico marxista, que por naturaleza —como cualquier método científico— exige el libre debate, el abierto reconocimiento de los errores y el no reconocimiento de autoridades intocables, la plena libertad de crítica. No es casual que durante muchos años el pensamiento marxista se haya desarrollado, fundamentalmente, fuera de los partidos comunistas y éstos hayan hecho gala no de «ciencia marxista», sino de crasa indigencia teórica. Tampoco es válido, para justificar que se es *el* partido de la clase obrera (el único), argumentar —como hace sistemáticamente el PCF— que en sus filas se encuentra la mayor parte de los obreros organizados políticamente, porque entonces la socialdemocracia alemana sería también *el* partido de la clase obrera, y lo mismo el laborismo inglés u otras socialdemocracias.

Además de errónea, esta concepción es un obstáculo para la vía democrática al socialismo, porque relega a un papel subordinado a las otras fuerzas de la clase obrera (partidos, sindicatos, organizaciones de masas, etc.), situación que éstas no pueden aceptar, siendo, por tanto, un elemento de división y enfrentamiento. Es un obstáculo para el desarrollo de la capacidad de autodirección de la clase obrera, condición funda-

mental de su transformación en clase hegemónica. Y podríamos alargarnos en la enumeración de las consecuencias negativas.

3. Otro elemento esencialmente contradictorio con la vía democrática al socialismo es la carencia, o insuficiencia, de democracia interna, ya apuntada en el punto precedente. Pese a ciertos progresos en comparación con la época estaliniana, el centralismo democrático sigue siendo, sobre todo, centralismo. La facilidad con que los partidos comunistas llegan a la unanimidad, o cuasi unanimidad, sobre los problemas más arduos; con que aprueban los virajes más bruscos; con que reconocen que las previsiones o la línea han sido justas aunque los acontecimientos acaben de demostrar fehacientemente que no era así; la permanencia casi vitalicia de los dirigentes, siempre que secunden las posiciones y la autoridad del dirigente máximo; la formación y reproducción prácticamente por cooptación de los equipos dirigentes, dado que la «elección» en los congresos es previamente preparada por mecanismos internos que condicionan decisivamente la organización y funcionamiento de estos congresos, tanto para la elección de los dirigentes como para la aprobación de la política preconizada por la dirección; la no discusión pública de los problemas en la prensa del partido y en otros medios de comunicación, de modo que el conjunto de los miembros y las masas puedan participar; la dificultad para las organizaciones de base de hacer oír su voz, etc., son otros tantos efectos o facetas de la falta de una verdadera democracia interna, que se resume en la famosa prohibición de tendencias.

Estos puntos plantean graves interrogantes. Si el partido comunista llega a ser, de acuerdo con sus propios presupuestos, la principal fuerza diri-

gente del socialismo, pero él mismo no funciona democráticamente, ¿cómo podría ser democrático ese socialismo? Si al mismo tiempo el partido comunista admite que puede haber socialismos no democráticos (los del Este), ¿no sería, en definitiva, otro «socialismo» de ese tipo lo que resultaría de la hegemonía del partido comunista si éste siguiera siendo lo que es hoy? A este género de interrogantes los partidos comunistas replican: una cosa es el partido y otra la sociedad; si el partido acepta el pluralismo, respeta el dictamen del sufragio universal, defiende todas las libertades, propugna la separación del partido y el Estado, ¿qué justificación tienen esos temores? La justificación de que una cosa son —o pueden ser— las proclamaciones formales, su traducción jurídica, y otra la realidad. Formal y jurídicamente, en los regímenes del Este hay pluralismo, libertades, democracia, separación del partido y el Estado: hay democracia soviética o democracia popular. Pero esta fachada jurídica está totalmente falseada por el hecho de que el partido es el verdadero mecanismo de poder y este mecanismo es antidemocrático hasta la médula. Imaginemos, por un momento, que los partidos comunistas detentadores absolutos del poder en esos países se pusieran a funcionar democráticamente. Inmediatamente se abriría un proceso de democratización (como sucedió en Checoslovaquia). Es difícil negar la estrecha relación entre el carácter de un partido que desempeña el papel preeminente en la sociedad y el carácter de esta sociedad. Si los partidos comunistas conservan su actual «centralismo democrático» pueden ocurrir dos cosas: que no ocupen más que un lugar secundario y subordinado en el socialismo democrático, porque las mismas masas trabajadoras, a medida que elevan su conciencia y su papel, rechacen ese tipo de partido; o que, en virtud de una serie de cir-

cunstancias, entre otras la inmadurez misma de las masas, lleguen a ejercer la función dirigente, en cuyo caso el peligro de una evolución autoritaria del Estado se haría patente. La tercera alternativa —la deseable desde el punto de vista de los intereses generales de la clase obrera y del socialismo— sería que los partidos eurocomunistas, avanzando en su evolución actual, se transformen realmente en partidos democráticos. Algunos signos positivos hay en esta dirección, más en unos partidos que en otros, pero los pasos decisivos están por recorrer. El PCE, por ejemplo, ha anunciado en su Manifiesto-Programa que «la conquista de las libertades señalará el momento de abrir una profunda discusión en nuestras filas sobre el funcionamiento y las características del partido proletario de nuevo tipo en las condiciones de la legalidad democrática. Un congreso organizado sobre la base de la más amplia discusión previa y de la elección democrática de los delegados tendrá que decidir sobre los métodos y formas organizativas que corresponden al partido de masas que ya estamos forjando, partido llamado a ser la garantía del avance de la revolución española, del socialismo en la democracia». La práctica dirá si los hechos corresponden a estos propósitos o si los mecanismos actuales convierten en ficción esa «amplia discusión», la «elección democrática», etc. (Dos observaciones, de paso, que abundan en lo dicho anteriormente: ¿por qué el PCE está «llamado a ser la *garantía* del avance de la revolución española»?; ¿puede haber socialismo fuera de la democracia?)

La vía democrática al socialismo —si no ha de conducir, independientemente de la buena voluntad de sus actores, a una nueva modalidad de «socialismo» sin democracia, o a una nueva versión socialdemócrata de modernización capitalista— necesita de un nuevo tipo de partidos marxistas

(no de un solo partido), llámense comunistas o socialistas, que sean auténticamente democráticos, que estén estrechamente vinculados con los trabajadores y en general con la realidad social (lo uno no puede existir sin lo otro); partidos inspirados en un marxismo abierto a todas las aportaciones valiosas de las ciencias sociales, a todas las corrientes avanzadas del pensamiento moderno, y capaces, por lo mismo, de hacer progresar la teoría de la revolución en Occidente; partidos que superen la vieja concepción leninista de la «dirección» de las masas por el partido, de fondo cientifista y autoritario, cuya fácil degeneración en manipulación de las masas ha sido puesta de relieve por la práctica histórica; partidos que en lugar de fomentar el culto de los dirigentes, fomenten el espíritu crítico e independiente de las masas, su capacidad de intervención y control, tanto en los propios partidos como en los sindicatos, otras organizaciones de masas e instancias diversas de la democracia representativa y de base.

La vía democrática es la única posible, aunque nada fácil, para progresar hacia el socialismo en Europa latina, como en todo el capitalismo desarrollado. Los partidos comunistas de Francia, Italia y España, pueden contribuir considerablemente a que esa posibilidad se confirme, pero depende no sólo de su política, sino de su evolución interna: de que la democracia también se abra paso en ellos y no sólo en la sociedad.

ENTRE LAS DOS SUPERPOTENCIAS

Hace ciento veintisiete años, en una de sus intuiciones geniales, Marx auguró a Europa la pérdida de su independencia y de su primacía mundial, a manos de la joven potencia ascendente de la época —los Estados Unidos de América— si no

hacía a tiempo su «segunda gran revolución social», es decir, la revolución socialista. La otra amenaza, más inmediata y de otro tipo, que entonces se cernía sobre Europa, era la del coloso zarista, con pies de barro pero suficientemente armado para servir de gendarme contra cualquier movimiento revolucionario europeo. Y, en efecto, los ejércitos del zar asestaron el golpe de gracia a la revolución de 1848, la «primavera de los pueblos».

Aquella situación ha resultado premonitoria. Europa, frustrados todos sus intentos revolucionarios, dividida en zonas de influencia desde Yalta, ha perdido prácticamente su independencia. Las multinacionales, los blindados y los misiles norteamericanos se instalaron en su franja occidental sin propósito de retorno. La Casa Blanca dictamina qué partidos pueden o no pueden estar representados en los gobiernos europeos, bajo qué condiciones y en qué límites. Por otra parte, el frágil imperio zarista ha sido reemplazado por la férrea superpotencia euroasiática, vaciada del contenido revolucionario del gran Octubre, que sateliza la otra mitad de Europa, hasta las fronteras rusas.

A consecuencia de esa evolución histórica, la posibilidad que comienza a despuntar en el horizonte de un verdadero socialismo, fruto de la larga marcha del movimiento obrero europeo y del pensamiento avanzado de Occidente, se encuentra bajo una doble amenaza. Entre las convergencias, combinadas con las contradicciones y tensiones, que existen hoy entre las políticas de Washington y Moscú, hay ésta, de singular alcance: no tolerar una democracia socialista —*socialista*, no socialdemócrata— en Europa occidental. Cada una de las superpotencias, por las razones, con el estilo y con los medios que le son propios, se disputa la palma del ataque contra la izquierda europea

que propone la alternativa democrático-socialista a la crisis del capitalismo.

La doctrina Kissinger-Sonnenfeldt[64] (expuesta por el ex secretario de Estado americano y por su consejero para los asuntos de Europa oriental en la reunión de los embajadores americanos en Europa de diciembre de 1975, a la que ya hemos aludido en la primera parte de este ensayo) se situaba plenamente en esa perspectiva. Su esencia era proponer a Moscú una especie de «compromiso histórico imperial». Nosotros, señores —declararon en síntesis los representantes de la superpotencia capitalista, dirigiéndose a los de la «socialista»—, reconocemos su ascenso a la categoría de superpotencia mundial. Es un hecho irreversible. Pero lleguemos a un entendimiento de largo alcance. Podemos ayudarles a alcanzar la sociedad de consumo que sus pueblos anhelan. Estamos interesados en la estabilización de su imperio europeo-oriental, porque las aspiraciones a la independencia y la libertad de los pueblos que lo integran pueden provocar situaciones explosivas, susceptibles de arrastrarnos a enfrentamientos catastróficos, que ni ustedes ni nosotros deseamos. Reconocemos que ustedes no tienen nada que ver con la eventualidad de que los comunistas lleguen a los gobiernos europeos. (Kissinger lo dijo sin rodeos: «Los soviéticos no son el factor que determina las situaciones inestables a las que actualmente hacemos frente en Europa occidental. Una Europa occidental comunista sería también para los soviéticos un quebradero de cabeza. Probablemente preferirían que los partidos comunistas no tomen el poder en Europa occidental.») Pero déjennos resolver este asunto. Cuando ustedes liquidaron expeditivamente el intento de democracia socialista en Checoslovaquia,

[64] *Le Monde*, 14 de abril de 1976.

no movimos un dedo. Ahora se trata de Italia o Francia. Pertenecen a nuestra zona de influencia.

¿Esta propuesta de «compromiso histórico» entre las dos superpotencias puede considerarse anulada o modificada sustancialmente con la llegada de Jimmy Carter a la Casa Blanca? La estrategia mundial del nuevo equipo dirigente americano ha sido elaborada por la llamada Comisión Trilateral, de la que han salido los principales cerebros de ese equipo, en particular el veterano kremlinólogo Zbigniew Brzezinski, el mismo Carter y su secretario de Estado, Cyrus Vance. (Equipo creado en 1973 y llamado así porque su idea directriz es lograr una «asociación» más estrecha de los tres centros del capitalismo avanzado —América del Norte, Japón y Europa occidental—, es decir, una integración más profunda del capitalismo desarrollado, bajo la hegemonía americana) [65]. Diversos analistas de esa estrategia han puesto de manifiesto que sus diferencias con la línea kissingeriana son más de forma que de fondo, de táctica que de estrategia [66], lo cual no significa, evidentemente, que carezcan de importancia, en particular para la izquierda europea-occidental y para la oposición socialista en los países del Este. Brzezinski, por ejemplo, considera que la influencia soviética puede ser disminuida dentro del bloque oriental, fortaleciendo así la posición americana en la negociación con Moscú. Este es, sin duda, uno de los objetivos visibles de la campaña por la «defensa de los derechos humanos»

[65] El grupo lo integran economistas, banqueros, industriales, políticos, intelectuales de los tres centros, teniendo su sede en Estados Unidos y predominando con mucho los norteamericanos (74 de unos 200). Figuran, entre otros, el actual jefe del gobierno francés, Raymond Barre; el gran patrón de la Fiat, Giovanni Agnelli; el presidente del gran consorcio japonés Mitsubishi, Chujiro Fujino.

[66] Véase «Une stratégie "trilatéral"», de Diana Johnstone, en *Le Monde Diplomatique*, noviembre de 1976.

dentro del bloque soviético, lanzada por Carter. Sería cerrar los ojos a todo lo que representa el imperialismo americano ver en tal campaña algo más que una maniobra táctica, determinada por ésa y otras razones de política exterior e interior (como redorar los blasones de la «democracia americana» después de la profunda erosión moral que ha sufrido por la serie de barbaries y de escándalos que van del Vietnam al Watergate).

Contrastando con las directas amenazas de Kissinger, del general Haig y de otros representantes de la administración Ford, ante la eventualidad de que la izquierda llegara al poder en algunos países europeos, ciertas declaraciones de los «trilaterales», en particular del propio Carter, podían dejar la impresión —y así han sido interpretadas, incluso por dirigentes comunistas— de un cambio de fondo. Pero la declaración oficial del Departamento de Estado, hecha el 6 de abril de 1977, pone las cosas en su punto. Primero, la cáscara liberal: «Estamos convencidos de que la posición de un partido comunista en un país dado es cuestión que concierne a la decisión del pueblo y del gobierno interesado. No pensamos mezclarnos en el proceso por el que adoptarán decisiones sobre ese punto.» Y a continuación el grano imperialista: «Sin embargo, esto no quiere decir que nuestra actitud sea indiferente. Concedemos gran importancia a nuestra capacidad de trabajar con los países de Europa occidental en cuestiones de interés vital. Nuestra capacidad de hacerlo podría ser obstaculizada si esos gobiernos llegaran a ser dominados por partidos políticos cuyos hábitos particulares, ideas y prácticas, son extraños a nuestros principios democráticos fundamentales y a los intereses comunes sobre los que están basadas nuestras relaciones con Europa occidental» [67].

[67] *Le Monde*, 8 de abril de 1977.

El portavoz del Departamento de Estado se negó a hacer precisiones sobre el sentido que tenía en la declaración el concepto de gobiernos «dominados» (por partidos comunistas, evidentemente), en lugar del de gobiernos con «participación» (de dichos partidos), empleado por Kissinger y Ford. ¿Hasta dónde llega la «participación» tolerable y comienza la «dominación» intolerable? Puede conjeturarse que la Casa Blanca no toleraría gobiernos con mayoría comunista, aunque respondiesen al sufragio universal, o en los que los comunistas ocupasen determinados puestos ministeriales (defensa, interior, asuntos exteriores, por ejemplo). Pero tal vez la interpretación más general y al mismo tiempo la más concreta sería la inadmisibilidad para Washington de gobiernos (cualquiera que sea en ellos la dosificación de comunistas) que se propongan realmente la transformación socialista. Y para combatirlos, los medios no faltan, sin necesidad de recurrir a la intervención armada, como explicaba George Ball, uno de los más eminentes «trilaterales», en mayo de 1976, al *Washington Post:* en lugar de proferir amenazas, como Kissinger, basta con «advertir al pueblo italiano que la entrada de los comunistas en el gobierno pondría en peligro su bienestar económico. Para producir efecto, esta advertencia debería proceder de los vecinos europeos de Italia más bien que de los Estados Unidos, aunque éstos deberían participar en una estrategia coordinada (...), contentándose, por una vez, con el papel de figurante silencioso. La CEE tiene, evidentemente, capacidad para reducir seriamente el nivel de la actividad económica de Italia mediante toda una gama de expedientes: imposición de restricciones sobre las importaciones agrícolas, detención de las ayudas regionales. Como última sanción, los otros miembros podrían expulsar a Italia de

la Comunidad»[68]. «Estrategia coordinada» que comenzó a ser aplicada poco después por el mismo Kissinger y por Ford en la conferencia de Puerto Rico, como revelaron las declaraciones del canciller alemán, Helmut Schmidt, que dieron lugar a la indignación de la izquierda francesa e italiana. «Hay mucha impudencia —declaró Mitterrand— en creer que los pueblos de Europa occidental aceptarán mucho tiempo ser embridados por una nueva Santa Alianza»[69]. Pero poco antes de ser elegido, Jimmy Carter apoyó sin reticencias la «estrategia de Puerto Rico». Criticando también a Kissinger y Ford por sus amenazas excesivamente claras, Carter declaró: «La actitud conveniente ha sido la de Helmut Schmidt, al decir que la ayuda alemana a Italia sería puesta en cuestión (por la entrada de los comunistas en el gobierno). Yo estimo que si los países democráticos se expresan francamente, enérgicamente y abiertamente, no hacen más que ejercer de manera legítima su influencia»[70]. La declaración del Departamento de Estado del 6 de abril de 1977, ¿no es la ratificación de esa línea? Del imperialismo americano no puede esperarse otra política si gobiernos de izquierda, con voluntad real de llevar a cabo una transformación democrático-socialista, se instalan en Roma, París u otras capitales europeas. El espacio europeo occidental es una pieza clave en el dispositivo mundial de este imperialismo, no sólo desde el punto de vista estratégico-militar, sino económico. Es una de las principales bases de las multinacionales. Y existe también el aspecto, ya aludido en la primera parte, que suele

[68] D. Johnstone, art. cit.

[69] *Le Monde*, 20 de julio de 1976. Schmidt reveló el 16 de julio que en la conferencia de Puerto Rico, los occidentales habían decidido suspender la ayuda económica a Italia si el PCI participaba en el gobierno.

[70] D. Johnstone, art. cit.

pasar desapercibido: la iniciación de la transición al socialismo en Europa occidental podría convertirse para los Estados Unidos en un problema interior, a consecuencia del efecto que esta experiencia podría tener en la clase obrera y las fuerzas progresistas americanas.

En lo que concierne a la otra superpotencia, hay dos razones esenciales que explican la prevención, si no hostilidad, con que Moscú contempla la posibilidad de que se abra un proceso de transición socialista en Europa occidental. La primera, a la que también hemos aludido, de orden interno al Estado soviético y al conjunto de su bloque. Un socialismo con independencia nacional, libertades democráticas, pluralidad de partidos, sindicatos independientes, etc., sería un ejemplo altamente subversivo para los trabajadores del imperio soviético y sus naciones oprimidas, que les incitaría a la lucha por sus propias libertades, por un verdadero socialismo. No olvidemos que el principal objetivo de la invasión de Checoslovaquia en 1968 fue impedir que allí prosperara una alternativa de ese género. En segundo lugar, la apertura del proceso socialista en Europa occidental demolería el *statu quo* actual y perturbaría gravemente la búsqueda del «compromiso histórico imperial» entre las dos superpotencias, dificultando una colaboración económica y técnica de la que la economía del bloque soviético está cada día más necesitada. Pero así como las razones y el carácter de la política del imperialismo americano son bastante claras para las fuerzas de izquierda, no sucede lo mismo con la posición del Kremlin, debido a los equívocos que subsisten sobre la naturaleza de los regímenes del Este y al discurso esotérico en que esa posición se expresa. Cuando los Suslov y Ponomarev vapulean a los partidos comunistas occidentales porque abandonan el «internacionalismo proletario» y la «dictadura del proletariado»,

porque «traicionan la revolución socialista, cayendo en el oportunismo y la conciliación con la burguesía», no están haciendo un discurso revolucionario: están exigiendo a estos partidos volver al redil, someterse de nuevo a la dirección de Moscú, reconocer la dictadura neoestaliniana de Brezhnev como modelo de socialismo, etc. Aceptar ese *diktat* significaría para los partidos concernidos romper los vínculos con sus pueblos respectivos, dejar caer la bandera de la democracia, imposibilitar la alianza con otras fuerzas socialistas, cerrar —en definitiva— la vía al socialismo en Europa occidental.

Los funcionarios del Kremlin no se hacen muchas ilusiones sobre la posibilidad de modificar la actual evolución de los partidos comunistas occidentales, pero piensan que pueden romperlos, si no de inmediato, a plazo más o menos largo, y levantar frente a ellos otros partidos comunistas de viejo corte, como ya sucede en una serie de países. En su discurso «revolucionario» contra el eurocomunismo explotan las debilidades reales o imaginarias de esos partidos, sus pecados oportunistas; los atacan «por la izquierda», a fin de capitalizar la influencia que en ellos queda de la «frase revolucionaria», de los viejos tópicos, de la mitología sovietista. Esta artillería ideológica prepara el terreno para la insolidaridad moral y política con los eurocomunistas y sus aliados si llega la difícil prueba del poder; se sitúa en la hipótesis del fracaso de esta experiencia, preparando las condiciones para explotarlo a fondo y dar la batalla decisiva a la herejía eurocomunista, provocando la escisión de los partidos. Donde es posible, la escisión se realiza ya. El último caso, después de los de Grecia, Austria, España y algún otro, es el de Suecia. Actualmente se extiende en el PCF la discusión sobre la URSS, manifestándose una corriente prosoviética que puede encontrar

su Juana de Arco en Jeannette Thorez-Vermeersch, la viuda de Maurice Thorez, ex miembro del Comité Central y del Buró Político, de los que dimitió en 1968 por estar en desacuerdo con la actitud adoptada por la dirección del PCF contra la invasión de Checoslovaquia. Después de un largo silencio ha salido a la palestra atacando duramente en las páginas de *Le Monde* las posiciones de Elleinstein, y a través de ellas las del propio partido, en relación con la Unión Soviética. En el seno del partido se comenta la coincidencia de esta reaparición ofensiva de la viuda de Thorez con la intensificación de las críticas abiertas o encubiertas al PCF procedentes del Este. Sólo unos días antes del artículo de J. T.-V., uno de los principales dirigentes del partido checoslovaco calificaba prácticamente de traición la política del PCF (y de otros partidos eurocomunistas). Según la opinión de algunos miembros activos del partido, no se puede descartar la eventualidad de una escisión protagonizada por la corriente incondicional de la URSS.

Cogidas entre dos fuegos, las fuerzas políticas y sociales que en Europa occidental luchan por el socialismo tienen que incluir en su estrategia el problema de cómo protegerse, tanto de la superpotencia atlántica como de la superpotencia euroasiática. La cuestión del socialismo en Europa occidental incluye, por esta razón, el problema de la independencia nacional de cada país, de su defensa, y de la defensa de la independencia del espacio europeo-occidental en su conjunto, en primer lugar frente a la superpotencia que actualmente hipoteca esa independencia, y en segundo lugar frente a los peligros que puedan provenir de la otra superpotencia. En este segundo aspecto, la causa de la independencia europeo-occidental se funde estrechamente con la de la independencia de los países del bloque soviético, sin olvidar

la aspiración a una auténtica autodeterminación de las nacionalidades del Estado ruso. Por tanto, aunque no sea en los mismos términos que en el Tercer Mundo, la cuestión de la independencia nacional frente a los imperialismos es de plena actualidad en el continente europeo, en vinculación indisoluble con la cuestión del socialismo.

Situados en este contexto internacional tan complejo, difícil y peligroso, los partidos eurocomunistas carecen de una política internacional conjunta —y todo parece indicar que rehuyen tenerla—, limitándose a dar pasos empíricos dentro de posiciones fundamentalmente defensivas. Uno tras otro, siguiendo la pauta del PCI, aceptan cada vez más netamente el marco atlántico, que en la práctica les sirve de escudo protector frente a las embestidas que reciben de la otra superpotencia, que pueden intensificarse en la hipótesis de la llegada al gobierno. Pero esta posición conduce a un callejón sin salida si no va acompañada de una política que, teniendo en cuenta con realismo la relación de fuerzas en cada momento (en función, sobre todo, del grado de conciencia y movilización de las fuerzas populares internas, de la solidaridad exterior que pueden obtener, de la utilización de las contradicciones entre las superpotencias, del apoyo de los estados antiimperialistas del Tercer Mundo, etc.) esté orientada a reducir progresivamente la dominación americana en Europa.

Entre este problema y el que plantea la otra superpotencia hay estrecha relación. También aquí la política de los eurocomunistas es básicamente defensiva. Aun reconociendo que la prudencia es de rigor en este frente como en el otro, no se comprende bien —como no sea por las razones ideológicas a que hemos aludido en otro lugar, por el «cordón umbilical ideológico» que aún les ata a los regímenes del Este— por qué los

partidos eurocomunistas no despliegan una política más activa de solidaridad con las fuerzas renovadoras, democráticas y socialistas, que están incrementándose en los países del bloque soviético, las cuales reclaman todos los días el apoyo de los eurocomunistas y socialistas europeos sin encontrar hasta ahora más que una respuesta temerosa, totalmente insuficiente. Está claro, sin embargo, que sin un *comienzo* —como mínimo— de democratización e independización de esos países, la causa de la revolución socialista en Occidente quedará bloqueada y amenazada, lo mismo que la revolución socialista en Rusia quedó aislada y sufrió la involución conocida a causa de la frustración de la revolución en Occidente.

Una tercera dirección de la política internacional de los eurocomunistas la determina el proceso de unidad europea. La necesidad de intervenir activamente en este proceso, representando los intereses de los trabajadores y de los pueblos, se impone a los eurocomunistas y a todas las fuerzas realmente socialistas de Europa, por razones esenciales. La más general y de principio es que el socialismo no puede edificarse plenamente en el marco de un solo país, y menos aún de un pequeño país como son los de Europa occidental. Las fuerzas productivas actuales tienen carácter internacional, se articulan por encima de las fronteras nacionales, convertidas en otros tantos obstáculos para su desarrollo y planificación. La reconquista de la independencia de los países europeos frente a las superpotencias tiene que ir acompañada, tanto para ser garantizada como para no ser obstáculo al socialismo, por la cooperación voluntaria, cada vez más estrecha, entre todos ellos. Por la construcción de una Europa unida de los trabajadores, que se vaya extendiendo hacia el Este a medida que también allí la independencia y la democracia vayan abriéndose paso. Esta

perspectiva requiere, sin duda, la participación de las fuerzas socialistas en las actuales instituciones europeas, pero sobre la base de una política unitaria de lucha contra las multinacionales, contra el capital monopolista, contra las fuerzas reaccionarias; política que, para obtener resultados, no puede limitarse a la actividad en el cuadro de las instituciones, sino desplegarse, principalmente, a nivel de las luchas conjuntas de los diversos destacamentos nacionales de las clases populares, lo cual exige la estrecha coordinación entre sus organizaciones políticas y sindicales. Hasta ahora no hay más que gérmenes de este tipo. Las divergencias entre el PCF, de un lado, el PCI y el PCE, de otro, en relación con la política europea, parecen reducirse en el último período con la nueva posición adoptada por el PCF sobre las elecciones al Parlamento europeo. Pero queda enteramente por elaborar una política conjunta, no sólo entre estos partidos, sino con los partidos socialistas o tendencias dentro de la socialdemocracia que se proponen realmente la lucha por una Europa socialista.

Por último, está el problema del Tercer Mundo. Condición absolutamente necesaria de la posibilidad del proceso socialista europeo es la alianza de sus protagonistas con los pueblos y estados en vías de desarrollo que se enfrentan con el imperialismo y necesitan la solidaridad de los trabajadores europeos, como éstos necesitan la suya. En este campo, también, no hay más que algunas iniciativas —como el «compromiso geográfico» propuesto por el CERES, o relaciones de tipo bilateral—, y la coyuntura mundial apremia para llegar a una elaboración conjunta de los partidos eurocomunistas y socialistas europeos, junto con las fuerzas antiimperialistas «tercermundistas».

* * *

El eurocomunismo vacila aún en reconocerse como tal, duda de sí, se niega a la par que se afirma. Tanto en relación con los problemas internacionales como en relación con los problemas del proceso político interno de cada país, los tres principales partidos eurocomunistas rehuyen hasta ahora discusiones a fondo y posiciones conjuntas. Una de las razones —como puso de manifiesto la cumbre de Madrid— es el temor a agudizar el enfrentamiento con Moscú. Tal vez no sólo por motivaciones tácticas, sino edípicas. Pero, posiblemente, la resistencia a la acción conjunta se deba también a inseguridad de cada uno de ellos sobre su propia política. Los tres oscilan entre la tentación socialdemócrata —reducción de la vía democrática al socialismo a simple reformismo socialdemócrata— y la voluntad de crear las condiciones de una alternativa socialista a la crisis del capitalismo. Los tres anuncian la democratización interna, pero no se deciden a archivar el centralismo antidemocrático. Los tres dicen haber superado su pasado estaliniano, pero siguen retrocediendo ante el esclarecimiento total de la verdad histórica.

El eurocomunismo contiene la posibilidad y la esperanza de una superación —en el capitalismo maduro— de la crisis general del movimiento comunista. Pero también puede ser su canto de cisne. Incertidumbre que no debe preocupar sólo a los comunistas, sino a todas las fuerzas que se sitúan en la perspectiva socialista, porque sin los comunistas es tan problemático concebir la transición socialista en Occidente como sin los socialistas. Si la práctica del eurocomunismo desmiente sus promesas y si el socialismo no supera el reformismo socialdemócrata, el capitalismo podrá restablecerse una vez más, y por toda una etapa de imprevisible duración se cerrará de nuevo el camino al socialismo en Europa. Camino angosto,

difícil, rodeado de peligros: sería iluso negarlo. Pero camino posible, que debe intentarse. Porque la única alternativa al socialismo sigue siendo la barbarie.

4. MAS PASOS HACIA EL «CISMA OCCIDENTAL»

La ofensiva desencadenada por Moscú contra el eurocomunismo en el número de junio de 1977 de su revista *Tiempos Nuevos* se sitúa de lleno en la lógica del proceso analizado en este ensayo, terminado dos meses antes de aparecer la requisitoria soviética. A algunos lectores les pareció exagerada la tesis que formulamos desde las primeras páginas: «Con el eurocomunismo se perfila el "cisma de Occidente" del movimiento comunista internacional...» El libro de Santiago Carrillo *Eurocomunismo y Estado* y la virulenta réplica de los dirigentes soviéticos han aportado un nuevo y elocuente dato de que las cosas van, muy probablemente, en esa dirección.

Ya en el curso de 1976, como decimos en el segundo capítulo, se había llegado a un «punto crítico» en el visible empeoramiento de las relaciones ideológicas y políticas entre el PCUS y los tres principales partidos eurocomunistas. Desde la primera confrontación pública y global entre el bloque soviético y el eurocomunismo en la conferencia de Berlín de los partidos comunistas europeos (junio de 1976) el conflicto no cesó de agravarse. Pese a la extrema prudencia de franceses e italianos, la «cumbre eurocomunista» de Madrid (marzo de 1977) aumentó la alarma de los jefes del bloque soviético, reunidos por las mismas fechas en Sofía. Parece muy verosímil que haya sido en esta última reunión donde se fraguó la actual ofensiva. El libro de Carrillo, aparecido poco después, hizo de detonador.

Hay dos razones importantes para que fuese

así. La primera, el contenido mismo del libro. El autor va más allá de sus formulaciones anteriores sobre el punto más delicado del contencioso entre Moscú y el eurocomunismo (al que me refiero en el apartado final del segundo capítulo): la cuestión de la naturaleza del sistema soviético. Carrillo no se limita ya a salir del paso con el calificativo de «socialismo primitivo». Aun con ambigüedades y vacilaciones llega a planteamientos que ponen en cuestión el pretendido carácter socialista del régimen. Una vez cortado este «cordón umbilical ideológico» que todavía le unía y subordinaba a Moscú, Carrillo puede ahondar en el contradictorio contenido de la política exterior soviética, llegando a juicios no menos inadmisibles para los dirigentes soviéticos que los que emite sobre la naturaleza del sistema. Moscú no podía, evidentemente, callarse.

La segunda razón consiste en que el secretario general del PCE es un blanco más vulnerable que sus colegas del PCI y PCF. Su base política, su papel en el contexto nacional son mucho más débiles por ahora que los de un Marchais o un Berlinguer. Por eso apareció como el blanco idóneo sobre el cual se podía, al mismo tiempo que se necesitaba, concentrar el ataque. Pero el ataque va dirigido, en realidad, contra el eurocomunismo en su conjunto, aunque el artículo de *Tiempos Nuevos* intente sugerir lo contrario, introduciendo una distinción dentro del eurocomunismo entre «buenos» y «malos». Moscú sabe bien que las actuales posiciones de Carrillo no pueden tomarse por una desviación patológica de la línea general de los otros eurocomunistas; representan, por el contrario, su conclusión lógica. Como ya hemos subrayado, el principio rector del eurocomunismo —no hay socialismo sin democracia— lleva en sí mismo la negación de que puedan ser socialis-

tas los regímenes del Este, dado el hecho comprobado de que allí la democracia, de cualquier tipo que sea, brilla por su ausencia. Los malabarismos «dialécticos» —en que tan duchos son los comunistas italianos— difícilmente podrán impedir que ese significado sea puesto también en evidencia, antes o después, por otros partidos eurocomunistas, siguiendo las huellas del español. A los que «reclaman del PCI que denuncie el carácter no socialista de la URSS», *Rinascita*[71] les responde: «una vez más, no»; «el problema sigue siendo político: el problema de la realidad de los países socialistas en el mundo, de lo que son y representan en los equilibrios concretos del mundo en los años que corren». En otros términos: el problema no puede tratarse como cuestión teórica o ideológica, sino política; independientemente de cuál sea la naturaleza real de los países del Este, la realidad es que se consideran «países socialistas», y tienen un peso específico —enorme— en la relación mundial de fuerzas; ¡no provoquemos al tigre diciéndole que no es lo que dice ser, porque es de todo menos de papel!

No creemos equivocarnos con la presunción de que Berlinguer y Marchais piensan más o menos lo mismo que Carrillo sobre la verdadera naturaleza de los países del Este. Pero los parámetros políticos que condicionan su posición táctica sobre este problema son diferentes. La cuestión de en qué momento van a decir lo que piensan depende, ante todo, de la evolución de esos parámetros. A Carrillo le urgía afirmar espectacularmente, sin dejar lugar a dudas, su independencia de Moscú y su credibilidad democrática. Uno de los factores, en efecto, que más ha influido en disminuir los resultados electorales del PCE, pese a sus

[71] *Rinascita*, 1 de julio de 1977.

conocidos méritos en la lucha clandestina contra la dictadura, ha sido el hecho de que ante grandes sectores del pueblo —incluidos amplios sectores obreros— la imagen del partido comunista seguía demasiado asociada a las dictaduras del Este, pese a la actitud crítica adoptada por el PCE, desde 1968, sobre algunos aspectos de las mismas. La situación de clandestinidad dificultaba, evidentemente, que esa evolución fuera conocida, pero una posición como la actual hubiera roto todas las barreras y ejercido un efecto muy positivo en la evolución teórica e interna del partido, en el ajuste de su línea política y en el coeficiente de su credibilidad democrática. Santiago Carrillo ha lamentado que el ataque soviético no se produjese unas semanas antes de las elecciones: «nos hubiera dado unos cuantos cientos de miles de votos más»[72]. ¿Y de haberse producido veinte años antes (XX Congreso del PCUS), o siquiera diez (invasión de Checoslovaquia)? Lo mismo que la mayoría de los partidos comunistas (aunque desde el asunto checoslovaco vaya por delante de otros), el PCE sufre las consecuencias del gran retraso histórico con que se enfrenta a la «cuestión soviética». Y en el caso del PCE las consecuencias son más graves que en otros partidos porque durante casi cuarenta años las exigencias objetivas de la lucha contra la dictadura fascista daban una prioridad absoluta al tema de la democracia. El paso ha sido dado, por fin, pero ni siquiera a tiempo para proporcionar al PCE el suplemento de «cientos de miles de votos más» a que alude Carrillo. Y ha podido ser dado porque el secretario general del PCE no está trabado aún, gracias pre-

[72] De la conferencia de prensa del 27 de junio de 1977 en Madrid. Tomado de *Mundo Obrero*, 29 de junio de 1977.

cisamente a la debilidad relativa del partido en el proceso político español, por los factores que condicionan a Marchais y Berlinguer. No tiene nada que perder y un mundo de credibilidad por ganar.

Marchais y Berlinguer cuentan con una base social y política mucho más sólida, lo cual les permite —al mismo tiempo que les plantea— dar prioridad a exigencias diplomáticas derivadas de la situación cada día más gubernamental (PCI) o pregubernamental (PCF) en que se encuentran. La preservación de ciertas relaciones con Moscú comienza a ser para estos partidos cuestión de Estado, entrando en juego múltiples consideraciones (conveniencia de mantener un contrapeso a la otra superpotencia, impedir que los socialistas u otros los reemplacen en la relación privilegiada con el Kremlin, etc.). Y no se trata sólo de oportunismo, aunque oportunismo haya en grandes dosis. La cuestión de cómo hacer compatible una posición clara, marxista, ante los sistemas del Este —lo que implica, entre otras consecuencias, la solidaridad con las fuerzas progresistas que tratan de transformarlos— sin llegar a la ruptura total es un problema de extraordinaria importancia y de no menor dificultad. Difícil, sobre todo, porque el juego soviético está claro: o me reconocéis como socialismo, incluso como «socialismo desarrollado», o rompemos la baraja.

Esas diferencias de situación y, por tanto, de óptica, entre Carrillo, por un lado, Marchais y Berlinguer, por otro, se acusaron ya en la «cumbre eurocomunista» de Madrid, donde el italiano y el francés se opusieron a la declaración que proponía el español, denunciando los atentados a los derechos humanos en los países del Este. Los estrategas del Kremlin saben muy bien el provecho que pueden sacar de esas y otras contradicciones en el eurocomunismo, y la ofensiva desencadena-

da el 23 de junio trata de explotarlas tácticamente. Basta con leer el artículo de *Tiempos Nuevos* y observar el desarrollo ulterior del conflicto.

El artículo, en efecto, hace una clara distinción entre dos «interpretaciones» del eurocomunismo. La primera es «la interpretación de las fuerzas de izquierda, incluidos los partidos comunistas» [73]. En esta interpretación, aun haciendo toda clase de reservas sobre el término mismo, *Tiempos Nuevos* reconoce un aspecto válido: el designar un hecho indudable: que «las tesis estratégicas de varios partidos de Europa occidental y, más generalmente, de los partidos de los países capitalistas con alto nivel de desarrollo económico tienen bases comunes». *Tiempos Nuevos* se apresura a precisar que ahí no hay nada nuevo: ¡ya Lenin indicó la necesidad de tener en cuenta las particularidades de cada país! Pero pese a este aspecto válido la noción de «eurocomunismo» es errónea, puntualiza *Tiempos Nuevos*, por diversas razones, entre las que expone las mismas que adujeron, al principio, los dirigentes comunistas italianos, franceses y españoles: la existencia de países de este tipo que no son europeos, etc. Pero la razón esencial reside en que la noción de «eurocomunismo» no alude sólo a las mencionadas coincidencias estratégicas, sino a «un no se sabe qué comunismo específico», cuando es bien sabido que «comunismo —si se trata del comunismo verdadero, científico— sólo hay uno, es único: aquel cuyos fundamentos fueron puestos por Marx, Engels y Lenin, cuyos principios sigue el movimiento comunista contemporáneo». Pero, en todo caso, sobre esta «interpretación» puede discutirse. Otra cosa es la segunda, «la otra interpretación, muy extendida,

[73] Utilizamos el texto de la edición francesa de esta revista soviética: *Temps Nouveaux*, 26, 1977.

del eurocomunismo: la que desde el primer momento le dan los representantes del mundo burgués». A esta categoría pertenece el eurocomunismo de Santiago Carrillo, cuyos objetivos, dice *Tiempos Nuevos*, son los siguientes: «*Primo*, oponer los partidos comunistas de los países capitalistas europeos a los partidos comunistas de los países socialistas; *secundo*, denigrar el socialismo real, es decir, los países que han creado ya una sociedad nueva, y ante todo la Unión Soviética; *tertio*, rechazar todas las conclusiones que los comunistas de Europa han sacado conjuntamente, los objetivos que se han fijado en la lucha por los intereses de la clase obrera, de todos los trabajadores, por la causa de la paz, de la democracia, del progreso social. [SC] opone un programa totalmente distinto que se reduce al mantenimiento de la división de Europa en bloques militares opuestos y, más aún, al reforzamiento del bloque agresivo de la OTAN.» Y los autores del artículo de *Tiempos Nuevos* apostillan: «Sería superfluo aportar pruebas concretas para demostrar que semejante posición no responde ni a los intereses de la paz ni a los intereses del socialismo.» En efecto, totalmente superfluo, en la misma medida que es totalmente superfluo aportar pruebas concretas para demostrar que semejantes acusaciones no contienen un ápice de verdad. Al cabo de los cincuenta años transcurridos desde la instauración de la dictadura estaliniana, desde los procesos de Moscú hasta el proceso de Carrillo, los hombres del Kremlin han repetido tantas veces este tipo de acusaciones, las han convertido hasta tal punto en una operación estereotipada, ritual y burocrática; las han desmentido tan cínicamente cada vez que lo exigía el nuevo «viraje», que ya nadie las toma en serio en cuanto pretensión de decir la verdad. Pero hay que tomarlas muy en

serio en cuanto acto político, revelador de determinadas intenciones o preocupaciones. Desde este ángulo conviene examinar algunos extremos de la requisitoria de *Tiempos Nuevos* contra Carrillo.

Para justificar el último punto de la acusación recurre a una deformación grosera de los planteamientos de Carrillo —que son los oficiales del PCE y muy semejantes a los del PCI— sobre el proceso de unidad de la Europa occidental. «Nuestro objetivo —declara Carrillo en su libro— es una Europa independiente de la URSS y de los Estados Unidos, una Europa de los pueblos, orientada hacia el socialismo, en la que nuestro país conserve su personalidad propia»[74]. En el texto de *Tiempos Nuevos* esa idea se transforma en la siguiente: «la idea principal del autor es la "unión" de Europa occidental sobre una plataforma antisoviética», asociada a «la idea de la escisión de las fuerzas democráticas y del movimiento comunista del continente (europeo) en dos partes», estando destinada la parte occidental a «seguir una "tercera" vía, o vía "intermedia", muy sospechosa, situada en algún sitio entre el capitalismo y el socialismo». «No hay duda —concluye esta parte del artículo de *Tiempos Nuevos*— que la interpretación del eurocomunismo proporcionada por Santiago Carrillo responde exclusivamente a los intereses del imperialismo, de las fuerzas de la agresión y de la reacción.»

En realidad, aparte del juicio que hemos citado más arriba, Carrillo apenas toca en su libro el tema de la unidad europea y de la política del PCE a este respecto. El ingreso de España en la CEE tardará aún en resolverse, y tampoco parece cercano el acceso del PCE al gobierno, como no sea en

[74] Santiago Carrillo: *«Eurocomunismo» y Estado*, Barcelona, Crítica, 1977, p. 134.

lugar muy subordinado. Su papel en esta cuestión es, por ahora, muy reducido. En cambio, la política «europea» del PCI y del PCF sí que tiene gran interés práctico para Moscú, dadas las responsabilidades gubernamentales que ambos partidos están a punto de ejercer, o en cierta medida ejercen ya (PCI). E incluso sin estar en el gobierno, por su gran peso en la evolución política del respectivo país. Por eso no se explica el gran espacio que *Tiempos Nuevos* dedica a esta cuestión en el ataque a Carrillo. Pero en realidad la cosa va dirigida especialmente contra el PCI, que es el que en este asunto ha ido más lejos. No es casual que mientras en otros puntos de la querella contra Carrillo los dirigentes del PCI han adoptado una actitud ambigua, en el referente a la unidad europea se dieron inmediatamente por aludidos y reafirmaron su política.

A través del ataque contra Carrillo aparece, por tanto, el creciente temor del gobierno soviético a una Europa unida e independiente de las dos superpotencias. Temor que no viene tanto de que esta Europa pudiera ser una potencia militar capaz de medirse con la gigantesca máquina militar instalada al este del Elba cuanto de que esa Europa no es concebible más que si en ella tienen la hegemonía las fuerzas obreras y populares, si es socialista. Lo que preocupa al Kremlin no es que la Europa unida e independiente se limite a Europa occidental, sino justamente lo contrario: que por su carácter democrático-socialista ejerza creciente atracción sobre la Europa oriental, contribuyendo a crear una dinámica irresistible hacia la disolución de los bloques militares y la unificación de las dos Europas sobre bases democrático-socialistas. Lo que teme el Kremlin, en definitiva, no es que esa futura Europa sea americana —la Europa americana es la actual, la de Giscard,

Schmidt y Andreotti—, sino que sea la Europa de los pueblos, independiente de las dos superpotencias. En sus réplicas al ataque soviético, Carrillo ha sugerido (también lo sugiere, menos explícitamente, en su libro) que la posición de Moscú en este punto puede explicarse «porque la existencia de una Europa-OTAN, controlada por los Estados Unidos, da la razón a la existencia de otra Europa al otro lado controlada por la Unión Soviética»[75]. Sin cuyo «control» —agregamos nosotros— el «socialismo real» en el glacis soviético podría desembocar rápidamente en una serie de nuevas «primaveras checoslovacas». Y a Moscú le preocupa, finalmente, que a la tenaz y virulenta contestación maoísta en Oriente se sume la contestación eurocomunista en Occidente; que ambas puedan respaldarse y combinarse entre sí, que la estrategia europeísta del eurocomunismo se dé la mano con la estrategia europeísta del maoísmo. No sin malicia los órganos de prensa del PCI han comentado que parece iniciarse un cambio de actitud del partido comunista chino hacia el partido comunista italiano. Y los dirigentes de Corea del Norte han expresado su simpatía por el eurocomunismo a raíz de la visita que les ha hecho Tito.

Pero el eje del ataque soviético contra el secretario general del PCE no es la «cuestión europea», con toda la importancia que ésta tiene para Moscú, sino la «cuestión soviética», es decir, la cuestión de la naturaleza del sistema sociopolítico edificado sobre las ruinas del antiguo imperio de los zares. (En realidad, ambas «cuestiones» están íntimamente ligadas. Si la Europa oriental fuera realmente socialista, su poder de atracción sobre la Europa del Oeste hubiera sido tal, desde hace tiempo, que muchas de las «cuestiones» actuales

[75] Conferencia de prensa del 27 de junio.

no existirían. Pero la historia real es la que conocemos.) No hace falta argumentar que esta cuestión, además de ser un importante problema teórico, tiene una significación práctico-política incalculable. La ha tenido —como acabamos de sugerir en el paréntesis— y la seguirá teniendo. En relación concretamente con el tema del eurocomunismo ya hemos indicado dos de sus aspectos (en el apartado «El problema clave...»), y ahora agregaremos otros dos, sin pretender agotar el problema.

Se trata, en primer lugar, de que para la clase dominante soviética es vital que el movimiento obrero internacional reconozca como socialista al régimen allí existente. Es una pieza tan capital de la ideología oficial de este régimen, de su justificación ideológica ante su propio pueblo, que los dirigentes no pueden renunciar a ella en modo alguno. Hay que tener presente —contrariamente a lo que ciertas versiones simplistas pretenden— que gran parte del pueblo soviético y de los comunistas soviéticos permanecen en actitud pasiva y conformista no sólo por la acción represiva, policíaca, del gigantesco Estado-partido, sino por un eficaz mecanismo de alienación ideológica que se sirve con verdadero virtuosismo de la mistificación de la herencia marxista y leninista. Que los partidos socialdemócratas nieguen el carácter socialista del régimen soviético no es grave para Moscú, porque durante decenios la ideología oficial ha inculcado que los socialdemócratas son agentes de la burguesía en el movimiento obrero. Y, sobre todo, porque la socialdemocracia no ha ofrecido todavía un ejemplo de transformación del capitalismo en socialismo. Algo parecido sucede con los grupos izquierdistas. Pero que los partidos comunistas más prestigiosos e importantes —ayer el yugoslavo y el chino, hoy los de Europa

occidental— lleguen a la misma conclusión, es extraordinariamente grave. (Lo que Carrillo plantea en su libro no es ninguna novedad. Hace tiempo que ha sido dicho por teóricos y políticos de otros partidos, por investigadores independientes. Pero que lo repita el secretario general del PCE tiene en los pueblos y partidos del Este, y en general en el movimiento comunista, un impacto mucho mayor.)

La única solución para Moscú —como sucedió en los casos del titismo, del maoísmo, del partido comunista checoslovaco— es romper con esos partidos, proclamando que han caído también, igual que los socialdemócratas, en manos de agentes de la burguesía y del imperialismo. Frente a ellos hay que crear nuevos partidos comunistas fieles al «marxismo-leninismo». No es que los dirigentes soviéticos cometan errores y reincidan en ellos —como suele decirse, incluso por expertos en la materia—; es que la nueva clase dominante no puede transigir en esta cuestión. En cada caso Moscú aplica una táctica específica, siguiendo a veces un camino largo y tortuoso, pero al final no puede haber más que la capitulación de los que osan poner en entredicho la esencia socialista del sistema soviético, o la ruptura. El día que las cosas comiencen a cambiar en este orden será signo, probablemente, de que la cuestión se plantea también dentro del sistema. Como ocurrió ya en Hungría, en Polonia, en Checoslovaquia.

En el caso del eurocomunismo los dirigentes soviéticos anuncian a través del artículo de *Tiempos Nuevos* que la batalla será dura pero concluirá necesariamente con la victoria: «La lucha contra los escisionistas burgueses y contra los que intentan introducir sus ideas en el movimiento comunista se saldará con la victoria, porque los comunistas de Europa han superado ya más de

una dura prueba y llegarán a derrotar las nuevas tentativas de división en su filas.» Por el momento, los «escisionistas burgueses» han sido clasificados en dos categorías: los que han revelado su abominable función, como Carrillo, llegando a poner en duda la esencia socialista del sistema soviético y las razones altruistas de su política exterior, y los que como Berlinguer, Marchais, etc. —y también ciertos dirigentes del PCE—, aún no han cruzado ese fatal Rubicón. Pero a todos se les previene: no habrá cuartel, aunque la lucha sea larga. Por lo pronto se trata de preparar el terreno, combinando la artillería pesada ideológica con las intrigas y las maniobras encaminadas a explotar las contradicciones internas de cada partido eurocomunista y las divergencias entre ellos. Es fácil observarlo a través de la evolución del conflicto en la fase abierta por el artículo de *Tiempos Nuevos*.

Una primera constatación importante: Moscú ha encontrado en esta ocasión mucha mayor resistencia dentro del movimiento comunista a secundar su operación que en el caso del maoísmo, sin hablar ya del titismo. Incluso entre los partidos comunistas del bloque soviético sólo los checoslovacos y búlgaros se han lanzado de cabeza contra el eurocomunismo al toque de clarín dado por *Tiempos Nuevos*. En realidad ya venían haciéndolo. Los polacos, húngaros e incluso los alemanes orientales se mostraron reticentes en los primeros momentos y fue necesaria la presión soviética para que entraran en liza más activamente. Los cubanos no publicaron, al parecer, el primer artículo de *Tiempos Nuevos*, limitándose a publicar los posteriores, menos agresivos. Los rumanos (cuya posición contestataria dentro del bloque es bien conocida) salieron en defensa de Carrillo, que

fue recibido por Ceaucescu. Entre los partidos comunistas en el poder no pertenecientes al bloque, el yugoslavo se ha destacado por su firme defensa del secretario general del PCE, al mismo tiempo que acusaban a los soviéticos de volver a los «métodos estalinianos», a los empleados en 1948 contra Tito. Y esto en vísperas del viaje de Tito a Moscú. También los coreanos han defendido a Carrillo. No se han pronunciado hasta ahora —salvo error— los chinos y vietnamitas.

Entre los partidos comunistas del Occidente capitalista han secundado a Moscú, como era de esperar, el minúsculo partido norteamericano, siempre incondicional del Kremlin, y los pequeños partidos de Austria, Dinamarca y Alemania Federal (a los que un periodista comunista calificó hace algún tiempo de «quinta columna» del Kremlin entre los partidos comunistas de Europa occidental). Los ingleses, belgas, suecos, noruegos, griegos (del interior) y, naturalmente, los franceses e italianos, han salido en defensa de Santiago Carrillo y del PCE con mayor o menor energía. (No se trata de una enumeración exhaustiva porque no disponemos aún de datos completos.)

En resumen, como decimos más arriba, una resistencia mucho mayor a secundar la operación de Moscú que en casos similares anteriores. Pero no sin ambigüedades y límites.

En primer lugar, los partidos que han salido en defensa del secretario general del PCE lo han hecho en orden disperso, cada uno por su lado (mientras la ofensiva de Moscú ha estado planificada y dirigida por el PCUS). En la entrevista que le hace *Le Monde* a los pocos días de aparecer el artículo de *Tiempos Nuevos*, el periodista pregunta a Carrillo si los tres partidos principales del eurocomunismo (PCE, PCF y PCI) van a defenderse

en común. La respuesta es neta: «No, cada uno va a defenderse por su cuenta» [76].

En segundo lugar, lo que se defiende esencialmente frente a Moscú es la independencia de cada partido, su derecho a decidir soberanamente en las cuestiones políticas e ideológicas. Pero salvo raras excepciones no se entra en las cuestiones suscitadas por el libro de Carrillo. Por ejemplo, la excepción, ya mencionada, del PCI, reafirmando su política europeísta, y un artículo del secretario general del PC sueco, donde declara que las principales ideas del libro de Santiago Carrillo están de acuerdo con el programa del PCS. Algunos plantean la necesidad del «debate científico», pero no lo abordan. En la cuestión clave de la puesta en cuestión de la naturaleza socialista de la URSS puede decirse que Santiago Carrillo ha quedado prácticamente aislado a nivel de las posiciones públicas adoptadas por los otros partidos eurocomunistas. El PCF, por ejemplo, cuya intervención ha sido lo más discreta posible, publica un suelto en páginas interiores de *L'Humanité*, en el que se dice: «Al margen de un libro, *del que son criticables algunos capítulos*, pero sin recurrir al anatema y la injuria, el secretario general de un partido comunista ha sido directamente atacado...» (sigue la defensa de Carrillo) [77].

Quienes más explícitamente han marcado sus diferencias con Carrillo han sido los rumanos y los italianos, que al mismo tiempo han hecho de mediadores —sobre todo los italianos— entre el PCE y el PCUS. En el curso de una entrevista a un grupo de periodistas americanos, Ceaucescu defendió a Carrillo pero precisando la necesidad de «no oponer el socialismo realizado en algunos paí-

[76] Entrevista en *Le Monde*, 28 de junio de 1977.
[77] *L'Humanité*, 7 de julio de 1977. (El subrayado es mío.)

ses al socialismo que se proponen realizar los partidos comunistas occidentales»[78]. En lo que se refiere al PCI, el juicio de *Rinascita,* que hemos citado páginas atrás, es suficientemente elocuente. A Ceaucescu no le interesa, evidentemente, que se ponga en tela de juicio el «socialismo realizado» bajo su dirección, y Berlinguer habla ya como hombre de gobierno, que desea montar sobre bases «estatales» las relaciones con Moscú. Ninguno de los dos quiere abordar el espinoso problema. ¡Que en todo caso se ocupen de ello los teóricos sin responsabilidades políticas! Seguro que piensan para sí: «¿para qué se habrá metido este Carrillo en un terreno que no es el suyo?».

Como es sabido, apenas iniciada la ofensiva soviética una delegación del PCI se precipitó a Moscú. La discusión con la delegación del PCUS duró muchas horas y debió ser laboriosa. El comunicado conjunto subraya la «atmósfera de sinceridad», eufemismo que suele indicar un afrontamiento de posiciones divergentes mantenidas. La prensa italiana ha coincidido en que el tono y el contenido del comunicado más parece —dicho con palabras de *Corriere della Sera*— «un comunicado entre dos grandes potencias y no entre dos partidos hermanos, ni siquiera primos». Aunque Pajetta, que presidía la delegación del PCI, declaró que «en Moscú se abordaron todos los problemas al orden del día en el movimiento obrero internacional, y en particular los que son objeto de debate y están en el origen de controversias y polémicas» (alusión evidente al conflicto con Carrillo) y «han sido tratados con extrema franqueza», en el comunicado común esto no se refleja. De las declaraciones hechas por los miembros de la delegación italiana a su regreso a Roma parece des-

[78] Referencia en *Il Manifesto,* 20 de julio de 1977.

prenderse que ésta sostuvo políticamente al secretario general del PCE, pero desmarcándose de él en cuanto a sus juicios sobre la URSS y los países del Este. No sólo en lo referente a la naturaleza del sistema: cuando Pajetta declara que «Moscú no es un Vaticano» polemiza, evidentemente, con la afirmación de Carrillo calificando a Moscú de Santo Oficio de la Iglesia comunista. Otro de los miembros de la delegación, Macaluso, reveló que «los soviéticos han afirmado no querer envenenar la polémica con el PCE, y menos aún extenderla a otros partidos comunistas de Europa occidental, esperando llegar a una discusión más reposada que no implique renunciar a tal o tal crítica del socialismo en la URSS, pero sí a su condena global» [79]. En otras palabras: los soviéticos han ofrecido amortiguar sus ataques a los eurocomunistas con tal de que las críticas de éstos no lleguen al extremo de negar el carácter socialista del régimen soviético. Los italianos han aceptado este trato y se han encargado de convencer a los españoles. Tal fue, seguramente, la misión de la delegación del PCI enviada a Madrid poco después (y formada por figuras de segunda fila) para discutir con los dirigentes del PCE. Los posteriores artículos de *Tiempos Nuevos*, en los que se han seguido atacando las posiciones de Carrillo, tienen un tono más moderado, reflejando el compromiso hecho con el PCI, pero la campaña contra el eurocomunismo prosigue, tanto en la prensa de la URSS como en la de sus satélites, teniendo intermitentemente mayor o menor virulencia.

Al montar su operación contra el eurocomunismo, tomando por blanco inicial y preferente a Carrillo, los tácticos de Moscú tuvieron en cuenta

[79] *L'Unità*, 5 de julio de 1977.

no sólo las divergencias existentes entre el PCE, el PCF y el PCI sobre algunas cuestiones, sino las que podían existir también en el seno de cada uno de estos partidos y, especialmente, en el PCE. Aunque la «bomba» había sido preparada con antelación la hicieron explotar en el momento justo en que el Comité Central del PCE estaba reunido para examinar los amargos resultados electorales. Pensaban encontrar un cierto apoyo en Dolores Ibárruri, presidente del PCE, y, tal vez, en algún que otro miembro de la dirección. Dolores Ibárruri puede aceptar que el modelo soviético no sea el modelo ideal de socialismo y, menos aún, aplicable a España; pero lo que no acepta en modo alguno es que se ponga en entredicho el carácter socialista del régimen soviético. Lo sucedido en el Comité Central al discutir qué hacer ante el ataque soviético confirma que los cálculos de Moscú no iban descaminados, aunque los resultados no colmaran sus esperanzas. En efecto, la declaración aprobada por el Comité Central en respuesta al artículo de *Tiempos Nuevos* se limita a reafirmar la independencia del PCE, su «vía eurocomunista» como «única alternativa válida de avance al socialismo», pero en cuanto a la cuestión tabú se limita a decir que los métodos empleados por Moscú en este caso «son una de las causas de que no se pueda presentar como modelo ideal de nuestra sociedad socialista el llamado *socialismo real* existente en países como la Unión Soviética» [80]. Uno de los miembros más recientes del Comité Ejecutivo, conocido por su espíritu independiente y crítico, propuso que en el texto se hiciera mención expresa de la ausencia de libertades democráticas en la URSS. La propuesta fue rechazada para no crear un conflicto con Dolores Ibárruri.

[80] *Mundo Obrero*, 29 de junio de 1977.

El Comité Central acordó también publicar el texto integral de *Tiempos Nuevos*, seguido de una refutación circunstanciada, pero el acuerdo no se ha cumplido todavía aunque han pasado casi tres meses. ¿Las mediaciones rumanas e italianas han introducido cambios en los planes del PCE? En todo caso Santiago Carrillo, durante las semanas que siguieron a la requisitoria de *Tiempos Nuevos*, ha reafirmado enérgicamente sus posiciones y ha denunciado con dureza los métodos soviéticos, sin limitarse a utilizar los medios de expresión del partido, sino recurriendo a los medios de comunicación de masas, nacionales y extranjeros. Y cuando escribimos estas líneas se anuncia que ha aceptado una invitación «privada» (de la Universidad de Yale) para visitar próximamente los Estados Unidos.

Es difícil prever en este momento —mediados de septiembre de 1977— la evolución que puede tener el conflicto. Lo más probable, a mi juicio, es que tienda a agudizarse, aunque no de modo lineal, sino con fases de cierto apaciguamiento y otras de máxima tensión. Por lo pronto, Moscú trata de mantener la crítica eurocomunista dentro de límites tolerables, coincidiendo en ello, de momento, con italianos y franceses, y utilizando a éstos para apaciguar la «furia española». Pero las exigencias que el paso al gobierno presentaría al PCI y al PCF son contradictorias; si por un lado pueden ir en el sentido de preservar las relaciones con Moscú, por otro pueden ir en el sentido de radicalizar el divorcio con el «socialismo» del Este.

Moscú no juega a una sola carta. Al mismo tiempo que trata de llegar a compromisos sobre las bases indicadas, va preparando las condiciones para «soluciones» más drásticas, en el caso de que los partidos eurocomunistas, siguiendo las huellas

de Carrillo, crucen también el Rubicón. Muchas son las presiones que se ejercen en esta dirección sobre los partidos eurocomunistas: las propias exigencias internas del desarrollo de la vía democrática al socialismo; el hecho mismo de que el problema de la naturaleza de los países del Este esté planteado ya, como objeto de discusión, no sólo ante unos cuantos ideólogos, sino ante amplios sectores de los cuadros más instruidos del movimiento obrero y democrático; la represión contra las oposiciones internas en los países del Este, a la que las clases dominantes no pueden renunciar (¿qué van a hacer ante esta represión los eurocomunistas?); la presión de los aliados socialistas, de los grupos de extrema izquierda, etc. En previsión de que ese peligro pueda confirmarse —el «cruce del Rubicón» por los partidos eurocomunistas— Moscú prepara su escisión y la creación frente a ellos de partidos fieles al «marxismo-leninismo». No es tarea fácil, ciertamente, pero no debe subestimarse su posibilidad. En último caso Moscú no vacilará en fabricar un «partido comunista», por muy minoritario que sea, frente a un partido comunista que secunde posiciones parecidas a las adoptadas actualmente por Carrillo.

No debe perderse de vista que si la política eurocomunista no es capaz de contribuir eficazmente, al lado de otras fuerzas de izquierda, a que el avance democrático hacia el socialismo se convierta en realidad tangible; si se revela ante las masas como una simple variante de la gestión socialdemócrata de la crisis capitalista, algunos sectores de estos partidos y de los trabajadores pueden volver la espalda a los dirigentes eurocomunistas. Si una parte puede ir a la extrema izquierda, que también pone en entredicho el «socialismo» del Este, otra parte puede ser seducida

por el discurso izquierdista que Moscú utiliza para atacar al eurocomunismo. Los estrategas del Kremlin acechan esa coyuntura y actúan paciente y tenazmente para crear las condiciones de su utilización.

En Francia esperan dos eventualidades: o la ruptura de la Unión de la Izquierda antes de las elecciones, que quebrantaría el grupo dirigente de Marchais asociado a la evolución eurocomunista, o el fracaso de la Unión de la Izquierda en el poder. En Italia esperan que la actual política del PCI quebrante las relaciones entre el partido y las masas, entre la base y la dirección. En España, que la actual política del PCE de «compromiso histórico» con el partido del centro —el partido de Suárez y del Rey— quebrante la credibilidad del grupo dirigente carrillista ante núcleos relevantes del partido y de las masas. Carrillo se adentra cada vez más en esta política, proponiendo un gobierno de concentración nacional que vaya de la derecha más franquista —el partido de Fraga— hasta el PCE. Es una imitación de la política del PCI, pero al menos ésta se basa en las poderosas posiciones del partido, no sólo en el parlamento, sino en todo el tejido social y estatal de Italia; se basa en que la democracia cristiana tiene una amplia ala izquierda con bases obreras y populares realmente democráticas. En España no existe nada de esto. El PCE, como han demostrado las elecciones, es aún una fuerza débil. Su porcentaje electoral, descontada Cataluña, apenas rebasa el 6 por 100. Aunque sus fuerzas sindicales son aún, posiblemente, las más importantes, frente a ellas crecen rápidamente los sindicatos socialistas y otros. Y, por otra parte, la Unión del Centro Democrático tiene poco en común con la Democracia Cristiana italiana, como no sea el ser el instrumento político principal de la gran burguesía:

ni ha salido de la resistencia contra el franquismo, sino del franquismo converso del último cuarto de hora, ni tiene una base social y menos un ala izquierda popular como las de la DC italiana. Y, para colmo, la relación PC-PS, por lo menos a nivel parlamentario, es justamente la inversa de la italiana. En las elecciones del 15 de junio la izquierda ha vencido en las regiones decisivas del país, y la dinámica posterior tiende a modificar cada vez más la relación de fuerzas a su favor. A medio plazo, si no antes, es previsible una victoria parlamentaria de la izquierda. Pero una verdadera alternativa de poder exigirá no sólo una victoria parlamentaria, sino la organización en el país de un bloque político-social, unitario y articulado, con un programa de transformación concreta de la sociedad. La fuerza política hegemónica en ese bloque no puede ser otra, salvo cambios imprevisibles en el mapa político del país, que el Partido Socialista Obrero Español. Pero sobre la base de una política de alianzas con el PC y otras fuerzas de izquierda que hasta ahora no entra en los planteamientos estratégicos del PSOE. Y por su parte el PCE parece orientar sus esfuerzos al «compromiso histórico» con la derecha —y a empujar al PSOE en esta dirección— más que a propiciar la unidad de la izquierda. Esta política ha conquistado en poco tiempo a Santiago Carrillo una alta credibilidad entre la derecha española. No sería extraño que este dato —y no sólo su osadía ante Moscú— figure entre las razones de la invitación americana al secretario general del PCE.

En la política de Carter y la Trilateral va ganando terreno la idea de utilizar la carta eurocomunista con dos funciones a cumplir: contribuir a debilitar el bloque soviético (mediante el estímulo a las oposiciones internas en los países del

bloque, que el eurocomunismo puede inducir); ayudar al capitalismo europeo, juntamente con los socialistas (en la Europa del sur), a salir del mal paso en que se encuentra. Por su parte, la política de Moscú tiende cada vez más a la finlandización de Europa occidental, y su intento actual de llegar a un compromiso con el eurocomunismo sobre las bases anteriormente indicadas —en este sentido la negociación PCUS-PCI transciende con mucho el caso Carrillo— puede verse a la luz de ese proyecto. Frente a la política carteriana de desestabilización de los equilibrios continentales (no para llegar al gran enfrentamiento con la otra superpotencia, sino para redimensionar a su favor el «compromiso imperial» que ambas buscan), la política de congelación de esos equilibrios, de congelación del *status quo*. Revisar Yalta o congelar Yalta. *Vót voprós!*[81], que diría Brezhnev, precisando que la primera alternativa conduce a la guerra nuclear y la segunda garantiza la paz. Frente a esas dos alternativas, la que proclama el eurocomunismo —la Europa unida independiente de la URSS y de los Estados Unidos— parece un bello espejismo. Pero la cosa puede cambiar si en Francia, Italia y España la izquierda llega al poder y «ayudada» por el genio popular se revela capaz de iniciar realmente el avance hacia el socialismo a través de la ampliación, la profundización y el fortalecimiento incesante de la democracia. Hay muchos motivos para el pesimismo, pero siempre ha sido así en vísperas de los grandes cambios históricos.

Septiembre de 1977

[81] ¡He aquí la cuestión!

impreso en editorial melo, s. a.
av. año de juárez 226 local d-méxico 13, d. f.
cinco mil ejemplares y sobrantes para reposición
17 de julio de 1978

Los tres principales partidos eurocomunistas oscilan entre la tentación socialdemócrata —reducción de la vía democrática al socialismo a simple reformismo socialdemócrata— y la voluntad de crear las condiciones de una alternativa socialista a la crisis del capitalismo. Los tres anuncian la democratización interna, pero no se deciden a archivar al centralismo antidemocrático. Los tres dicen haber superado su pasado estaliniano, pero siguen retrocediendo ante el esclarecimiento total de la verdad histórica.

El eurocomunismo contiene la posibilidad y la esperanza de una superación —en el capitalismo maduro— de la crisis general del movimiento comunista. Pero también puede ser su canto de cisne. Incertidumbre que no debe preocupar sólo a los comunistas, sino a todas las fuerzas que se sitúan en la perspectiva socialista, porque sin los comunistas es tan problemático concebir la transición socialista en Occidente como sin los socialistas. Si la práctica del eurocomunismo desmiente sus promesas y si el socialismo no supera el reformismo socialdemócrata, el capitalismo podrá restablecerse una vez más, y por toda una etapa de imprevisible duración se cerrará de nuevo el camino al socialismo en Europa. Camino angosto, difícil, rodeado de peligros: sería iluso negarlo. Pero camino posible, que debe intentarse. Porque la única alternativa al socialismo sigue siendo la barbarie.

Fernando Claudín es autor de **La crisis del movimiento comunista** (París, 1970) y de **Marx, Engels y la revolución de 1848** (Madrid, Siglo XXI, 1975).



MÉXICO
ESPAÑA
ARGENTINA
COLOMBIA

5 ª edición